

01069
1
2es



**UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTONOMA DE MEXICO**

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

**LA IMAGEN DE ESPAÑA
DESDE EL EXILIO EN
MEXICO.**

T E S I S
Que para obtener el Grado de
MAESTRIA EN LETRAS
(LITERATURA MEXICANA)
p r e s e n t a
ELENA LOBO RICO

México, D. F.

1993

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

I N D I C E

PROLOGO

CAP. I: INTRODUCCION

1. Explicación del ambiente general en que se plantean las obras analizadas	1
1.1. España: de la dictadura de Primo de Rivera a la de Franco.....	1
1.1.1. Florecimiento cultural entre 1923 y 1939	7
1.2. México: El cardenismo	9
1.2.1. Cultura nacionalista	12
1.3. Situación general del exilio español en México	16
Notas al capítulo I	23

CAP. II: LEON FELIPE

1. Introducción	25
2. La España cainita	27
3. La España de la guerra: los dos bandos	43
4. La España eterna	53
Notas al capítulo II	64

CAP. III: JUAN JOSE DOMENCHINA

1. Introducción	66
2. La España cainita	69
3. La España de la guerra civil	75
3.1. El exilio, consecuencia de la guerra	80
4. La España eterna	94
Notas al capítulo III	107

CAP. IV: RAMON J. SENDER

1. Introducción	110
2. El cainismo y la guerra civil	113
3. La sociedad española de la guerra	118
4. La España eterna: héroes, santos y poetas	121
Notas al capítulo IV	127

CAP. V: MAX AUB	
1. Introducción	128
2. La España cainita	132
2.1. En 1969 siguen existiendo los dos bandos	135
2.2. El exilio, consecuencia del cainismo ...	137
2.2.1. El exilio como olvido del hombre y del escritor	141
3. La España de la guerra civil: dos bandos	144
4. La España eterna	148
4.1. El paisaje le devuelve su España	151
4.2. La España franquista, otra España	155
4.3. La España utópica	158
4.4. En 1969, un nuevo exilio	160
Notas al capítulo V	163
CAP. VI: LUIS CERNUDA	
1. Introducción	166
2. La España cainita	169
3. La España eterna	176
3.1. La España que descubre desde México	179
3.2. La España imperial	182
Notas al capítulo VI	185
CAP. VII: CONCLUSIONES	
1. El cainismo	187
1.1. El origen del cainismo según algunos au- tores.....	190
1.2. La teoría de las dos Españas	192
2. La España eterna	194
Notas al capítulo VII	197
HEMEROBIBLIOGRAFIA	198
APENDICE I: Cartas de Juan José Domenchina a Juan de la Encina (Ricardo Gutiérrez Abascal)....	203

PROLOGO

La historia del exilio español es, por desgracia, amplia y repetida desde que se formara España como nación en la Edad Media. Con el dominio de la casta "cristiano-vieja", la intolerancia religiosa lleva a la imposible convivencia con las otras dos, musulmana y hebrea, cuya expulsión se decreta por los Reyes Católicos en el siglo XV para los judíos, y por Felipe III en el XVII para los últimos moriscos. Entre los dos períodos, los autoexilios fueron abundantes debido al temor de los conversos, o descendientes de ellos, a ser denunciados a la Inquisición. Entre los que se desterraron voluntariamente (sus padres habían sido quemados y confiscados sus bienes) está Luis Vives, escritor valenciano considerado en el momento uno de los pensadores más importantes de Europa, y ahora un clásico de las letras españolas. También hay que destacar, dada su relevancia política, a Antonio Pérez, secretario de Felipe II, quien al ser delatado a la Inquisición abandonó España. De él cuenta la leyenda que, poseedor de importantísimos secretos de Estado, los vendió a Inglaterra por despecho.

A los autoexiliados judíos del siglo XVI se unieron los sospechosos de no ver con buenos ojos la Contrarreforma: erasmistas, heterodoxos, luteranos, calvinistas, anglicanos, etc. Alfonso de Valdés, secretario de Carlos I, y su hermano Juan, autor de Diálogo de la lengua, fueron erasmistas confesos y vivieron una buena parte de su vida en Italia.

Y para que cada siglo cuente con su propio exilio, en el XVIII Carlos III publica un edicto por el que se ordena la expulsión de los jesuitas de territorio español, tanto de la península como de las colonias de ultramar. Pero antes el P. Isla nos

había dejado un buen ejemplo del nivel intelectual de los representantes de la Iglesia católica, en su Fray Gerundio de Campazas Y al destierro del XVIII le siguen los casi continuos del siglo XIX, reflejo que son del desbarajuste político de esa centuria española, que comenzó con una invasión de franceses y terminó con la pérdida para España de una guerra con los Estados Unidos y las últimas colonias de lo que fuera su gran imperio. Y entre 1808 y 1898, pronunciamientos, golpes de Estado, dictaduras, guerras civiles, destronamientos, restauraciones, etc.; cada uno con su consiguiente desalojo de contrarios del suelo español.

Curiosamente el exilio republicano de 1939, consecuencia de la última guerra civil, comparte con la expulsión de los judíos de 1492 algunas semejanzas. Por ejemplo, el gran nivel cultural, profesional y artístico de quienes salieron que, por componer casi todos ellos cuadros intelectuales, de enseñanza, ejercicio de profesiones, investigación, etc., de la España republicana, dejaron el suelo patrio convertido en un páramo cultural. Lo mismo ocurrió, con los matices especiales de su tiempo, en la España del siglo XVI tras la expulsión de los judíos, que constituían la parte intelectual y profesional de la sociedad de entonces; mientras que los moros suponían la laboriosa. Aquella diáspora de gentes preparadas y laboriosas, unido al cierre de las fronteras por la Contrarreforma, sumió a España en un atraso respecto a los otros países que ya no pudo contrarrestar hasta el futuro. En ambos casos, también, el de los judíos y el de los republicanos exiliados, contribuyeron estos hombres tan capacitados al desarrollo de los países que les dieron refugio.

Otra semejanza entre ambos exilios es -en muchos casos en 1939 y en prácticamente todos en 1492- que el destierro resultó

definitivo. Así, los hombres que salieron tras la guerra civil con la esperanza del pronto retorno, vieron como su exilio se convertía en una expulsión que alcanzaba, por su prolongación, además de a ellos, a sus hijos y nietos; es decir, fue un borrar para siempre su sangre y su apellido de la tierra que habitaban desde tiempos inmemoriales sus antepasados, y que por derecho les pertenecía a ellos y a sus descendientes.

Es bien sabido que el mundo del desterrado ~~se~~ ^{está} llena de resonancias patrias, que no hubieran ocupado mucha atención en caso de no salir de su tierra. La nostalgia del paisaje o los recuerdos de olores y sabores se confunden con el deseo de recuperar ese paraíso perdido de la inocencia que es la niñez, y que el exiliado, con toda lógica, sitúa en su tierra natal. Desde Séneca -escribiendo dulces y emotivas palabras a su patria en su destierro de Córcega- al último exiliado del mundo y del momento, se repite el rito de la expulsión de Adán y Eva del paraíso por alguien más fuerte. Esto implica a la vez la rebeldía y la añoranza; sentimientos todos que mueven a estos desterrados a formarse una imagen subjetiva de su patria.

En este trabajo sobre el exilio -limitado a cinco escritores españoles- se pretende ver la imagen de España que los expulsados de su tierra tras la pérdida de la guerra, van elaborando a lo largo de su obra. Averiguar si para ellos hay una sólo o varias Españas y cuáles son éstas, y juzgar si coinciden con la realidad o si son únicamente producto de su nostalgia y rebeldía; si la España franquista que les desterró ha absorbido en algún momento a "su" España o si se destaca como otra bien aparte.Cuál es la relación, si hay alguna, entre "sus" Españas y la imagen que de ellas tiene la historia escrita por otros hombres en diferentes condiciones y momentos.; y en fin, si los defectos o virtudes que los exiliados

atribuyen a su patria son objetivos o sólo dictados por la nostalgia o la frustración de españoles excluidos.

En ningún momento se ha tratado de hacer interpretación literaria de la obra de estos escritores, ni ningún otro estudio que se salga del tema que importa: España. Tampoco se han revisado, con la misma intención, todos y cada uno de los libros de los autores comentados, sino que la atención ha recaído en los que se juzgaron más significativos de su obra en el exilio en México.

En el caso de Luis Cernuda, por ser importante para completar su trayectoria de exiliado, se han estudiado los realizados durante su destierro en Inglaterra. En el de Ramón J. Sender, si bien escribió otros libros en México, Crónica del alba es la novela que toca de forma más absoluta el tema de España. Del prolífico Max Aub se han seleccionado tres libros que corresponden a tres momentos diversos de su vida de refugiado, Campo de sangre, por ser inmediato a la guerra civil, Sala de espera, por ofrecer la visión de un desterrado sobre su país y La gallina ciega, por ser el libro que nace del contacto físico del exiliado con su patria después de treinta años vividos en el destierro. En cuanto a Doménchina, aunque escribió narrativa y crítica, lo que prima en el exilio es la poesía, y es ésta la que mejor refleja sus vivencias de "sombra desterrada"; se han buscado, no obstante, apoyos en su otra obra para explicar lo que, en la difícil ambigüedad de su poesía, no era tan fácil encontrar.

Agradezco a mi asesor, Prof. Arturo Souto Alabarce, porque fue él quien me descubrió el mundo riquísimo del exilio español en México. De no haber sido por su consejo, posiblemente nunca

hubiera tenido el placer de conocer a fondo la poesía de Doménchina, ni disfrutado con la preciosa humanidad de León Felipe, ni me hubiera metido en la tan bien guardada soledad de Luis Cernuda. Lo más probable es que no hubiera gozado el éxtasis de los paisajes españoles contemplados con los ojos de Max Aub, ni descubierto el complejo mundo de ternura y crueldad de la infancia española, que Sender ofrece en su novela. Y, lo que es más entrañable, no hubiera descubierto esas otras Españas que ahora enriquecen a la -por tantos conceptos- desposeída y mutilada España aprendida en los libros escolares de mi época, la franquista.

Mi agradecimiento también a Ricardo Gutierrez Zubiaurri y a More, su mujer, por las tardes de charla y biblioteca en su bonita casa de Virreyes, rodeados de mil recuerdos españoles. Su ayuda y referencias, así como las inestimables cartas de Doménchina a su padre, Juan de la Encina, que pusieron a mi disposición, fueron fundamentales para llevar a cabo el trabajo del por tantas cosas hermético poeta madrileño. Invaluable asimismo fue su mediación para que pudiera visitar a Ernestina de Champourcin en su piso de Madrid, y pasar con ella horas de plática irrepetibles que, aparte de lo valioso para mi trabajo, supusieron una gratísima experiencia. Y por último, gracias, muchas gracias a Pepe Puche; sin él lo anterior no hubiera sido posible.

CAPITULO I

INTRODUCCION

1. EXPLICACION DEL AMBIENTE GENERAL EN QUE SE PLANTEAN LAS OBRAS ANALIZADAS

1.1. España: De la dictadura de Primo de Rivera a la de Franco

1923, año en que el rey Alfonso XIII encarga al General Primo de Rivera la jefatura de un directorio militar que gobierne a España, es la fecha elegida para enmarcar las vidas y las obras de los autores analizados en esta tesis. Por ese entonces, Juan José Domenchina ya había publicado su primer libro, Las interrogaciones del silencio (1917) y era reconocido entre los jóvenes escritores del momento cuya órbita tenía su centro en Juan Ramón Jiménez; León Felipe, con la lectura en el Ateneo de Madrid de sus Versos y oraciones de caminante (1920) y su inmediata publicación, se había convertido en un poeta originario e indiscutido; Ramón J. Sender tiene a la sazón 21 años y sus inclinaciones políticas son anarquistas. También Max Aub está entrando en la veintena y es un militante activo contra la dictadura de Primo; mientras que Luis Cernuda, de apenas 19 años, tendrá que esperar un año más para dar a la luz sus Primeras poesías de inspiración becqueriana.

El talante liberal de todos ellos, cuando no una lucha activa contra los militares, nos lleva a considerar probable que, cuando en 1929 los estudiantes reconocen públicamente al desterrado Unamuno como maestro natural, mientras que repudian al General y su política, sean nuestros escritores -al menos moralmente- parte de grupo que encabeza María Zambrano y que en carta abierta se dirigen así al ex-rector de la Universidad de Salamanca: " Hacemos política, maestro, sentimos llegada nuestra jugosidad moza, por el baboseante cretinismo de este ganso, atávicamente coceador, que grazna sobre la frente de esta España, que de tí aprendimos ser

más nuestra hija que nuestra madre" (1) y que es respuesta a la que Unamuno dirige a los estudiantes españoles desde su destierro, en la cual califica al general de "infrahumano macho y repugnante garañón jubilado".

De 1923 a 1929 se produce en España una Dictadura que es pensada por muchos -el propio Rey entre otros- como la que pondrá fin a una época de inestabilidad política, derrumbe económico y conflictos bélicos en el norte de Africa. Los casi siempre desacertados gobiernos de los liberales, los errores de sindicatos y organizaciones populares, la insistente presencia de los militares como jefes y parte de la política, unido todo ello a la debilidad de una Monarquía desde hacía un siglo puesta en tela de juicio, llevó a pensar a derechas e izquierdas en una Dictadura como la mejor, o tal vez la única, salida para España.

El general Primo de Rivera no escatimó promesas a uno y otro lado del espectro político. Intelectuales como Ortega y Gasset o catalanistas como Puig y Cadafalch creyeron en él. La respuesta a esa confianza no se hizo esperar, pues una vez en el poder, el general olvidó pactos y comenzó cerrando el Ateneo, mandando al destierro a Unamuno y prohibiendo la bandera y la lengua catalana en las corporaciones oficiales. Nombró un directorio militar, declaró el estado de guerra en toda España y se dio a la tarea tradicional de los militares españoles: "salvar a España",

Seis años después, en 1929, los días del general estaban contados. Aunque las manifestaciones obreras habían sido prohibidas, éstos aprovecharon el funeral de Pablo Iglesias para manifestar su repulsa a la Dictadura y a la Monarquía absoluta al grito

de ¡Viva la soberanía nacional!. El descontento era tal que a los obreros se unieron grupos monárquicos entre los que había políticos reconocidos como Miguel Maura, Niceto Alcalá Zamora, Sánchez Guerra y otros que se pronunciaron abiertamente por la República. También los militares formaron la Unión Militar Republicana (UMR) para manifestar su oposición al Rey y a la Dictadura, así como los intelectuales, con el mismo propósito, habían organizado la Agrupación al Servicio de la República, encabezada por el propio Ortega y Gasset, Gregorio Marañón y Ramón Pérez de Ayala; otro de sus fundadores fue Antonio Machado.

El clamor popular a favor de la República se convirtió en realidad y el 14 de abril d 1931, tras un discutido y discutible margen en los votos, fue proclamada por sus seguidores y Alfonso XIII salió hacia el exilio. Generales tan indudablemente reaccionarios como Millán Astray, Sanjurjo y Mola (Legión, Guardia Civil y Seguridad respectivamente) se declararon fieles a la República tras el resultado del referendum. Todos estos falsos conversos no tardarían en conspirar contra ella desde los cuarteles o desde las filas de la CEDA. Hacían bueno así lo que Salmerón había dicho en las Cortes casi un siglo antes: "Desgraciadamente, en España, la política que se tiene por seria y formal es la política de los militares. Y se estima como la superior prenda de hombre de Estado el ser Capitán General del ejército" X. L.

¿Por qué cayó la República?, ¿Quiénes fueron los culpables? son preguntas que se han hecho muchas veces desde 1939. Para Tammes la respuesta es: ninguno y todos. Y pasa a señalar a los partidos como responsables de buena parte de la culpa: "No se puede -dice- entender ese conflictivo periodo si no se comprende la com-

pleja dinámica de los partidos y sindicatos de entonces" (3).

Con los entusiasmos liberales del siglo XIX habían nacido partidos y organizaciones sindicales, si bien su actuación había sido desde fuera (movilizaciones desde la calle y no desde el poder) y habían permanecido en la clandestinidad durante la Dictadura de Primo de Rivera. Cuando, con la República, hubieran podido actuar desde la práctica del gobierno, seguían haciéndose y deshaciéndose con las consecuencias catastróficas que se conocen. Sabidos son los conflictos entre dirigentes (Largo Caballero y Prieto) y la defensa de intereses particulares de dichos partidos frente al interés general de la República. El caso del PCE (Partido Comunista Español) es un ejemplo entre muchos: "En la perspectiva histórica de hoy, puede afirmarse que la guerra mostró la grandeza y servidumbre del PCE. Grandeza porque fue el núcleo de apoyo a la República; servidumbre, por su indudable subordinación a los intereses de Moscú, no siempre en línea directa con la mejor defensa de la República". (4). Otros, como Acción Republicana de Azaña y el Partido Socialista de Marcelino Domingo actuaron con más cordura y, ante la derrota de 1933 frente a la CEDA, se unieron para formar Izquierda Republicana.

De las organizaciones obreras no puede decirse algo mejor. CNT y FAI, ambas anarquistas, se distinguieron por acciones violentas que "tuvieron graves consecuencias para la evolución política de la República" (5). Además fueron los causantes directos de la derrota de la izquierda en las elecciones de 1933 al recomendar a sus seguidores la abstención, lo que propició un gobierno de derecha, una contrarreforma en el ejército, el campo, etc., y la preparación desde el poder del golpe militar contra la República.

Y aunque corrigieron esa actitud en las siguientes elecciones de 1936 logrando que con sus votos ganara el Frente Popular, la labor de la CNT-FAI durante la guerra volverá a ser negativa para la República: "La resistencia a integrar sus milicias en el ejército regular, sus actividades en la retaguardia, y finalmente el pacifismo que mostró a última hora ha hecho pensar a muchos que fue una de las claves de la derrota republicana" (6).

Los partidos autonomistas, sobre todo los catalanes y vascos, también jugaron un papel fundamental en la República y por tanto en su caída. Aunque estas formaciones habían surgido hacia mediados del siglo XIX como grupos con reivindicaciones descentralizadoras más o menos agresivas y con raíces opuestas (los catalanes salen del liberalismo industrial del XIX y los vascos del tradicionalismo carlista y clerical) la meta de ambos es la misma: autonomía para sus estados. Si bien su actividad política anterior había sido discreta, y durante la Dictadura fueron suspendidos, surgen en la República como unos representantes muy considerables de sus respectivas regiones. Tanto, que sus demandas de autonomía se convirtieron en uno de los temas más delicados a que tuvo que enfrentarse el gobierno de la izquierda. La derecha utilizaría como una de sus justificaciones de la guerra el separatismo.

Las reformas emprendidas por la República fueron sin duda logros importantísimos para España, pero también otra causa fundamental de su caída. Fue la del ejército una de las mejor hechas por parte de Azaña, a la sazón ministro de la Guerra de Niceto Alcalá Zamora. De ella dijo Ortega y Gasset: "la maravillosa, increíble, fabulosa y legendaria reforma radical del ejército... Esa reforma sueño hoy de todos los países del mundo, ha sido realizada

por la República Española, y se ha logrado sin rozamientos graves ..." (7). Esta encomiable labor la arruinaría más tarde el propio Azaña al manifestar en un discurso electoral su satisfacción por haber "triturado" al ejército; esto le granjeó la animadversión de muchos altos mandos, así como de oficiales y tropa.

En un país fundamentalmente rural como lo era la España de 1931, donde además la tierra estaba en manos de unos pocos terratenientes y nobles, la reforma agraria era a la vez un tema conflictivo e imprescindible para un gobierno de izquierda. Su realización le granjeó a la República un enemigo más: las clases media y alta rurales que unidas al ejército, al clero (la secularización de la enseñanza la consideró la Iglesia como una afrenta más de la República) y a la nobleza más conservadora formarán el bando franquista en la guerra civil. Así, por el tratamiento erróneo de los temas hecho por el gobierno republicano, se formaron bloques clasistas y se hizo más inevitable la guerra. "En el fondo del alzamiento había un instinto de conservación de las posiciones de todas las fuerzas que lo apoyaron" (8)

Tampoco la política exterior de la República puede considerarse acertada. Enemistad con el Vaticano y falta de alianzas claras con Inglaterra y Francia hicieron que el Papa Pío XII reconociera a Franco desde casi el principio de la guerra; mientras que los otros países, al carecer de pactos formales, no se sintieron comprometidos en la defensa de la República y buscaron sus propios intereses. Solamente con Hispanoamérica tuvo el gobierno de Azaña un acercamiento positivo. Su decisión de otorgar la doble nacionalidad su sincera y carente de demagogia: "A base de una reciprocidad internacional efectiva y mediante los requisitos y trámites

que fijará una ley se concederá ciudadanía a los naturales de los países hispanos de América, cuando así lo soliciten y residan en territorio español, sin que pierdan ni modifiquen su ciudadanía de origen" (9), decía el art. 24 de la Constitución. En 1939 México haría lo mismo con los exiliados republicanos; además de haber sido uno de los pocos países que ofreció y dio ayuda a la República durante la guerra, tanto con armamento como asumiendo su defensa en los foros internacionales, y también, en un rasgo de total coherencia, sustentando un gobierno republicano en el exilio, cuando ya la mayoría de los países habían establecido relaciones con el régimen franquista.

1.1.2. Florecimiento cultural entre 1923 y 1939

La atonía económica y militar (pérdidas materiales en la guerra de Africa) que se produce durante el reinado de Alfonso XIII y la represión cultural que caracteriza a la Dictadura de Primo de Rivera (cierre de universidades, instituciones culturales, destierro de catedráticos e intelectuales) parece ser un excelente caldo de cultivo para que se dé un florecimiento cultural. Las mejores obras de Ortega y Gasset (España invertebrada se publica en 1921) anuncian una renovación intelectual heredera del 98.

La Revista de Occidente sale de la mano de Ortega en 1923 para convertirse en el vehículo de la cultura en España hasta 1936. Valle Inclán aprovecha los esperpentos naturales de la Dictadura para publicar sus obras: La hija del capitán, La corte de los milagros, Tirano Banderas o El ruedo ibérico. Azaña saca su libro El jardín de los frailes y Unamuno influye con sus ensayos en los estudiantes universitarios. Ramón Gómez de la Serna habla al tú por tú con los vanguardistas franceses y nadie da lecciones

de surrealismo a Buñuel o Dalí. La Generación del 27 es el definitivo colofón del momento cultural de la República.

Que el exilio republicano de 1939 contara con una gran cantidad de intelectuales (desde maestros rurales a investigadores universitarios) y artistas halla su explicación en ese florecimiento cultural que, si bien venía del siglo XIX (krausismo, Institución Libre de Enseñanza, Junta para Ampliación de Estudios) encuentra en la República terreno abonado para su desarrollo, pues ésta tuvo, como nunca antes, "el decidido propósito de educar al pueblo". (10). Para lo cual había creado consejos de enseñanza, educación nocturna, bibliotecas ambulantes y las misiones pedagógicas, además de tener unos excelentes programas para primaria y secundaria. Y todo esto porque la enseñanza pasó a ser un objetivo claro para los gobiernos de izquierda, pues eran conscientes de que uno de los peores males que aquejaban a España era la ignorancia y el oscurantismo en los que estaba sumida la población,

Pero la indudable demostración del republicanismo de ese florecimiento cultural, artística y científica del período 1931-1936 radica precisamente en que una vez caída la República, los principales protagonistas de tal eclosión abandonaron el país, que por razones de restricción ideológica y de confesionalismo, ya no les ofrecía campo para su actividad, ya no era su España ambicionada (...) que al marcharse dejaron convertida en un páramo cultural. 11

La desbandada cultural que provoca la derrota de la República, incluidos muertos (Unamuno, Lorca, Miguel Hernández, etc) y exiliados, que resulta fácil comprender la postración en que cayó España con el franquismo en materia de educación, investigación, etc.

No se trata de una lista más de nombres; el conocimiento pormenorizado de la obra de cada uno de ellos nos descubre la enorme personalidad y el valor inigualado que detrás de cada nombre se oculta. Y si a esto unimos el inmenso número de profesores y catedráticos a todos los niveles que abandonó el país, se comprenderá

que la afirmación hecha antes (España como páramo cultural) no tiene nada de gratuita. Efectivamente, en el terreno de la cultura la situación de España se parecía mucho a la de un desierto. 12

1.2. México: El Cardenismo

Es una verdad no discutida por nadie que sin Lázaro Cárdenas como presidente, el exilio español no hubiera llegado a México; por lo menos no hubiera llegado en las proporciones que lo hizo. Y posiblemente los que vinieron nunca hubieran podido acceder a los trabajos que con el general se les facilitaron; tampoco haber contado con el respeto que el propio Cárdenas demostró a la República y a sus refugiados, y que pidió a los mexicanos se les tuviera.

Cuando en 1939 los hombres y mujeres que han luchado del lado de la República tienen que salir de España para salvar la vida o ante la certeza de que allí no podrían seguir dignamente, Lázaro Cárdenas está terminando su periodo presidencial. Las afinidades del gobierno republicano español y del cardenista mexicano les anima a aceptar el asilo generoso que este país les brinda. La República española, cuando en 1934 Cárdenas accede a la presidencia de México, lleva tres años proponiendo o realizando reformas sociales con el propósito de convertir a España en uno de los países occidentales más progresistas. Es un sistema de gobierno donde los trabajadores tienen voz y voto en la calle y en las fábricas; los campesinos ven realizado su deseo de "la tierra para quien la trabaja" y el sistema educativo se reforma en cantidad y calidad para llegar a los últimos rincones del país y elevar la formación de sus habitantes en un modo que recuerda a la reforma vasconcelista.

Cuando Cárdenas fue postulado como candidato (aunque había otros generales más allegados a Calles por su conservadurismo)

formaba parte del ala más progresista del ejército. Su trayectoria había sido clara desde que entrara a trabajar con las fuerzas constitucionalistas en Michoacán, en 1913, a la edad de 18 años. Sus postulados salen de la Revolución de 1910 y, ya siendo gobernador de Michoacán, comenzará a repartir las tierras a los campesinos en contra de la actitud oficial y de los intereses privados de muchos de los integrantes de la cúpula del poder.

Para 1930, fecha en que se convirtió en presidente del PNR, su fama de progresista y su reputación de persona honesta, además de su excelente colocación en el núcleo del poder, le llevó a ser considerado como el candidato con más posibilidades para ser presidente de la República; aparte de contar con el apoyo de un sector significativo del ejército. Abelardo Rodríguez, entonces presidente, recibió instrucciones de Calles para que Lázaro Cárdenas fuera destapado como el candidato oficial.

La intención de Cárdenas fue, desde un principio, cumplir con los principios de la Revolución aunque tuviera que enfrentarse al propio Calles y a la influencia del llamado "grupo sonoreño". En los primeros años de su mandato, 1934 y un poco de 1935, tuvo que acatar los "consejos" que venían del "Jefe Máximo", cuyas directrices había marcado éste en lo que se llamó "Plan sexenal", dispuesto en 1933 para sujetar al sucesor de Abelardo Rodríguez, y que, dice Lorenzo Meyer en su estudio sobre el cardenismo, al final limitaron más la libertad de los conservadores del partido que la del propio Cárdenas.

Las reformas en el campo y el apoyo abierto de Cárdenas a los obreros provocó un enfrentamiento con los callistas quienes consideraban al presidente demasiado radical. "Esto ponía a Cár-

denas ante una disyuntiva: o eliminaba a Calles y a su grupo de la escena política con todo el riesgo que ello entrañaba, o renunciaba a toda pretensión de independencia" (13). Se decidió por lo primero. Sabía que contaba con el apoyo de los obreros y los campesinos y la fidelidad de Vicente Lombardo Toledano, secretario general de la CTM, quien creó el Comité Nacional de Defensa Proletaria en favor de Cárdenas. También sabía que una gran parte del ejército e importantes líderes políticos seguían estando del lado de Calles. Sin embargo, la inteligente ofensiva de Cárdenas le dio la victoria sobre su enemigo, quien tuvo que salir hacia Estados Unidos dejando así claro quién era el hombre fuerte. El regreso al país de Calles fue otro error que el General aprovechó para terminar de una vez con el Maximato y seguir con su programa de reformas que durará hasta 1938, año en que se producirá un cambio paulatino hacia posiciones más moderadas.

Que los dos pilares básicos del cardenismo fueran la Confederación Nacional Campesina y la Confederación de Trabajadores Mexicanos hizo pensar a muchos en la influencia del socialismo ruso, y temer más adelante a los "rojos" que llegaban exiliados desde España por luchar en un bando que preconizaba los postulados socialistas

El apoyo a los obreros, la reforma agraria, la creación de las organizaciones populares, el énfasis en una educación de corte socialista basada en el materialismo histórico y otros elementos, contribuyeron a dar por primera vez contenido a los "slogans" oficiales, que proclamaban como objetivo de la Revolución la construcción de una democracia de trabajadores. 14

El lenguaje de los más radicales, como Lombardo Toledano, despertó el temor de los grupos más conservadores de dentro y fuera del país, que se convirtieron en presiones al gobierno cardenista

quien se vio obligado a dar un suave golpe de timón hacia posiciones más moderadas. Era 1938. El presidente disolvió el PNR para crear el nuevo Partido de la Revolución Mexicana, PRM, con lo que tomará el control absoluto de todos los sectores que lo integraban (obrero, campesino, militar, de trabajadores al servicio del Estado) al convertirse en su jefe máximo. Lorenzo Meyer ve la creación del PRM como "parte de un proceso de reconstrucción del centralismo perdido en 1910" (15).

Pero el hecho más trascendental -y más sonado- del periodo cardenista fue la expropiación petrolera a las empresas extranjeras que tenían casi un monopolio mundial en la producción y venta de petróleo. La reacción no se hizo esperar. Estados Unidos no sólo exigió compensaciones económicas sino que, como medida de presión, retiró créditos a México y recortó de forma casi total las importaciones que realizaba de la República, lo que desniveló de una forma trágica la balanza de pagos. Cárdenas fue acusado por la oposición del ser el causante de una grave crisis económica que dejó sin empleo a muchos mexicanos, y que más tarde fue uno de los argumentos principales que utilizaron los sindicatos para oponerse a la concesión de asilo a los republicanos españoles.

1.2.1 Cultura nacionalista

Carlos Monsiváis dice que en un periodo de afianzamiento institucional como es el cardenista, el nacionalismo está por encima de la lucha de clases y las instituciones tienen prioridad sobre los hombres. Intelectuales como Vicente Lombardo Toledano, que fueron piezas clave del momento cardenista, son ejemplo de ese compromiso con el estado que les hace confundir una obra personal con la acción directa: "La obra más personal es la creación de

instituciones, la coordinación de fuerzas, la aplicación de las soluciones técnicas y científicas correctas. De algún modo, siempre persiste en la mayoría de estos hombres la identificación del destino individual con el destino del país" (16).

Hay un deseo de renovación por parte de las generaciones de 1910 y 1915. La pobreza y la ignorancia son los principales enemigos de esa renovación, y será uno de sus hombres, José Vasconcelos, quien planifique todo un sistema de enseñanza que llegue a los rincones más apartados de la República: "La educación concebida como actividad evangelizadora que se efectúa a través de las misiones rurales que predicán literalmente el alfabeto" (17).

La generación del Ateneo de la Juventud, llamada también de la Revolución y de 1910, integrada por hombres como Alfonso Reyes, Pedro Henríquez Ureña, Julio Torri, Antonio Caso, José Vasconcelos, Enrique González Martínez, Martín Luis Guzmán, tiene unos planteamientos rebeldes frente a la cultura porfiriana a la que consideran falta de valores. El nacionalismo de esta generación está buscado a través del humanismo y de los clásicos y en contra del positivismo de finales del siglo XIX. "Representan la aparición del rigor en un país de improvisados" (18). Su revolución moral, que no su conservadurismo, marcará a la generación de 1915, de la que son maestros.

Esta otra generación, la de 1915 formada por hombres de grandes ideales como Vicente Lombardo Toledano, Alfonso Caso, Narciso Bassols, Antonio Castro Leal y Daniel Cosío Villegas, se hace alrededor de un acontecimiento político de la máxima importancia: el asesinato de Francisco I. Madero, y de una certeza dolorosa: el sentimiento de que en México la democracia es casi impensable. Al

contrario de sus maestros ateneístas quieren participar en la vida pública de México y eligen como figura guiadora a José Vasconcelos. Se proponen hacer un nuevo país y ven su consolidación en la creación de instituciones. Monsiváis halla en ellos un ánimo profético y en algunos casos bolivariano. Hay una reivindicación de lo autónomo ("la convicción, dice Henríquez Ureña, de que el espíritu mexicano es creador como cualquier otro") (19) y una reacción en contra del "europeísmo". Esta búsqueda o recurso de lo autónomo la ve Monsiváis más como una necesidad producto de las circunstancias que como un convencimiento. Debido a la penuria económica, a la inestabilidad política y a la guerra mundial de 1914 se produce en México un aislamiento: "Únicamente la imposibilidad física de imitar y copiar puede conducir al uso creativo de los dones nacionales" (20).

En esa época de fuerte nacionalismo lo indígena es lo nacional. En el Manifiesto del Sindicato de Obrero Técnicos, Pintores y Escultores, de 1923, firmado por David Alfaro Siqueiros, Xavier Guerrero, Fermín Revueltas, Diego Rivera, Orozco y Carlos Mérida, al que Carlos Monsiváis califica de chovinista y llama "optimismo mesiánico populista nacionalista", se dice: "El arte del pueblo de México es la manifestación espiritual más grande y más sana del mundo y su tradición indígena es la mejor de todas..." (21). La pintura muralista es una canalización más de este sentir nacionalista y didáctico, que descubre la grandeza del pasado indígena y toma la decisión de entroncar, de enraizar en él al nuevo México. Hay un evidente culto a la personalidad a la vez que un anti-individualismo y antiintelectualismo a favor de la acción y del igualitarismo. Es la postura de quienes, como Lombardo Toledano,

desean introducir en las universidades el materialismo histórico como filosofía de la enseñanza, y los que, como Antonio Caso, luchan por mantener la libertad de cátedra. O el mismo Alfonso Reyes conciliando posiciones.

En ese ambiente, que Jorge Cuesta denomina "crecer en un raquíptico medio intelectual (...), conocer la literatura y el arte principalmente en revistas y publicaciones europeas" (22), aparece el grupo de "Contemporáneos", marcado por fuertes personalidades: Villaurrutia, Novo, Gorostiza, Pellicer, Torres Bodet, Cuesta, Owen, individualistas e intelectuales, con un sentido del buen gusto que les aleja irremediablemente del grupo anterior, los cuales les tildan de "europeístas". Y es que el nacionalismo de "Contemporáneos" está más cercano al de los ateneístas que al de sus compañeros de generación. Entre tantas pretensiones épicas de su momento, la obra de este grupo de escritores es, gracias a su subjetivismo, de un excelente lirismo.

Cuando estalló la guerra civil española, los intelectuales mexicanos de izquierda se pusieron del lado de la República. Silvestre Revueltas, Manuel Chávez Morado, Fernando Gamboa, Juan de la Cabada, Octavio Paz, Elena Garro y Carlos Pellicer fueron algunos de los que participaron en el Congreso de escritores antifascistas que se celebró en Valencia en 1937. Otros como Cosío Villegas y Bassols, conocedores de la situación de los republicanos, le hablaron a Cárdenas de la conveniencia de dar refugio en México a algunos intelectuales españoles que se hallaban atrapados por la guerra. Así comenzaron a llegar los primeros republicanos en plena contienda, y se incrementarán después de la derrota de la izquierda: "En México, el gobierno de Cárdenas apoya a

la República y recibe inmigrantes que diversificarán y enriquecerán el trabajo cultural: Gaos, Cernuda, Emilio Prados, León Felipe, Adolfo Sánchez Vázquez... Se funda la Casa de España que se convertirá en el Colegio de México" (23).

1.3 Situación general del exilio español en México

Si se hubiera realizado una encuesta entre todos los españoles que obtuvieron refugio en México tras la pérdida de la guerra civil, el cien por cien de ellos mostraría un total reconocimiento (como lo manifiestan hoy todavía ellos y sus descendientes) hacia Lázaro Cárdenas, al que han tenido siempre como fundamental artífice de su entrada en el país. Sin embargo, hombres como Alfonso Reyes, Daniel Cosío Villegas, Ignacio Chávez, Samuel Ramos, Isidro Fabela, Bassols y algunos más realizaron también una labor inigualable para la República y sus seguidores, tanto desde México como desde fuera de él.

Pero no todos los mexicanos estaban a favor de la llegada de los exiliados españoles. Hubo fuertes reacciones en contra de que se diera asilo a quienes veían en algunos casos como usurpadores de puestos de trabajo, como agitadores políticos, e incluso algunos sospechaban nuevos encomenderos bajo la apariencia de sencillos maestros de escuela o labradores sin aperos. Esta oposición a la llegada de los republicanos estaba muy extendida: "no sólo entre los adversarios políticos de Cárdenas, sino por parte de campesinos, obreros y profesionales, cuyo nacionalismo económico ha sido siempre muy fuerte en todas partes. Al cual se añadía la malquerencia tradicional contra el español y la suspicacia contra el extranjero" (24)

Intelectuales de la categoría de Salvador Novo o Xavier Villaurrutia tampoco vieron con buenos ojos el ofrecimiento de Cárdenas a los republicanos españoles; pero tal vez en este caso sí estén más en contra de las decisiones cardenistas, cualquiera que fuesen, que contra sus colegas refugiados. Con Salvador Novo ni siquiera Alfonso Reyes se salvó de la crítica: "En el Colegio de México, donde los españoles aprenden a ser mexicanos y él (Reyes) con ellos". Y continúa en la misma cita (hablando de la creación de la Casa de España): "cuando Cárdenas importó sementales para los campos de nuestra cultura y de nuestros cultivos" (25). Lo que no debe interpretarse como una postura cerradamente nacionalista, ya que él mismo deplora el antiespañolismo no solo en México sino en toda América Latina:

Poseemos una tradición española magnífica (en teatro), de la que es singular que reneguemos hasta el asombroso extremo de que en toda la América Latina no se representen los clásicos de nuestra lengua. Es ciertamente triste que cuando Xirgu (Margarita) vino a hacerlo, la política interviniera a hacerla fracasar en un empeño que, declamado por María Guerrero había logrado tan buen éxito muchos años antes (26)

Que hubo problemas de entendimiento entre algunos intelectuales españoles y mexicanos es evidente, así lo demuestran estas palabras sacadas del diario de Salvador Novo:

Hablamos luego de los españoles en América; de literatos, por supuesto, con los que encuentra (Luis Alberto Sánchez, crítico peruano y Amigo de Novo) -encontramos- difícil entendernos. ¡Son tan verbosos!, en contraste con ese recato, esa humildad que bien puede merecer el nombre de orgullo que nos identifica a los peruanos con los mexicanos (27)

Viniendo de Salvador Novo no puede entenderse como desprecio, sino como una forma habitual de referirse a quienes no son

sus amigos (aunque tampoco sean necesariamente enemigos), cuando, por ejemplo, dice de Max Aub:

Recibí a tiempo la invitación para la cena que en honor de Max Aub ofrecían los intelectuales mexicanos; y aun pensé concurrir. Max Aub es buen chico. Espontáneamente nos tuteamos las raras veces que nos vemos (...). Sus comedias me gustan, naturalmente, más que los versos de horribles circunstancias, (I), vivencia trágica de la guerra de España, que hace poco me envió. Pero a última hora se nos fue el tiempo y ya no fuimos a la cena de los intelectuales (28).

Ni parece que sea envidiable para él y su situación que los exiliados tengan que ganarse la vida haciendo simplemente lo que se les ofrece; o que se casen con mexicanas como fue el caso de Moreno Villa con la viuda del que fuera gran amigo suyo, Genaro Estrada. Especial fue la antipatía de Novo hacia el escritor andaluz: "... pero que entonces servían (los artículos) para que Moreno Villa ganase un poco de dinero con revelar lo mucho que le había gustado desayunar papaya con limón..." (29).

Tampoco le gusta que Moreno Villa vaya despertando simpatías entre lo que Salvador Novo consideraba sus propios feudos, como la casa de los Villaseñor donde, al enterarse de que no le han invitado a una cena, dice: "...además, me mantuve ausente de una mesa a la que también habían invitado a Moreno Villa" (30). Lo que hace pensar que la falta de simpatía era más personal que contra los refugiados. Curiosamente esta pueril animadversión por Moreno Villa la comparte Novo con otros intelectuales del momento, por ejemplo su amigo el pintor Roberto Montenegro, autor de retratos de damas de sociedad. De él cuenta Novo que mostró profundo desagrado al ver que el escritor mexicano estaba mirando, en casa de los Villaseñor, un libro del andaluz, a quien la anfitriona defendió "diciendo que es, como es en efecto, muy buena persona" (31)

I. Se refiere al libro de poemas escrito en el campo de concentración de Djelfá y publicado como diario.

Calificativo que Novo solía utilizar con evidente menosprecio de otras cualidades más acordes con la definición de escritor.

De Xavier Villaurrutia dice Octavio Paz que llegó a atenuar con el tiempo su antiespañolismo, pero que se sentía herido por la actitud de los gobernantes cardenistas de creer que era necesario para México importar intelectuales de otros lados.

No estoy -¿cómo podría estarlo?- en contra del asilo a los perseguidos políticos. Tampoco estoy en contra de que se les ayude. ¿Y cómo podría negar que muchos de los intelectuales españoles refugiados son gente de mérito y que es benéfica su presencia entre nosotros? Lo que me irrita es el trato de favor que nuestros semiletrados gobernantes conceden a extranjeros mediocres, españoles o de otras nacionalidades, mientras desdeñan a tantos mexicanos distinguidos. (31)

Era hasta cierto punto lógico que se produjera un ambiente de celos, de susceptibilidades y de cierta incomprensión de unos a otros. Intelectuales o campesinos, obreros o profesionales, sentían que algo les estaban quitando, y en los primeros tiempos resulta comprensible que solamente se les viera como unos intrusos. Y a pesar de que el presidente Lázaro Cárdenas, tan indudablemente nacionalista, insistiera en artículos y discursos, informes y conferencias, en que la presencia de los exiliados republicanos era beneficiosa para el país y su desarrollo, eran pocos los convencidos: "particularmente en el Distrito Federal, Veracruz y Puebla. Desde que se empezó a hablar de la posibilidad del asilo hubo quienes impugnaron que el número de refugiados excedía a la capacidad hospitalaria, lo que constituiría una carga para la nación o un problema social" (32).

Y así, entre aplausos de unos y gestos hurafños de otros, llegaron a México entre quince y veinte mil refugiados, según da-

tos de Vicente Llorens. Tal vez sin proponérselo, empezaron a agruparse en determinados barrios, sobre todo el Centro en el Distrito Federal (calles de López y Artículo 123), donde en muchos casos ocupaban la mayoría de los apartamentos de un edificio. A todos ellos Cárdenas, coherente en su generosidad, les ofreció la carta de naturalización como mexicanos para que así pudieran obtener con más facilidad un puesto de trabajo. Muchos la aceptaron. Otros siguieron siendo españoles también en los papeles.

Con objeto de no resultar tan gravosos al gobierno mexicano, y también para preservar y transmitir sus queridos principios republicanos, crearon sus propias escuelas, donde excelentes maestros de la más alta categoría intelectual (muchos de ellos catedráticos de universidad; todos ellos formados en el magnífico sistema krausista de la Institución Libre de Enseñanza) daban clase a niños españoles y mexicanos de primaria y secundaria. También organizaron la sanidad. Médicos españoles (uno de los colectivos más abundantes que llegaron exiliados y que más problemas encontraron para desarrollar su profesión en México) atendían sin cobrar a quienes no tenían para pagar la consulta.

Es evidente que no todos los que llegaron, aunque tuvieran preparación para ello, pudieron ocupar puestos de trabajo de acuerdo con su historial académico. Además, su necesidad de mantenerse ellos y a sus familias les llevaba a aceptar lo que se les ofreciera, desde vender libros a domicilio, trabajar en fábricas, etc. Este testimonio de un refugiado es ejemplo de lo que encontraron miles de ellos:

Llegué a la ciudad de México con el estómago completamente vacío. Nos metieron en una pensión que era

un cuartel en la calle de Alvarado; una casa grande y fría; no sé cuántas habitaciones tenía eso. Entonces, moviendo amistades, a mí me pusieron a vender seguros... Después fui secretario particular de Angel Urraza hasta que murió. (33).

Una de las cosas que más llamaba la atención de los mexicanos era la costumbre de los refugiados de reunirse en los cafés y formar grandes tertulias como era tradicional en España, y que Solana ha dejado plasmado en su cuadro "El café de Pombo", grupo en el que ejercía de sumo sacerdote Ramón Gómez de la Serna. También en México había cafés, como el París, donde se reunían intelectuales, pero no era un hábito muy difundido ni alcanzaban, como los de Madrid, casi categoría de cátedras. "Como había tan pocas tertulias de café, los transterrados establecieron tertulias propias: el Tupinamba, el Papagayo, el Latino, el Café do Brasil, el Campoamor y otros". (34).

Tan importantes eran estas reuniones de los refugiados en los cafés, que Carlos Martínez, en su Crónica de una emigración, dice: "Los cafés hicieron posible la supervivencia de muchísimos refugiados, condenados irremisiblemente, de haberles faltado, a rápida consunción y muerte moral y física..." (35). Eso que este mismo cronista califica la emigración republicana como "nada extremista, ecléctica, dada a las actitudes intermedias, tradicionalista, trabajadora, nada propensa al desaliento y, por lo general, optimista y con bastante sentido del humor; con un lema: sobrepone lo jocundo a lo deprimente" (36).

La integración absoluta muchas veces, y el cariño siempre hacia México y lo mexicano, fue la respuesta de los refugiados a la generosidad del país que les salvó de la cárcel o de morir. Entre los testimonios recogidos por Ascensión H. de León Portilla

a finales de los setenta a los exiliados que quedaban vivos, el del Dr. José Puche Alvarez, rector de la Universidad de Valencia cuando tuvo que salir de España, y el de Juan Rejano, poeta, tienen casi categoría de ejemplo de lo que pensaban todos los demás. El primero dice:

México me dio toda clase de facilidades para que nosotros pudiéramos desenvolvemos. (...) Me he considerado, en cierto modo, huésped de México. Pero mis nietos, ya nacidos aquí (II), sí tienen todo el derecho de opinar y lo hacen con naturalidad, actuaciones que yo considero vedadas para mí. (...) El porvenir puede cristalizar en un mundo unido, americano y español, formando un bloque de naciones que desempeñará papel decisivo en la historia futura. (37).

Para Juan Rejano

En general la gente estaba muy optimista porque se notaban (a la llegada) muchas posibilidades de trabajo. En México nosotros nos sentimos como en nuestra propia casa. La psicología del español era la psicología del hombre que entraba en una tierra conocida, más aún, en una tierra hermana (...) Le diré que me sentí y me sigo sintiendo español, pero un español que tiene por lo menos otro tanto de mexicano. (38)

Y así, mientras unos refugiados murieron en México sin haber renunciado por un momento a su deseo de regresar a España (Juan José Domenchina, Max Aub), otros, como Cernuda y León Felipe lucharon entre el temor a regresar y el impulso de hacerlo. Juan Rejano falleció unos días antes de hacer realidad el sueño de todos esos años. Pero la gran mayoría se quedó en México y hoy su sangre y sus apellidos están mezclados con los mexicanos.

II Jaime Serra Puche, uno de sus nietos, es hoy Secretario de Comercio.

NOTAS CAP. I

1. Manuel Tuñón de Lara, Historia de España, S.XX, t.1, p.216
2. Manuel Tuñón de Lara, Historia de España, S.XIX,t.2, p.24
3. Ramón Tamames, La República. La era de Franco, p. 17
4. Ibid, p. 41
5. Ibid, p. 41
6. Ibid, p. 41
7. Ibid, p. 173
8. Ibid, p. 229
9. Ibid, p. 194
10. Ibid, p. 138
11. Ibid, p. 138
12. Ibid, p. 139
13. Lorenzo Meyer, "El cardenismo", en Historia General de México
p. 1230.
14. Ibid, p. 1233
15. Ibid, p. 1235
16. Carlos Monsiváis, "Notas sobre la cultura mexicana en el siglo
XX", en Historia General de México, p. 1415
17. Ibid, p. 1418
18. Ibid, p. 1394
19. Ibid, p. 1412
20. Ibid, p. 1413
21. Ibid, p. 1423
22. Ibid, p. 1435
23. Ibid, p. 1469
24. Vicente Llorens, "La emigración republicana de 1939", en
Emigraciones de la España moderna, p. 125

25. Salvador Novo, La vida en México en el período presidencial de Manuel Avila Camacho, p. 51
26. Ibid, p. 114
27. Ibid, p. 177
28. Ibid, p. 231
29. Ibid, p. 233
30. Ibid, p. 234
31. Octavio Paz, Xavier Villaurrutia en persona y obra, p. 28
32. María de la Soledad Alonso et al., Palabras del exilio, p. 33
33. Ibid, p. 111
34. Patricia W. Fagen, Transterrados y ciudadanos, p. 79
35. Carlos Martínez, Crónica de una emigración, p. 27
36. Ibid, p. 10
37. Ascensión H. de León Portilla, España desde México, p. 322 y 329
38. Ibid, p. 342 y 345

CAPITULO II: LEON FELIPE

1. Introducción

La vida de León Felipe está marcada por un nomadismo que se refleja en su obra. Felipe Camino Galicia nació en Tabara (Zamora), el día 11 de abril de 1884. Por ser el padre notario hubieron de estar cambiando cada poco tiempo de ciudad, hasta que la familia se estableció definitivamente en Santander. Así, al poco tiempo de su nacimiento en "un lugar castellano del que no recuerdo nada", se trasladaron a Sigueras (Salamanca) donde transcurrió la infancia del poeta. Su adolescencia la pasó en Santander y estudió la carrera de farmacéutico en Madrid. Fue actor con Tabayí y boticario en la Alcarria. Estuvo en la cárcel en Barcelona y trabajó en la Guinea española (Africa). Viajó a Panamá con una misión cultural del gobierno republicano; vivió en México, donde se casó con la mexicana Berta Gamboa; fue lector e instructor de español en varias universidades de Estados Unidos; viajó durante dos años por Suramérica y se estableció definitivamente en México, donde murió en 1968.

Para hacer el análisis de la obra de León Felipe se han tomado fundamentalmente dos libros: Obra poética escogida, con prólogo y selección de Gerardo Diego, y Ganarás la luz. Con el fin de completar el primer texto, se ha recurrido a La insignia, donde, aparte del poema del mismo título publicado en plena guerra civil, aparecen otros dos: "Subasta" y "Añadido", escrito este último el mismo año que se recopila el libro, 1967, y unos meses antes de la muerte del poeta.

Una de las cosas que salta a la vista en una simple lectura de la obra de León Felipe es el peso de la guerra civil y sus

consecuencias en casi todos los poemas que escribiera desde 1936, hasta el punto que no sólo España muere en esa fecha, sino que el poeta también deja de vivir, según él mismo dice en "Placa y epitafio", donde al lado de la fecha de su nacimiento aparece 1936 con intención de cerrar su ciclo de vida. Y es verdad que su poesía se transforma. Se hace denuncia, grito, blasfemia o llanto. Adquiere una fortaleza desgarrada, para ser otras veces el tono triste de un hombre cansado "que sólo quiere dormir". Sin que le dejen, pues siempre hay un reloj o un canto de gallo que le despiertan. O el propio viento que quiere sonar en el violín.

Del exilio que vive el poeta a consecuencia de la pérdida de la guerra por el lado republicano al que pertenece, más que una visión sentimental o nostálgica, León Felipe da en su obra, generalmente, una valoración moral, universal. No aparece en sus poemas esa necesidad física de reencontrarse con la España de su infancia y su juventud; con los paisajes, olores, etc, como es el caso de Domenchina o Max Aub; tampoco se busca en las plazas recoletas mexicanas con el secreto deseo de descubrir un rincón andaluz como hacía Cernuda; ni escudriña el rostro cetrino de quienes le rodean con la esperanza de recobrar el recuerdo de sus paisanos. Lo que no se contradice con el hecho de que, como cuenta Gerardo Diego, el tema principal de León Felipe en la tertulia que mantenía con montañeses fuera Santander. En sus poemas, el escritor parece no sentir el exilio de forma individual sino como parte de un colectivo que son "los españoles del éxodo y del llanto". En algunos momentos se siente más como el hijo pródigo, salido de su casa por propia voluntad aunque de puntillas para que

no se entere el padre, que como alguien que perdió padre, casa y patria irremediamente y por la imposición de "un rey bárbaro", como dice en uno de sus poemas en el que dialoga con Segismundo.

La profundidad de su concepto religioso de la vida le lleva a utilizar constantemente metáforas, imágenes y parábolas religiosas para explicar sus sentimientos respecto a España, a la guerra, a los españoles y a las circunstancias que envolvieron su vida de revolucionario. Va de la oración a la blasfemia con un lenguaje crudo, sin duda propio de un auténtico creyente. A dos cosas va a ser fiel León Felipe hasta el final de su vida: a la España eterna, espiritual, cuya esencia máxima es el espíritu de D. Quijote, y a su creencia religiosa, que flaquea sólo en uno de sus últimos y mejores poemas, "Oh, el barro", donde se advierte una duda unamuniana y un dejo de desesperanza.

Franco es la encarnación de todos los males y miserias caídas sobre España. El desprecio hacia él es total y se manifiesta en los adjetivos que le dedica. La España franquista es la anti-España; algo totalmente alejado de la nación espiritual y cervantina que es el ideal de León Felipe.

2. La España cainita

En la obra de León Felipe anterior a la guerra civil no hay ninguna alusión a lo que tradicionalmente se ha considerado -y se considera aún hoy- como el pecado capital de los españoles: la envidia. Es más, España, al contrario de Antonio Machado -por el que siente un gran respeto- o de los escritores de la generación del 98, no figura como tema de preocupación en sus poemas. Sí está presente Castilla y sus pueblos como ambiente que envuelve sus versos, pero no en cuanto a una reflexión filosófica o mo-

ral de la propia España como venía haciéndose desde la pérdida de las últimas colonias de ultramar, o el Desastre, como se denominó.

Sin embargo, esta idea de una España de la intolerancia, de la desmembración, de la envidia irrumpirá de una forma contundente, bajo un título significativo, gráfico y cruel: "El hacha", poema escrito en la guerra y que se publicó en 1939 dentro del libro Español del éxodo y del llanto. El poema lleva como subtítulo "Elegía española", y es más que amargo escalofriante, desesperanzado, sin duda producto de una visión directa de la locura de la guerra, del enfrentamiento a muerte entre hermanos. León Felipe dedica esta elegía: "A los caballeros del Hacha, a los cruzados del rencor y del polvo... a todos los españoles del mundo" (1).

El hacha como símbolo de división, de lo que separa de forma violenta: herramienta rural (Domenchina utiliza el arado) primitiva, ligada a la tierra y a la violencia española, la ve el poeta como una especie de objeto totémico de España. Seguramente la tomara León Felipe como símbolo del cainismo, de fratricidio, por los versos de Antonio Machado en el romance de "La tierra de Alvargonzález". Ahí, el espectro del padre se les aparece a los malos hijos y "lleva un haz de leña al hombro/y empuña un hacha de hierro" (2); la misma que ve brillar el padre entre sus hijos mayores, como una premonición, cuando les confiesa su amor por el hermano pequeño; es el tachón sombrío que sobre la frente del padre dormido a la orilla de la fuente semeja "la huella de un hacha"; y, en fin, la misma que se une a los puñales para matar a Alvargonzález.

León Felipe cree, como Max Aub, Cernuda, Sender, Domenchina,

Antonio Machado y tantos otros escritores españoles, que el cañonismo es tan antiguo como España y que ésta es víctima de algún tipo de maldición que la lleva a que en su seno se enfrenten y maten los hermanos, a que la envidia les convierta en parricidas, a que la intolerancia les impida vivir bajo el mismo techo si no comulgan con las mismas ideas:

Tu enemigo es tu sangre
y el barro de tu choza.
¡Qué viejo veneno lleva el río
y el viento
y el pan de tu meseta
que emponzoña la sangre,
alimenta la envidia,
da ley al fratricidio
y asesina el honor y la esperanza! (3)

Es hasta cierto punto explicable que León Felipe, como los otros escritores que participaron de una u otra manera en la guerra civil española, ante tal locura, buscaran una justificación en la historia que demostrara que solamente el destino de un pueblo trágico desde sus raíces, como España, era el culpable de lo que estaba pasando:

un hacha antigua,
indestructible y destructora
que se volvió y se vuelve
contra tu misma carne. (4)

Son versos que quitan toda esperanza, que anulan cualquier voluntad ante el terrible sino de un pueblo que está siempre amenazado por el hacha amarilla de la envidia, que impone su dictadura y que se convierte en "la voz de tus entrañas/y el grito de tus montes" (5).

Vistos fuera del contexto de la guerra civil, estos apocalípticos versos de León Felipe suenan desmesurados. Si bien parece estar influido por los Campos de Castilla, de Antonio Machado, como casi todos los escritores de aquel momento que viven la gue-

rra, su visión es mucho más violenta que la del poeta de las Sole-
dades, quien se compadece de ese destino de España, irremediable
y desgraciado, pero siempre digno de lástima:

tierras pobres, tierras tristes,
tan tristes que tienen alma.
(...)
¡Oh pobres campos malditos,
pobres campos de mi patria! (6)

Para León Felipe, la España de todos los tiempos tiene un
haz y un envés: el hacha y la espada; la envidia y el honor. Y
según el poeta, en ese momento que le tocó a él vivir el hacha se
colocó por encima de la espada. Así, mientras ésta le dio a Espa-
ña el honor y la gloria, el hacha de la envidia la desmembró como
Imperio y como nación, de la misma forma que desune a la ciudad,
al municipio, a la grey, a la familia. El hacha asesina el honor
(pasado) y la esperanza (futuro):

Español,
más pudo tu envidia
que tu honor,
y más cuidaste el hacha
que la espada. (7)

La envidia en la península ibérica es tan profunda y tan an-
tigua que León Felipe la ve como el arma que hace polvo a España,
que la convierte en nada. Se remonta a la historia y la denuncia
como la sombra del español que le sigue a donde va:

...y contigo ha vivido
en todos los exilios.
Yo la he visto en América -en México y en Lima- (8)

Fue la envidia la que enfrentó a Pánfilo de Narváez con Cortés; a
los conquistadores de Perú, en esas guerras fratricidas entre Pi-
zarros, Almagros, Alvarados, Aguirres, Tapias..., como cuenta el
Inca Garcilaso de la Vega en sus Comentarios reales. La misma envi-
dia que hace que los españoles exiliados en un país se enfrenten
o se ignoren sumidos en la intolerancia de siglos.

No hay esperanza para España, viene a decir León Felipe.
En la tierra de Alvaragonzález la que manda es el hacha

Y todo se hará polvo,
todo,
todo,
todo... polvo con el que nadie...
nadie!
construirá jamás
ni un ladrillo
ni una ilusión. (9)

Y así como en Max Aub hay no sólo un deseo sino también casi una certeza de que la España franquista dará paso a otra España, (lo dice en La gallina ciega tras su viaje a España en 1969), de la misma forma León Felipe, si bien en el tiempo que escribe esta elegía (1939) no encuentra más que un destino trágico y ciego que conducirá a los españoles siempre al desastre del enfrentamiento, más tarde su postura se irá modificando hasta llegar al extremo de uno de sus últimos poemas, "Perdón", donde, en una especie de autoconfesión, pide perdón a España, a los españoles y a toda la humanidad. Pero en el momento de escribir esta "Elegía española" hay un desencanto radical en el poeta hacia sus compatriotas, que se extenderá al hombre en general. No ve cualidades en el español que acaben con esa fuerza oscura que le domina; tampoco hay rasgos en el hombre que le aseguren un buen camino para la sociedad.

En su inclinación por la filosofía calderoniana, pesimista, León Felipe no ve más que un destino ciego que juega con los hombres con sólo quitarles o ponerles un disfraz diferente. Desde los orígenes de Castilla, los Diego Carrión o Pero Vermúdez de otros siglos siguen siendo los mismos españoles del siglo XX. El gran teatro del mundo viste a estos hombres con el haz y las flechas o la estrella proletaria para que se enfrente en "la arena de mí

circo" (10). España es un circo para León Felipe.

¡Eh, tú, Diego Carrión!,
¿Qué insignia es esa
que llevas en el pecho?
El haz de flechas señorial,
¿Y tú, Pero Vermúdez?,
La estrella redentora y proletaria.
Españoles
dejémonos de burlas.
No es esta ya la hora de la farsa.
"Vámonos poco a poco
que en los nidos de antaño
no hay pájaros hogaño.
Yo fui loco
y ya estoy cuerdo" (11)

León Felipe, aunque evidentemente está en contra de Franco y a favor de la República, no por eso es un hombre de partidos, sino que está en contra de su existencia y no pierde ocasión para denunciarlos, lo mismo en "La insignia", escrita en plena guerra, que en "Elegía española", poema del exilio. Según León Felipe, con la excusa de las máscaras, los bandos se forman para llevar a España a la destrucción. Ya sean Diego Carrión o Pero Vermúdez, ya lleven la bandera del yugo y las flechas o la enseña proletaria, en el fondo de sus corazones el único símbolo que les mueve es el hacha:

"¡Quitaos esas máscaras!
Nuestro símbolo es éste: el hacha.
Marcaos todos en la carne del costado
con un hierro encendido
que os llegue hasta los huesos
el hacha destructora...
Todos,
Diego Carrión,
Pero Vermúdez,
todos... (12)

Que no hay esperanza para España lo dice León Felipe en 1937 y en 1940. Lo dice también en el poema reescrito en el exilio,

"El niño de Vallecas": "Se vuelve siempre, siempre" (13). Ante la cabeza rota de un imbécil, de facciones toscas y mirada simple, de expresión palurda y brutal que se aferra a lo terreno tanto como se aleja de lo espiritual, León Felipe se descubre a sí mismo y a todos los españoles. En ese rostro Velázquez plasmó la otra cara de la España del siglo XVII, la que sólo veían unos cuantos. Y León Felipe vuelve a descubrir en ella a la España de 1936. Ahí está la realidad española; es la bacía que sólo en la cabeza de Don Quijote se vuelve yelmo y halo en la de los místicos: "Bacía, yelmo, halo, éste es el orden Sancho" (14). Y también las tres secuencias de la historia de España: realismo, idealismo y misticismo. Como un ciclo que regresa siempre a la bacía que provoca el escarnio o al semblante tosco de "El niño de Vallecas".

Hasta que un día (¡un buen día!)
el yelmo de Mambrino
-halo ya, no yelmo ni bacía-
se acomode a las sienas de Sancho
y a las tuyas y a las mías. (15)

Así como los místicos han de pasar por las tres vías: purgativa, iluminativa y unitiva para llegar a Dios, parece que León Felipe, en su particular y profundo entendimiento religioso de la vida, considera que la única salvación de España está en llegar a esa tercera vía; es decir, en que España vuelva a ser fuente de espiritualidad. De lo contrario está condenada. Y así lo dice el poeta en los últimos versos de la "Elegía española":

España
¿por qué has de ser tu madre de traidores
y engendrar siempre polvo rencoroso?
Si tu destino es éste,
¡que te derribe y te deshaga el hacha! (16).

Los sentimientos negativos de León Felipe hacia España en 1939 los confirman las palabras dirigidas al presidente Lázaro

Cárdenas a quien dedica el poeta su libro Español del éxodo y del llanto, que lleva como subtítulo "Doctrina de un poeta español en 1939". Al comparar el poema a un testamento, León Felipe refuerza la veracidad de las palabras que forman los versos: "un poema es un testamento porque el poeta habla siempre dentro del círculo de la muerte, y lo que dice, lo dice como si fuese la última palabra que tuviera que pronunciar" (17).

La intolerancia y la envidia, que Américo Castro denuncia en el propio nacimiento de España: el conflicto entre las tres castas, cristianos, judíos y musulmanes, aparecen una y otras vez en los poemas de León Felipe de su primera época:

¿Qué quieren esos hombres?
Quieren
que la sangre del mundo
se mueva sólo en diástole,
y vivir con un ojo nada más.
Quieren
que el péndulo en su curva
se pare siempre en la mitad
y oscile sólo a la derecha.
Porque tiene mareas,
quieren asesinar almar.
(...)
Quieren
que sólo se oiga el tic,
siempre el tic,
y que no se oiga el tac. (18)

2.1. El exilio: consecuencia del cainismo y la intolerancia

La mayoría de los españoles que estuvieron comprometidos -de una forma activa o simplemente moral- con el gobierno de la República, tuvieron que abandonar el país en 1939 y buscar una nueva tierra donde vivir. Al dolor de la pérdida de su país, se une la experiencia y las imágenes de una guerra cruel en la que pareciera se hubieran dado cita todas las plagas apocalípticas: hambre, enfermedades, muerte... Y al final el exilio. Al poeta León Felipe

esto le deja una profunda marca, de cuya cicatriz habla en sus poemas, que recorrerá su poesía y su filosofía de la vida teñida de desencanto y de pérdida de confianza en el hombre.

Estuve en una guerra sangrienta,
tal vez la más sangrienta de todas.
Viví en muchas ciudades bombardeadas,
caminé bajo las bombas enemigas que me perseguían,
vi palacios derruidos,
sepultando entre sus escombros niños y mujeres
inocentes.

Una noche conté cientos de cadáveres
buscando un amigo muerto. (19).

Por una parte su concepción religiosa de la vida, y por otra su teoría romántica de la inspiración carismática del poeta como vidente y profeta, portavoz de energías colectivas, cósmicas en el fondo, hace que sienta el exilio como una experiencia universal, como una expiación o como una injusticia entre las injusticias que se han sufrido a lo largo de la historia por hombres inocentes, empezando por el mismo Jesús:

He sufrido y sufro el destierro
y soy hermano de todos los desterrados del mundo
(20)

Como los países, también los hombres tienen destinos trágicos, y León Felipe se hermana con quienes le antecedieron en estas penas y con los que le seguirán en un futuro:

Y mi éxodo es ya viejo.
En mis ropas duerme el polvo de todos los caminos
y el sudor de muchas agonías. (21) (III)

Por eso, se echa de menos en sus versos esa parte de nostalgia por el país que en seguida se descubre en la obra de otros escritores exiliados. En León Felipe, España está presente como una obsesión, pero no hay añoranza por paisajes o cielos, olores o sabores, obras o piedras. Pero si bien en sus versos es el romero que recorre la tierra sin preguntarse de dónde es, o la piedra que rueda sin voluntad propia, en la realidad de las tertulias con sus

III. El término "camino" se enriquece aquí como sinónimo de hombre (por ser Camino el apellido del poeta) y a la vez de ruta.

paisanos "Me decían que su conversación, la de León Felipe y todos ellos, no era otra cosa que los recuerdos de su ciudad" (22).

Hay circunstancias personales que podrían atenuar la idea de exilio para León Felipe. Por una parte, que el poeta estaba casado desde 1923 con Berta Gamboa, mexicana; que había residido ya en México y que aquí tenía también a muchos de sus familiares: su hermana preferida, Salud, así como a su otra hermana, Cristina y a sobrinos muy queridos del poeta como el torero Carlos Arruza. Además sabemos por él mismo que nunca fue muy amante de vivir en el clan familiar. Y la idea de no estar en su tierra, de no ver su paisaje -es más, de no tener un paisaje- no le llega con el exilio, sino que, posiblemente por el nomadismo al que se ve obligada la familia por la profesión del padre, León Felipe confiesa no tener apego a ningún lugar en especial:

Debí nacer en la entraña
de la estepa castellana
y fui a nacer en un pueblo del que no recuerdo
nada
(...)
Después... ya no he vuelto a echar el ancla,
y ninguna de estas tierras me levanta
ni me exalta
para poder cantar siempre en la misma tonada
al mismo río que pasa
rodando las mismas aguas,
al mismo cielo, al mismo campo y en la misma ca-
sa (23)

No significan estos versos (escritos en 1920, mientras ejercía de boticario en un pueblo de Guadalajara) que no se sienta español. León Felipe será español lo mismo en el centro de Africa, que en el corazón del Amazonas o en medio de Manhattan; es, como él dice, "uno de los tres hechos fatales que no he podido remediar" (24). Pero también es un poeta errante, vagabundo aunque viva

treinta años en la misma ciudad y en la misma casa:

romero solo que cruza
siempre por caminos nuevos.
Ser en la vida
romero,
sin más oficio, sin otro nombre
y sin pueblo... (25)

Versos éstos que pertenecen al poema "Romero sólo...", escritos varios años antes de la guerra, pero cercanos a la triste experiencia de la cárcel sufrida durante tres años por impago de unas deudas contraídas en vida del padre. Más que la prisión, le duele a León Felipe el abandono en el que le dejan sus amigos de siempre, Santander, justamente en el momento que más los necesitaba. De ahí saldrá la reflexión amarga y el desengaño sobre la humanidad que se incrementará con la guerra. De ahí sale también su postura desarraigada y su deseo de no ser de ningún pueblo, para no ser vulnerable:

que no hagan callo las cosas
ni en el alma ni en el cuerpo...
pasar por todo una vez,
una vez sólo y ligero, ligero, siempre ligero (25)

Sin olvidar su carácter inconstante, rebelde y bohemio, que le pudo llevar al montón de peripecias que forman su vida hasta 1939, y por lo tanto a ser un viajero considerable, el voluntario olvido de Santander y sus paisanos en su obra lo justifica y puntualiza así Gerardo Diego:

El poeta tenía motivos para guardarlos (recuerdos) muy amargos de los que le abandonaron en horas para él muy penosas. Pero el cariño al paisaje de montaña y mar, a los rincones ciudadanos, la reviviscencia de tantas horas de alegría juvenil y tantos ratos de soledad y aprendizaje de la vida triunfaba en él sobre las posibles memorias de la pequeñez humana. (26).

Para dejar bien claro que, si bien en sus poemas se daba ese ol-

vido, no sucedía así en las conversaciones con sus amigos montañeses.

Ya en ese período se describe a sí mismo en todas las metáforas errantes: la nube blanca que camina sin parar por el cielo, la estrella que se mueve, el canto que rueda en el camino. Se sienten bien sin raíces y no opone ninguna resistencia al viento:

-No andes errante
y busca tu camino...
-Dejadme...
ya vendrá un viento fuerte que me lleve a mi sitio (27)

Errante como Don Quijote, en lugar de lanza León Felipe pide el bordón del peregrino para seguir "el camino blanco y sin término", porque no desea ninguna Itaca (en su juventud). Al final de su vida, no sin cierta melancolía, se considerará a sí mismo una oveja suelta y sin rebaño, un desarraigado. En 1955 (las cosas empeorarán para él en 1958, año en que muere su esposa), en carta a su hermana Salud, dice: "He andado siempre por el mundo con muy pocas ganas de vivir y sin cables ni amarras con las cosas y con los hombres... Es como un suicidio permanente". (28).

Pero una cosa es la postura estética y ética, absolutamente sincera en León Felipe, y otra el exilio forzoso después de haber sido protagonista de una guerra civil en la que perdió tanto que llegó a considerarse muerto a partir de esa fecha. Y no es retórica. Nadie aborrece la retórica como León Felipe. Hay una parte muy importante de él que muere en 1936 y que queda enterrada bajo una lápida simbólica en España. Y hay otra parte que vive para recordarlo, pero en forma de grito, para, unánimemente, defender el sentimiento: "¡Lloro, grito, aúllo, blasfemo... luego existo" (29)

Para León Felipe el exilio es doloroso pero tiene una gran misión: salvar la esencia de la España que ha muerto en esa especie

de gran diluvio. Y esa preservación de la esencia de España no es sólo con vistas al país de León Felipe, sino a la Humanidad entera y con mayúscula, que en ese momento, para el poeta, no es más que "una úlcera gafosa, delirante y pestilente, ahora que toda la costra de la tierra es una llaga purulenta" (30). En "El llanto es nuestro" (1939), León Felipe utiliza la metáfora del diluvio universal y de los justos que salvan al mundo en el arca de Noé. Así, los justos, los exiliados han salido de su país "sin tribu, sin obispo y sin espada" y llevan con ellos, en el arca, "su llanto y la justicia derribada" (31). Y esa Justicia, con mayúscula, a salvar no es otra que el espíritu de Don Quijote que tanto necesita la Humanidad. (Es otra forma de españolizar a Europa, al mundo occidental, como figuraba en el Ideario de Ganivet y en la generación del 98). "La única justicia que aún queda en el mundo ... Si estas palabras (las de Don Quijote) se pierden, si esta última semilla de la dignidad del hombre no germina más, el mundo se tornará un páramo" (32)

En esta postura romántica de poeta prometeico no sólo salva la esencia de España para redimir a toda la Humanidad, sino que también se llevó la canción, el hálito de la tierra antigua, ahora maldita, como Prometeo robó el fuego de los dioses para dárselo a los mortales: en un acto de amor a los hombres. Al final de su vida él mismo encuentra desmesurados esos propósitos.

En esa vocación que siente León Felipe de ser un poeta útil, de tener una misión espiritual en la tierra, encaja su deseo de conducir, espiritualmente por supuesto, a los exiliados:

Espanoles,
españoles del éxodo y del llanto;
levantad la cabeza
y no me miréis con ceño,

porque no soy el que canta la destrucción
sino la esperanza. (33).

Versos que tienen tantas resonancias cristianas.

La idea de que la España franquista estaba muerta porque se había quedado sin canción y sin testamento de Don Quijote, no sólo la corregirá el poeta en 1958 sino que incluso llegará a invertirla su tesis original. En la presentación del libro de Angela Figuera, en México, hará un reconocimiento público de que no toda la España que quedó era franquista y de que la canción no se la puede llevar nadie porque forma parte de la tierra de la que emana y en ella permanece, ya que no podría alimentarse la una sin la otra. Se desdice de sus versos

porque yo fui el que dijo al hermano Voraz y vengativo, cuando, "aquel día", nosotros, los españoles del éxodo y del llanto, salimos al viento y al mar, arrojados de la casa paterna por el último postigo del huerto... Yo fui el que dijo:

Hermano...tuya es la hacienda...
la casa, el caballo y la pistola.
Mía es la voz antigua de la tierra.
Tu te quedas con todo
y me dejas desnudo y errante por el mundo...
mas yo te dejo mudo... ¡mudo!...
Y ¿cómo vas a recoger el trigo y a alimentar el fuego
si yo me llevo la canción? (34)

No sólo rectifica ese "reparto caprichoso que yo hice entonces, dolorido, para consolarme" (35), sino que hace una declaración, a costa de ser injusto consigo mismo y con los demás exiliados, en la que considera vana y falta de fuerza su producción y la del resto de españoles que salieron de España después de la pérdida de la guerra: "Al final todo se hizo grito vano, lamento hinchado, blasfemia sin sentido, palabras de un idiota llenas de estrépito y de furia que se perdieron como burbujas de hiel en el vacío... Y nos quedamos luego todos mudos. Los mudos fuimos nosotros... ¡Los desterrados y los mudos!. (36). Y León Felipe ade-

más de reconciliarse con los españoles que se quedaron en el país después de la guerra civil, reconoce a sus escritores como los auténticos recolectores y cultivadores de esa canción que da la tierra antigua y que él creía haberse llevado: "De este lado nadie dijo la palabra justa y vibrante. Hay que confesarlo: de tanta sangre a cuestras, de tanto caminar, de tanto llanto y de tanta injusticia... no brotó el poeta" (37). No será necesario aclarar que esos escritores a quienes considera herederos de la tradición y del espíritu español son los que se quedaron en el llamado "exilio interior", es decir, Aleixandre, Dámaso Alonso, Blas Otero, Gabriel Celaya, Hierro, Crémer, Nora, De Luis y la propia Angela Figuera: "... los que os quedastéis en la casa paterna, en la vieja heredad acorralada... Vuestros son el salmo y la canción" (38). Este reconocimiento a los que se quedaron en la España de Franco, pero encerrados en su propio mundo, sin participar públicamente en el régimen del dictador, además de ser un encomiable abrazo de hermandad, puede dejar entrever, si no una invalidación del exilio, un sacrificio inútil, sí una interrogación sobre el mismo.

El exilio en León Felipe es sinónimo de llanto

las lágrimas que dejamos en el suelo
todos los hijos pródigos del mundo. (39)

Y el llanto es una forma de ganar la luz, el conocimiento, Dios. Su interpretación religiosa de la vida hace que se produzcan ambivalencias en sus versos. Así, en "La espada", poema incluido en el libro II, La esclava, (1943), publicado en Ganarás la luz dice:

Luz...
cuando mis lágrimas te alcancen,
la función de mis ojos ya no será llorar
sino ver. (40)

donde, por una parte está la condición de exiliado político de

León Felipe y por otra su condición de hombre exiliado en la tierra, echado de la luz a la sombra. El tránsito por la vida como llanto, según la teoría cristiana, donde el hombre viene al mundo a sufrir y a ganar la luz. Influencias del Evangelio de San Juan, de Esquilo y de su gran amigo Juan Larrea y su teoría milenarista y mesiánica. Y también del pesimismo calderoniano con raíz en el estoicismo de Séneca, filosofías de las que León Felipe se siente heredero y seguidor.

Es calderoniano su poema "El sueño, la locura, el borracho" del libro IV, Los lagartos, donde el poeta dialoga con Segismundo y quiere desdibujar los límites entre sueño y realidad, para que la pena del exilio sea también menos real:

¿Si no hubiésemos dejado
de soñar, Segismundo, y el destierro ahora aquí y
España allá, en el otro lado
fuesen el juego viejo y nuevo de un dios, no de un
rey bárbaro,
el sueño eterno y español de la "caverna y el palacio"? (41)

En este poema sí hay una cierta nostalgia que nace de la inevitable distancia, que el poeta ve con impotencia: el destierro aquí y España allá. Segismundo despertando en la caverna o en el palacio, alternativamente, sin ser uno ni más ni menos real o soñado que el otro. El destierro y España, la caverna y el palacio.

Hay también algo de la nostalgia del exiliado en los versos del poema "Diré algo de mi patria", del libro V, Sobre mi patria y otras circunstancias, publicado en Ganarás la luz (1943). En ese poema León Felipe relaciona España y felicidad, dando a esta última la imagen de un pájaro y a la primera el lugar donde lo vio:

Ahora:
mi patria está donde se encuentre aquel pájaro luminoso que vivió hace ya tiempo en mi heredad.
(...)
Donde vuelva a encontrarlo encontraré mi patria.
(...)

Esta ave huidiza
que me ha de decir dónde he de plantar la primera
piedra de mi patria perdida (42)

Y hay añoranza por lo irremediadamente perdido en los últimos versos del poema "El gran blasfemo", del libro VIII, Hacia el infierno, donde, utilizando otra vez una metáfora cristiana, León Felipe hace recuento de lo que le quitó la guerra y el exilio:

Tres veces cantó el gallo,
tres veces negó Pedro,
tres veces canto yo
por mi carne,
por mi patria
y por mi templo...
Por todo lo que tuve
y ya no tengo. (43)

3. La España de la guerra civil: los dos bandos

El lenguaje que León Felipe emplea en sus poemas cambia de forma visible en Drop a star (1933), donde el poeta habla ya de bandos, de partidos, de huelgas, de sinrazón y caos. El mundo va hacia el desorden y se pide en el poema que el marinero meta una estrella en la máquina para que cambie el universo:

Ese grito,
ese grito de huelga,
ese grito de estopa,
ese grito de ¡abajo! y ¡muera! ¿contra quién? (44)

En 1936, cuando estalla la guerra, León Felipe está en Panamá y toma la decisión de regresar a España para luchar del lado republicano. La actitud del poeta va a ser radicalmente revolucionaria y absolutamente idealista. Esto le lleva a enfrentarse con los partidos que forman el bando antifranquista, ya que nada le impide denunciar lo que considera inmoral o falso y no acorde con su ideal revolucionario. Antes de regresar de Subamérica escribe Goodbye Panamá, que intenta leer por la radio y no se lo permiten. Es un escrito en contra de los sublevados en España, pero también en contra de los "gachupines", españoles en América, profranquis-

tas. Invoca al "cocodrilo argentófono", que ha de acabar con los explotadores de América. Son los odiados mercaderes, los auténticos culpables de la guerra, de intereses mezquinos: "Contra vosotros y por vosotros ha surgido esta guerra" (45). Estos "gachupines" son como una especie de parásitos de España: "sórdido mercader español vive aún a costa del viejo heroísmo de los conquistadores. Es el español que elogia la España heroica de ayer y vituperaba la España heroica de hoy, pero que lo que quiere y ha querido siempre es vivir a costa de todos los heroísmos" (46).

El gobierno republicano encarna la defensa de la esencia de España y ésta no es otra que la de los valores humanistas. Por eso León Felipe defiende al bando republicano de las acusaciones de entrega al comunismo internacional que se le hacen en Panamá y por lo que escribe el Goodbye Panamá. Pero detesta los intereses de grupo que mueven a los partidos, ya sean comunistas, anarquistas, socialistas, etc., pues lo entiende como una división que impedirá la victoria en la guerra. No es amigo de oratorias ni demagogias y se erige en profeta de la verdad, en defensor de la justicia, y por tanto en la caricatura más precisa, y en algunos casos patética de Don Quijote, por ejemplo la lectura de "La insignia", en 1937, ante un público proletario, de partidos, que esperaba escuchar una arenga en plena guerra civil, cuando ya Valencia era una especie de refugio y puerta de salida, podría pasar por una de las aventuras más descabelladas del Ingenioso Hidalgo. Y es que su concepción de poeta/profeta de la verdad le lleva a enfrentarse en solitario con partidos e instituciones: "Cuando todas las oratorias han manchado de baba las grandes verdades del mundo y nadie se atreve ya a tocarlas, el poeta tiene

que limpiarlas con su sangre para seguir diciendo: aquí está todavía la verdad" (47).

Lo que siente León Felipe es un revolucionarismo íntimamente unido a la idea religiosa, cristiana, evangélica; de catacumba y no de iglesia. En el prólogo a La insignia dice que va a España "a buscar la muerte y a encontrarme con Dios" (48). En ese momento el poeta ha dividido, maniqueamente, a los bandos en: los partidarios del espíritu y detentadores de los valores, capitaneados por el gobierno republicano, y por el otro los mercaderes, los que están en contra del reparto de la justicia y sólo defienden privilegios de casta, a cuya cabeza está Franco.

Su entusiasmo e idealismo son tan fuertes como la sinceridad de su defensa. La España republicana es "la que lleva en sus manos el mensaje genuino de la raza para colocarle humildemente en el cuadro armonioso de la Historia Universal de mañana, y junto al esfuerzo generoso de todos los pueblos del mundo..." (49). Pronto esta oda se convertirá en elegía, y el entusiasta poeta en el triste y desencantado León Felipe que va hacia el exilio.

Cuando en 1937, en Valencia, lee el poema "La insignia" ante un público compuesto por proletarios e intelectuales de izquierda, su denuncia de lo que no le parece justo suena tan fuerte como la defensa que hiciera de estos mismos hombres un año antes en Panamá

Son los comités,
los partidillos,
las banderías,
los Sindicatos
los guerrilleros criminales de la retaguardia ciudadana.

Esta denuncia aparece también en los libros de guerra de Max Aub, en algunos de los poemas de Domenchina, y además ratificados por

la propia historia. Intereses poco menos que inconfesables se mueven entre los partidos que forman el bloque de izquierda, y León Felipe no se calla:

Aquí estáis anclados,
custodiando la rapiña
para que no se la lleve vuestro hermano. (50)

Que denuncie lo que no le gusta del lado republicano no significa la menor simpatía por el lado franquista, aunque el auditorio donde leyó dicho poema no pensara igual y le tachara de reaccionario. Incluso tuvo que salir León Felipe escoltado para evitar algún riesgo físico, y Wenceslao Roces logró hacerle salir de España hasta que se calmaran los ánimos. Sin embargo, nada más alejado del poeta que sentir acercamiento por los fascistas de Franco. Para él, el otro lado

es la tierra maldita de Caín aunque la haya
bendecido el Papa.
Si el español está en algún sitio ha de ser
aquí (en el lado republicano)
(51)

De nuevo se erige León Felipe en defensor de la única verdad y en conductor del resto de españoles que no están ni entre los corruptos que vigilan el botín ni entre los cainitas del bando contrario: "Españoles que vivís el momento más trágico de toda nuestra Historia, ¡estáis solos! (...). Todo el mundo es nuestro enemigo, y la mitad de nuestra sangre -la sangre podrida y bastarda de Caín- se ha vuelto contra nosotros también" (52).

"La insignia" es una arenga revolucionaria al estilo de León Felipe

Yo soy revolucionario,
España es revolucionaria,
Don Quijote es revolucionario. (53)

Y en la base de su revolución está la Justicia: "mercancía ibérica y quijotesca" (54). Para salvarla está justificado el derra-

mamiento de sangre

No hay más política en la Historia que la san-
gre.

A mí no me asusta la sangre que se vierte.

A mí me alegra la sangre que se vierte. (55)

En su ímpetu revolucionario para salvar la Justicia y los valores se siente apoyado por la tradición, por la historia de España, y lo entiende como un deber: "Castilla no es épica ni guerrera. No lo fue nunca. Aquel empeño de lucha por la tierra, lo mismo que éste de ahora, son empeños de lucha por la luz" (56). No importa que el resto de las naciones den la espalda a los republicanos. Inglaterra es una vieja raposa avarienta que sólo piensa en sus intereses materiales, vil mercader. Europa le retira el apoyo a la España del poeta: "en un día que está escrito en el calendario de las grandes ignominias" (57). En otra imagen religiosa que recuerda "La piedad", dice que España se quedó "sola, con el cadáver de la Justicia entre las manos" (58). Y sigue con la metáfora de España injustamente sacrificada, pero no de forma estéril, pues es un sacrificio para salvar esos valores pisoteados, como Cristo salvó a los hombres devolviéndoles la gracia con su sacrificio:

Sola y en cruz. España/Cristo
-con la lanza cainita clavada en el costado,
sola y desnuda-
jugándose mi túnica dos soldados vesánicos (59)

La España franquista merece todo su desprecio antes de 1939, en el exilio y cuando el poeta ya está al borde de la muerte. Al principio del destierro, León Felipe generaliza la idea del franquismo a toda España. Por eso, para él, España ha muerto, para sólo vivir en el recuerdo de los exiliados y en el de sus obras

Españoles:
el llanto es nuestro
y la tragedia también

como el agua y el trueno de las nubes.
Se ha muerto un pueblo
pero no se ha muerto el hombre. (60)

En el libro Espanoles del éxodo y del llanto (1939) España está muerta. Y la culpa la tienen todos, tanto los partidos de izquierda como los de derecha

Los que habéis vivido siempre arañando su piel,
removiendo sus llagas,
vistiendo sus harapos,
llevando a los mercados negros terciopelos y
lentejuelas (61)

Todos son culpables, los odiados franquistas, mercaderes que se unieron a la mitra para saquear España; pero no menos culpables son los que desde el otro lado pecaron por omisión, por inacción: "Los mastines del 98, que en cuanto ganásteis la antesala dejásteis de ladrar, pactásteis con el mayordomo, y ahora en el destierro no podéis vivir sin el collar pulido de las academias" (62). En este libro, para León Felipe España es una víctima de sus hijos, como también la veían Max Aub y Cernuda. Todos, los de ambos bandos, fueron "los payasos ibéricos que hicísteis siempre pista y escenario de la patria..." (63)

En el poema "Hay dos Españas", del libro I, Algunas señas autobiográficas, incluido en Ganarás la luz (1943), el poeta divide a España en la del espíritu y en la de la guerra fratricida. La de León Felipe y la de Franco. La de la canción y la del hacha. La España fascista se ha quedado sin el espíritu; y el cuerpo muere en cuanto el espíritu le abandona, por eso aquella España está muerta. De la misma forma que el salmo abandona el templo dejándolo vacío de religiosidad: "Cuando los arzobispos bendicen el puñal y la pólvora y pactan con el sapo iscarote y ladrón... ¿para qué quieren el salmo?". (64)

En "Diálogo entre Jehová y el hombre", el poeta vuelve a insistir en el reparto maniqueo de papeles a los dos bandos. En él, el franquismo está del lado del diablo y la República está del lado de Dios, a quien el poeta recrimina por apostar con Satán

ya sé, ya sé que apuestas ahí arriba con el diablo,
a la luz y a la sombra, como al rojo y al negro en un garito...
Que ahora ha salido el negro,
que ha triunfado la sombra,
que Satán te ha vencido. (65).

La obsesión de España hace que el mismo tema sea tratado una y otra vez en sus poemas. España muerta en 1936, es ahora, para el poeta, solamente un cementerio lleno de nichos con placas y epitafios similares al de su poema "Placa y epitafio". España no podrá volver a ser, no hay una posible resurrección

España... sobre tu vida el sueño,
sobre tu historia, el mito,
sobre el mito, el silencio. (66)

Un cementerio estéril, habitado sólo por las alimañas, como dice en su poema "Ni el gran buzo siquiera", del libro VI, ¿Quién soy yo?...¿Cara o cruz? (1943)

Vi al sapo en la cúpula,
la polilla en la mesa del altar,
el comején en el arca
y el gorgojo en la mitra. (67)

El choque de la guerra civil, la pérdida de la misma a favor de quienes representaban ideas opuestas, anticipando un porvenir social y político triste y regresivo para España; la salida hacia el exilio, la falta de esperanza en recuperar lo perdido, la soledad en que les dejan las demás naciones hace que los escritores desterrados, en sus primeras obras, pierdan la objetividad y den rienda suelta a su frustración, cayendo en muchos casos (León Felipe es uno) en el tratamiento hiperbólico de los temas que pudie-

ra representar menoscabo para su poesía. Así, León Felipe se anticipa a lo que con el tiempo tal vez se piense de su obra de entonces y dice:

Un grito no es una canción.
Todavía no es una canción. Pero la poesía
se apoya en la biografía
y de la leche agria... se hace el requesón (68)

Cuando en 1967 se hace una nueva edición del poema "La insignia", al que se unen otros escritos en un libro que lleva igual título, León Felipe, en el prólogo al mismo, aun considerando a dicho poema "encendido y panfletario", defiende su obra y la disculpa porque "es necesario dar testimonio, consignar de algún modo ciertos hechos, para que los recoja, si no la poesía, por lo menos la Historia" (69).

También el tema de la culpa se repite en sus poemas como otra de las obsesiones del poeta. En "Soy el gran blasfemo" pregunta

¿Quién ha roto la luna del espejo?
¿Quién ha sido?
¿la piedra de la huelga,
la pistola del ganster,
o el tapón de champaña que disparó el banquero?
¿Quién ha sido?
¿El canto rodado del poeta,
el reculón del sabio o el empujón del necio?
¿Quién ha sido?
¿la vara del juez,
el báculo
o el cetro? (70)

Todos son culpables y el gran blasfemo conduce la carroza hacia el infierno. España es la metáfora del espejo, del lago que está quieto y calmado hasta que alguien rompe la luna o la tranquilidad del agua. Cualquiera de los dos bandos ha podido hacerlo. El uno está formado por lo más reaccionario de la historia del país: el rey leproso y sifilítico, el bobo intrépido, el sabio tímido, el juez y el ganster como las dos caras de la moneda de la justicia.

La Iglesia y el "gran conserje Pedro" vendiendo como cualquier mercader las llaves del templo para comprar armas que ayuden al "gran verdugo". Pero también está en ese desfile de culpables

el presidente demócrata y guerrero
que desnudó la espada en el verano
y debió desnudarla en el invierno. (71)

Con el paso del tiempo, León Felipe va a ser más crítico con la postura del gobierno republicano, al que consideraba defensor de todos los valores españoles. En "Añadido", incluido en el libro La insignia (1967), el poeta describe a Jesús Hernández, entonces ministro de educación, como demagogo y superficial, pomposo y engreído. En ese pasaje cuenta que estando Antonio Machado y él sobre una tarima en la plaza en la que iban a leer algunos de sus poemas, llegó el ministro y preguntó "¿Quiénes son éstos?" a Wenceslao Roces que le acompañaba, quien le informó de los nombres sin provocar otro comentario en el Sr. Hernández que: "No parecen muy contentos, tienen mala cara" (...). "Diligente, el ministro se adelantó hacia el tembloroso barandal e hizo su demagogia consabida. Terminó. Le aplaudieron y el ministro se fue sin despedirse de nosotros y sin decirnos una palabra. Quedamos solos otra vez Don Antonio y yo..." (72).

Aunque León Felipe al final de su vida parece arrepentirse de casi todo lo que ha hecho y de lo que ha escrito ("... mi poesía, salvo algunos momentos religiosos que tienen un aliento de plegaria, la rompería, la quemaría toda" (73); a pesar de las críticas a los errores y malandanzas del gobierno republicano y los partidos de izquierda, le sigue pareciendo el correcto el bando que tomó en la guerra y también lo que su ideario pretendía salvar de España. De la misma forma, persiste en su odio al franquismo y recuerda -sobre todo para justificar su poema "La insignia",

al que considera no injusto sino loco, producto de la locura de aquellos días- el ambiente de la guerra: "Se enloquecía o se huía. No había otra salida... ¡Pobres españoles!. ¡Pobres rojos!... Solos... ¡Solos! y perseguidos por todos como una epidemia... Y apedreados por todos los "inocentes" como el único "pecador". (74). Al poco tiempo de escribir esto moriría León Felipe sin haber regresado a España. Hay un tono triste en sus últimas palabras referidas a la guerra. Sigue pensando que la victoria de Franco supuso un mal no sólo para España sino para la humanidad: "todos apostaban por Franco... Todos ganásteis. Sólo perdimos nosotros. ¡Y la Historia!. ¡Y el Hombre!. ¡El Hombre también perdió. (75).

En ningún momento, mientras Franco está en el poder, cree León Felipe que España ha vuelto a ser la que era. En "Jonás se equivoca", poema en prosa del Epílogo de Ganarás la luz, se enfrenta a los exiliados que han vuelto a la patria porque piensan que de nuevo es España. El poeta, como Jonás en Nínive, tiene la seguridad de que tras la guerra, en ese pacto de Iglesia y Fascismo, España moriría; pero otra vez el Dios de León Felipe se pone del otro lado, y España no desaparece como tampoco desapareció Nínive aun cuando se le había prometido. Y el poeta, como Jonás, se siente burlado y engañado: "¡Qué alegría veros reir ahora a todos los españoles del mundo porque me burlásteis como los antiguos ciudadanos de Nínive burlaron a Jonás" . Y la impotencia y desencanto de León Felipe se manifiestan en la ironía con la que se dirige a los desterrados que le habían acompañado en el exilio

· ¡Qué alegría veros volver a España otra vez a todos los españoles del éxodo y del llanto: a la misma España de siempre, al mismo espejo, al mismo lago de ayer, limpio y terso ya después del torbellino, y con la vieja guitarra compuesta para entonar otra vez la inolvidable, castiza y sanguinaria canción de los iberos monolíticos (76)

También él, en los últimos años, pensó mucho en volver o no volver a España. En varias ocasiones estuvo ya dispuesto a irse, y una de las veces, casi con el pie en el avión, decidió quedarse en el destierro. Tal vez le retuviera el miedo, o quizá el odio a Franco que todavía unos meses antes de morir el poeta funcionaba en él como un revulsivo.

En el poema "Al glorioso General Francisco Franco después que firmó el fusilamiento de Grimau", escrito el 6 de julio de 1967 y publicado en La insignia, el humor negro, la ironía sangrienta y sobre todo el inmenso desprecio que siente por él, vuelve a enfrentar a León Felipe con su enemigo natural y eterno. Elogia el poeta la caligrafía del general, con la que condenaba a muerte a los presos políticos, y en ese mismo año a Julian Grimau, el último fusilado por represalias de la guerra civil

¡Oh, que preciosa caligrafía de cuartel!
Así escriben los tiranos ¿verdad?
¡Y los gloriosos dictadores...!
Se dice general y se dice verdugo,
los dos tienen el mismo rango,
los mismos galones. (77).

4. La España eterna

Así como en Max Aub, Cernuda o Domenchina la España eterna era tanto las piedras antiguas que forman los monasterios o las calzadas, como los pueblos dormidos por los siglos y cuyo único síntoma de renovación parece ser el encalado de sus casas; el agua, el paisaje, el cielo, el frío o el calor, los crepúsculos o los ayedos de los campos. Y también su pasado histórico y glorioso, del que se desprende el alma de España, a la que todos ellos defienden y de la que se sienten parte. En León Felipe lo que más cuenta es esto último. Ni paisajes, ni crepúsculos, ni ríos, ni piedras mueven su pluma. Es el espíritu de Don Quijote el resumen

y el alma de España, su auténtica esencia; es el que recoge la tradición espiritual de España y su vocación mística.

En los poemas escritos antes de la guerra civil española, León Felipe describe un país triste, sufrido, silencioso y pobre, que conserva en el alma vieja los lamentos de los pueblos, más viejos aún, que la han formado:

Estuve en humildes velorios aldeanos
y aprendí cómo se llora en los distintos pueblos
españoles (78)

De esta España pobre, una gran mayoría tiene que emigrar movidos por el hambre. En los versos de León Felipe se ven las mismas caras que en los dibujos de Castelao, las mismas chozas de miseria en idénticos pueblos enterrados de los que salen estos españoles en busca de esperanza

Les oí contar
su historia de hambre a los miserables emigrantes
(79)

Ver estos pueblos y estos hombres le lleva a León Felipe a concebir el estoicismo de Séneca como la filosofía profunda del pueblo español, y a Séneca como el filósofo de los antiguos iberos o más bien turdetanos. Observa a la gente austera, resignada, apegada a la tierra donde siente que el tiempo transcurre más lentamente que en ninguna otra parte. Hasta le parece que sus personajes se hubieran repetido sin variación por siglos y, como el pastor de Crónica del Alba, habitan la tierra en la que pisan desde el principio de los tiempos y semejan tan antiguos como ella:

ese pastor que va detrás de las cabras
con una enorme cayada,
esa mujer agobiada
con una carga
de leña en la espalda,
esos mendigos que vienen
arrastrando sus miserias de Pastrana. (80).

León Felipe, como otros escritores españoles de ese momento, identifica pobreza con esencia española. Y no deja de ser curiosa

la coincidencia con los antiguos cristianos viejos, los del siglo XVI, en dar un valor espiritual y español a mesteres tradicionales como el de pastor o mendigo, superior al de comerciante o funcionario. Se podría pensar que en León Felipe hay un poso de defensa de la casta cristiano-vieja y un prejuicio, tal vez inconsciente, hacia quienes tratan de salir de la pobreza con otros trabajos más "sospechosos", en el sentido que le daría Américo Castro.

En la línea de los escritores de la generación del 98, hace una defensa de lo español frente a lo extranjero; casi una reclamación. Así, en el prólogo a su libro Versos y oraciones de caminante (1920), tras de aclarar que no es un patrioter que cante "las rancias tradiciones de la patria", y que como poeta se siente por encima de regionalismos estrechos, añade: "pero me duele que en este momento, después de la Primera guerra mundial, luego que hemos justipreciado nuestros valores espirituales y estéticos, se forme una escuela en derredor de un poeta francés" (80), en referencia a Paul Valery y aludiendo a los poetas "puros" como se creía entonces a Jorge Guillén.

León Felipe es y se considera español, y esto lo mantendrá hasta el final de su vida; aunque no es alguien que busque adornos retóricos para parecerlo más. Mejor se los quita

¡Qué lástima
que yo no pueda entonar con una voz engolada
esas brillantes romanzas
a las glorias de la patria!. (81)

Quiere a veces, en el exilio, que lo de ser español sea sólo un accidente por debajo de ser hombre o ser poeta: "Es la vida de un poeta cualquiera que nació en España, pero que pudo haber nacido en otra parte del globo con menos sol, con menos vino y con más

ganas de pasear entre los gansos del estanque. Lo español es lo específico, pero no lo permanente. Hoy cuenta todavía y es necesario consignarlo" (82)

En el poema "El salmo", del libro I, Algunas señas autobiográficas, hace una defensa de lo español y de lo que fuera del país se considera un defecto: que hablan muy alto: "...que no sé por qué razones, esta manera de hablar les molesta mucho a los pedantes y a los rabadanes del mundo" (83), y añade en otro lado: "El español habla desde el nivel exacto del hombre, y el que piensa que habla demasiado alto es porque escucha desde el fondo de un pozo" (84). Este hablar "alto" de los españoles que le preocupa a León Felipe es el hablar "golpeado" que en México y otros países de Hispanoamérica se les reprocha.

Admira, y se siente parte de la misma, a la España de todos los tiempos, a la que se ha ido haciendo a través de los siglos de otras culturas viejas y con una gran carga espiritual como son la judía y la árabe, De ahí que se remonte al salmo, al que considera base del canto español, desde la nana a la canción de difuntos; está en la canción de faena y en la de fiesta y es la columna vertebral del cante jondo. El salmo es poesía en León Felipe y la poesía religión: "Por eso la España que se llevó la canción cree que la religión de mañana será la Poesía viva y libre, y con una dimensión nueva" (85).

Las contradicciones son frecuentes en la obra de León Felipe, sin embargo parecen disolverse en el fondo de unos principios inamovibles. Por ejemplo, si bien es verdad que hay unas inclinaciones hacia la casta cristiana, incorpora sin prejuicio todo lo que de espiritual encuentra en las otras dos castas, judía y ára-

be, para la formación de lo que hoy entendemos como España. Lo mismo ocurre con el tema de la religión; si pide que la Poesía sea la religión del futuro está simplemente reforzando su tesis de poeta/profeta de la Verdad, que ha de encontrarse siempre en ésta como en aquélla.

León Felipe no renuncia nunca a ser parte de esa España espiritual, donde el gótico de sus catedrales acoge en lo alto la plegaria y el salmo. Esta España y esta religión que nada tendría que ver con la de Franco y con la de "la bestia apocalíptica": "políticamente ya no soy español, pero tengo que defender mi sangre antigua y generosa" (86). Es la España de otros tiempos, que ya no tiene cabida en el mundo de ese momento, donde los odiados mercaderes se han hecho los dueños y marcan la historia. El poeta no sólo defiende esa forma de ser de España (que sigue en la línea noventayochista de "españolizar a Europa) sino que la aprecia frente a lo que son las otras naciones, quienes, como en tiempos pasados, se alegran de verla caída:

Yo, España, ya no soy nadie aquí
En este mundo vuestro, yo no soy nadie,
ya lo sé. Entre vosotros, aquí en vuestro mercado,
yo no soy nadie ya.
Un día me robásteis el airón
y ahora me habéis escondido la espada. (87)

Esa España que no tiene ya una moneda que pueda interesar a los mercaderes, pues la única moneda que ha conocido y acuñado en su historia es la sangre, tan devaluada en la Europa de los nuevos negociantes:

España no tiene otra moneda; ¡Toda la sangre
de España
por una gota de luz. (88)

En esta etapa de su obra a León Felipe, como a la España de la Reconquista y de las Cruzadas, no le repugna la sangre; al con-

trario, la ensalza y justifica su derramamiento, siempre en esa ambivalencia que tiene su poesía, entre lo civil y lo religioso, entre la blasfemia y la más rendida oración. La sangre es el honor, más bien calderoniano, y es también sacrificio que redime:

A mí no me asusta la sangre que se vierte.
Hay una flor en el mundo que sólo puede crecer si se la riega con sangre.
La sangre del hombre está no sólo hecha para mover su corazón
sino para llenar los ríos de la tierra, las venas de la Tierra,
y mover el corazón del mundo. (89).

Sin embargo, cuando España se dirige a las naciones que la han abandonado, y hace un recuento de sus glorias y sus miserias, hay una sangre que deplora, la sangre fratricida.

Yo no soy la virtud, es verdad.
Mis manos están rojas de sangre fratricida
y en mi historia hay pasajes tenebrosos. (90)

La sangre es el lazo irrompible que une a León Felipe con España, la que le hizo español inevitablemente y es ella la que le mantendrá español hasta la muerte

Soy español...Nací en Castilla,
Y aquella definición que un día dí yo del español

la saqué de mi sangre...
Y vale todavía.

(...)

En el mapa de mi sangre
España limita todavía

Al Norte, con la pasión.

Al Este...con el orgullo.

Al Oeste... con el lago de los estoicos

Y al Sur con unas inmensas ganas de dormir (91)

En poesías posteriores, ese cuarto límite, el Sur, se convierte en la salida hacia América y el éxodo, quizá influido por Juan Larrea.

Es la misma sangre la que hace que el poeta se enorgullezca ante la España heroica de otros tiempos recordada por un poeta americano; la misma que siente ternura ante su decadencia y la llama "pobre, vieja, chocha "Madre Patria" (92). Todo ello en el home-

naje público que los escritores latinoamericanos y españoles hicieron en México al poeta venezolano Andrés Eloy Blanco

Se me llena la sangre de emoción y de orgullo, se me agarrota la garganta y tengo que morderme la carne para no llorar... Porque uno.. ya no es español...ya no es nada...un fantasma... Pero fue una ramita de aquel árbol ibérico imponente de donde se sacaron las tablas para escribir el alfabeto, la palabra y el verbo que después trajeron aquí los guerreros negros y los frailes blancos (...). Porque ese verbo singular y glorioso con que ahora se habla en México... lo había inventado Castilla, para hablar con Dios. (93)

Andrés Eloy Blanco murió en 1955 (el homenaje fue con motivo de su fallecimiento). León Felipe lleva quince años de exiliado en México, tiene 71 años, es mayor pero todavía no es el anciano que llegará a ser. Este ablandamiento ("me estoy enterneciendo como no me había ocurrido nunca" (94) sorprende porque en sus versos no había habido nunca nostalgia explícita. Esto es más una especie de catarsis del poeta, que se emociona sobre todo ante los versos del "Canto a España", porque un escritor hispanoamericano ensalza el pasado glorioso de España a la vez que le muestra su agradecimiento por lo que de ella recibieron estos países. León Felipe no puede, ni quiere, sentirse extranjero en América: "el viento, el verbo, vale tanto como la tierra por lo menos" (95). El lazo espiritual que une a España con los países latinoamericanos es lo que el poeta entiende por Hispanidad, y abomina de todo lo que interesadamente quiera separarlos: "¡A qué inventar rencores bajo la sombra venenosa de la calumnia!" (96).

La España que defiende León Felipe de la supuesta calumnia, es esa misma que vio el poeta venezolano

vio que era una matriz seca y triste, pero la amó en la resignación de su generosa fecundidad. Y ella, que había sido la madre más fe-

cunda en pueblos, en héroes y en santos, ya con sus pupilas casi ciegas, apenas pudo ver al nieto que llega de Venezuela...pero se regocijó oyéndole cantar con aquel impulso ingenuo y amoroso. (97).

Y la Hispanidad no es otra cosa que el espíritu de Don Quijote envolviendo a los países unidos por el mismo idioma.

Hispanidad tendrás tu reino
pero tu reino no será de este mundo.
Será un reino sin espadas ni banderas,
será un reino sin cetro.

(...)
Cuando muera España para siempre,
quedará un ademán en la luz y en el aire... un gesto
Hispanidad será aquel gesto vencido, apasionado
y loco del hidalgo manchego.
Sobre él los hombres levantarán mañana el mito
quijotesco (98)

El espíritu quijotesco es sinónimo de locura, pero de una locura deseable según el poeta, y que ya no queda en el mundo, ni siquiera en España

Ya no hay locos, amigos, ya no hay locos. Se
murió aquel manchego,
aquel estrafalario fantasma del desierto y ...
¡ni en España hay locos!. Todo el mundo es-
tá cuerdo,
terrible, monstruosamente cuerdo!. (99).

León Felipe admira la locura de Don Quijote y pregunta si es realmente locura que un hombre exija justicia para otros hombres; si es locura no concebir la ruindad del posadero sino tratarle como lo que debería ser, un caballero; si no es un mundo mucho más cuerdo aquél en que no existen tiranos que manden a galeras a otros hombres, etc. Ese espíritu de Don Quijote, esa locura deseable es la que León Felipe quiere también para su mundo.

Toda España, para el poeta, está en la obra de Cervantes

"eres de tierra pobre y hambrienta (le dice a Rocinante).

Tus cronistas decían ya de tí
que sabías muy bien ayunar y filosofar (100)

Y toda la literatura clásica española está llena de ejemplos que asocian español con hambre, incluso en los años de abundancia teórica. El hambre en la novela picaresca, en el teatro de Lope de Vega, en la poesía de Quevedo. El ayuno obligado como buen aliado de la filosofía. El "¡Metafísico estáis!". "¡Es que no como!". Hay hambre en las novelas de Galdós y en las descripciones de los campos castellanos de Antonio Machado. Pareciera que el hambre se vuelve una característica del español como recuerda Menéndez Pidal en sus obras Espanoles en la historia y Los españoles en la literatura. Es la España austera por necesidad y quién sabe si por vocación, a la que León Felipe pertenece de alma:

Todos mis poemas, mis oraciones y mis blasfemias
...deben desembocar aquí naturalmente y organizarse
solos en una forma sencilla, en una línea casi procesional,
en una sucesión de aventuras a la que tan aficionado fue
siempre uno de los lados, el más simple, el más cervantino,
del espíritu español. El otro, el más barroco, no es el mío. (101)

Es la España idealista, soñadora y espiritual, la que buscaba en los programas republicanos, la que se defendía en la guerra civil por los partidarios del Frente Popular y por los idealistas de las Brigadas Internacionales. Pero, en las conclusiones de León Felipe, el idealismo les hace perdedores en un mundo tan real y práctico como aquel, donde los dirigentes de países democráticos: Inglaterra, Francia, daban la espalda a quienes estaban luchando por la libertad y en contra del fascismo; mientras los ciudadanos de esos mismos países se alistaban como voluntarios para su defensa, concedores de que muchos de ellos encontrarían la muerte. La España, en fin, que al perderse fue llorada no solo por los poetas

españoles sino por todos aquellos que vieron en su derrota el ascenso de la Europa de los mercaderes en lugar de la Europa de las ideas. La España, aparta de mi este cáliz, de César Vallejo, el poeta que murió de dolor. Y quién más idealista y español que este indio peruano.

Pues esa España idealista fue perdedora, en la forma que León Felipe también se siente un perdedor nato porque defiende ideales que a nadie le interesan y porque sus únicas armas son las palabras. Para el poeta, Don Quijote es otro perdedor porque su hermosa locura se pierde en un mundo de lucidez que sin embargo hace desgraciado al hombre. Y Jonás, el profeta burlado, es otro perdedor ante la astucia de los habitantes de Nínive que hipócritamente hacen penitencia para evitar el derrumbe de su ciudad. O Prometeo, castigado por los dioses por haber robado el fuego para los hombres. En todos ellos se ve León Felipe, como se ve en el "Niño de Vallecas", imagen de la España perdedora del siglo XVII; y en el poeta Walt Whitman -que tanto influyó en él- cantor de una América asimismo más cerca del ideal que de la real.

España perdedora ante las demás naciones que la menosprecian. Así, en los versos que comienzan "Lord Duff Cooper...", León Felipe le recuerda a este político-quien había dicho que lo que se ventilaba en España no valía la sangre de un marino inglés- el pasado de esplendor, su espiritualidad alejada del ánimo mercantilista de los sajones, su búsqueda de la justicia. ¡Cómo no va a valer más que un mercader

...su Historia,
su pasión,
sus gritos encendidos,
sus denuncias de sombra,
sus demandas de luz,
sus ofertas de sangre

sus pleitos de justicia
y su locura crucificada. (102).

León Felipe conservó toda su vida una fidelidad absoluta a su amor por la España eterna. Vimos en 1955 cómo se unía emocionalmente al elogio que el poeta Andrés Bello hacía de España. Cómo años antes se definía español por la sangre generosa y anti-gua, que reafirma cuando es anciano y está a punto de morir. Y en 1937, en pleno fervor revolucionario, escribió de Castilla a quien siempre consideró el corazón de España.

Bajo el título Universalidad y exaltación, y con el subtítulo "La luz universal de Castilla", publicó León Felipe un artículo en 1937 donde considera a la tierra castellana cuna de santos, guerreros y poetas que hicieron grande a España en el pasado. León Felipe no duda, en ese texto, que lo volverá a ser: "Cuando España, grande otra vez..." (103). Lenguaje que recuerda al ideario fascista de Franco e incluso tan próximas esas palabras a las doctrinas joseantonianas, sin olvidar que el fin de los nacionalistas era también ¡Por el Imperio hacia Dios!, es decir, buscar de nuevo la grandeza de España.

La tierra podría ser de ellos un día, de los asesinos, de los bastardos, pero el aire y la luz serán siempre nuestros (...). Si la tierra allá arriba fuese algún día de ellos, la luz se quedará parada en el cielo luminoso de Castilla, subrayando estas palabras: ¡Justicia, Venganza, Reconquista! (104)

Estas contradicciones de León Felipe, que parecen acercar su ideario revolucionario al odiado de los falangistas y franquistas, es más teórico que real. No solamente el poeta de Versos y oraciones de caminante incurre en ese aparente acercamiento a la hora de definir la España eterna, sino que otros escritores republicanos del momento (Max Aub, Domenchina) coinciden con él al hablar de las esencias de España.

N O T A S CAP. II

1. Gerardo Diego, Obra poética escogida de León Felipe, p.84
2. Antonio Machado, Campos de Castilla, p. 87
3. Op. cit, p.85
4. Ibid, p. 85
5. Ibid, p.85
6. Antonio Machado, op. cit. p.92
7. Gerardo Diego, op. cit. p. 85
8. Ibid, p. 86
9. Ibid, p. 87
10. Ibid, p. 83
11. Ibid, p. 87.
12. Ibid, p. 88
13. Ibid, p. 123
14. Ibid, p. 123
15. Ibid, p. 123
16. Ibid, p. 88
17. Ibid, p. 77
18. Ibid, p. 89
19. Ibid, p. 19
20. Ibid, p. 21
21. Ibid, p. 100
22. Gerardo Diego, Prólogo a Obra poética escogida, p. 28
23. Ibid, p. 45
24. Ibid, p. 95
25. Ibid, p. 49
26. Ibid, p. 50
27. Ibid, p. 55
28. Ibid, p. 214
29. Ibid, p. 120
30. Ibid, p. 110
31. Ibid, p. 79
32. Ibid, p. 79
33. León Felipe, Versos del merolico o del sacamuelas, p. 14
34. Ibid, p. 15
35. Ibid, p. 15
36. Ibid, p. 16
37. Ibid, p. 16
38. Ibid, p. 16
39. Gerardo Diego, op. cit. p.102
40. León Felipe, Ganarás la luz, p. 67
41. Ibid, p. 110
42. Ibid, p. 121
43. Ibid, p. 168
44. Gerardo Diego, op. cit., p. 71
45. León Felipe, La insignia, p. 13
46. Ibid, p. 13
47. León Felipe, Ganarás la luz, p. 79
48. León Felipe, La insignia, p. 11
49. Ibid, p. 16

50. Ibid, p. 26
51. Ibid, p. 27
52. Ibid, p. 28
53. Ibid, p. 33
54. Ibid, p. 29
55. Ibid, p. 35
56. León Felipe, Versos del merolico, p. 46
57. Gerardo Diego, op. cit. p. 117
58. León Felipe, La insignia, p. 40
59. Ibid, p. 49
60. Gerardo Diego, op. cit., p. 79
61. Ibid, p. 82
62. Ibid, p. 82
63. Ibid, p. 83
64. León Felipe, Ganarás laluz, p. 37
65. Ibid, p. 53
66. Ibid, p. 142
67. Ibid, p. 142
68. Ibid, p. 154
69. León Felipe, La insignia, p. 58
70. León Felipe, Ganarás la luz, p. 169
71. Ibid, p. 174
72. León Felipe, La insignia, p. 59
73. Gerardo Diego, op. cit. p. 212
74. León Felipe, La insignia, p. 61
75. Ibid, p. 61
76. Ibid, p. 184
77. Ibid, p. 63
78. Gerardo Diego, op. cit., p. 18
79. Ibid, p. 18
80. Ibid, p. 38
81. Ibid, p. 44
82. Ibid, p. 185
83. Ibid, p. 96
84. León Felipe, Ganarás la luz, p. 32
85. Gerardo Diego, op. cit. p. 98
86. Ibid, p. 205
87. Ibid, p. 117
88. Ibid, p. 119
89. Ibid, p. 118
90. Ibid, p. 117
91. Ibid, p. 238
92. Ibid, p. 203
93. Ibid, p. 204
94. Ibid, p. 205
95. Ibid, p. 206
96. Ibid, p. 206
97. Ibid, p. 206
98. Ibid, p. 125
99. Ibid, p. 140
100. Ibid, p. 179
101. Ibid, p. 179
102. León Felipe, La insignia, p. 52
103. León Felipe, Versos del merolico, p. 46
104. Ibid, p. 49

CAPITULO III: JUAN JOSE DOMENCHINA

1. Introducción

Juan José Domenchina llegó a México en 1939, cuando ya había cumplido los cuarenta años, su poesía había recibido los elogios de Juan Ramón Jiménez y Azorín, era autor de dos novelas y había ejercido la crítica literaria y hecho popular su seudónimo "Gerardo Rivera" en periódicos de Madrid como La Voz. También había sido secretario particular de Manuel Azaña cuando éste era presidente del consejo de ministros, cargo al que, según Ernestina de Champourcin, renunció el poeta cuando Azaña pasó a ser presidente de la República. Aun cuando con la pluma defendió a la República tanto como atacó a la derecha, Domenchina no quiso participar directamente en política, a excepción de dos cargos que ocupó durante la guerra y que están relacionados con su vocación de escritor: secretario del Instituto Nacional del Libro y, en Valencia, director del Servicio de Propaganda.

A comienzos de 1939 fue hacia Barcelona con la intención de salir a Francia. Estuvo unos días en el castillo de Perelada y de ahí pasó la frontera para llegar a Toulouse, donde permaneció en condiciones económicas y de seguridad precarias hasta que embarcó en el "Flandre", que le trajo a México en el mes de mayo del mismo año. Le acompañaban su esposa, Ernestina de Champourcin (con quien se había casado en 1936), su madre, una hermana y dos sobrinos. Aquí colaboró en diarios y revistas como *Tiempo*, *Hoy*, *Mañana*, *Romance*, etc, trabajó como traductor, escribió su obra poética más importante y publicó una antología de literatura española contemporánea. Murió en la Ciudad de México el 27 de octubre de 1959 y, aunque su deseo fue siempre que le enterraran en España, fue inhumado en el Panteón español debido -según palabras de su mujer- a la falta de medios económicos para trasladarle a su patria.

Tal vez por el bagaje profesional y la madurez con la que llegó a México le fue a Domenchina más difícil la integración, y explique un poco la actitud negativa del poeta a mezclarse en el mundo intelectual que encontró aquí. Incluso apenas sí compartió el que se formó entre los propios exiliados, ya que, por su carácter, tendía a encerrarse dentro de un grupo muy limitado, pero fiel, de amigos. (El mismo dice carecer casi de ellos: "Pida a los amigos, si es que aparte de Vd. y de Canedo tengo alguno ahí (...). Ya puede Vd. imaginarse que mi manía de decir la verdad y el hecho de haber escrito siempre en serio, me tienen muy ... aislado" (1).

Toda la poesía de Domenchina escrita en el exilio es una elegía que canta (o llora) un bien perdido e irrecuperable. Este bien es España; paraíso del que fue expulsado, objeto único de su deseo, su propio ser y su vida propia; el sol es aquél; el aire, la lluvia, la nieve; los árboles, la tierra, el cielo o el agua; el frío, el calor, solamente tienen sentido si son aquéllos. De ahí que viva el exilio como una muerte lenta donde el cuerpo ha devenido sombra, "camisa vacía de culebra"; la voz eco, ceniza de ella misma; los pasos no dejan huella y el día es tan doloroso que le hace buscar la noche.

Desde 1942 -fecha en que publica sus primeros libros de poemas en México- hasta 1958 en que aparece El extrañado, su último libro, no hay ningún cambio sustancial en la poesía de Domenchina. Su tema es uno: el poeta desterrado. A lo largo de los años van uniéndose pequeñas modificaciones, como la contradicción entre ver y no ver lo que le rodea en la nueva tierra en que vive, la esperanza del regreso y su pérdida, la recuperación de la fe religiosa. Pero el eje central de su poesía es, siempre, su deseo insatis-

fecho de España.

A diferencia de León Felipe, donde es casi imposible separar la biografía de la poesía, en el caso de Domenchina éstas no se mezclan explícitamente nunca aunque, aun a riesgo de sonar a contradicción, los poemas escritos en México sean una especie de quintaesencia de su propia vida. Esa falta de anécdota es la razón por la cual no resulta fácil entresacar de los versos una opinión literal sobre temas como el cainismo, la España eterna, el franquismo, la guerra civil, etc. Pero a pesar de la ambigüedad de la que reviste a su obra, se adivinan los sujetos o las causas y se lee entre líneas lo que no está escrito en caracteres.

La España que ahora Domenchina en su exilio es la física: el campo, el cielo, el aire, etc. Todo lo que estuvo y está a pesar de los hombres que la gobiernen o la pueblen; es, por eso, una España eterna. El poeta exiliado quiere fundirse de nuevo en el paisaje, hundir su huella en la tierra, sentir el frío de los inviernos de Madrid u oler la tierra agostada de las llanuras secas de Castilla. El poeta se considera solamente raíces y éstas se quedaron allí, lo que le inspira a la vez un terrible dolor y una alta satisfacción. Las contradicciones y las paradojas pueblan los poemas de Domenchina.

El exilio no solamente transforma la vida espiritual del poeta, sino también su cuerpo. Poco a poco va debilitándose en una rara enfermedad de melancolía que le transforma en un misántropo, después en un ermitaño y más tarde en un muerto. En algunos de sus poemas habla de este cambio físico y espiritual:

El amarillo de tu faz ... el luto
de tus ojos...los labios que escondiste

en una mueca -en rictus- que pusiste
por mutis a tu verbo disoluto. (2)

La de Domenchina es una de las vidas conocidas más tristes del exilio. No hay consuelo a su dolor ni objeto que pueda sustituir al bien perdido. La fidelidad trágica a su pasado le hace vivir una vida de sombra que acaba llevándole a la muerte real. Sus poemas recogen todo el sentimiento amargo que cabe en un alma humana. Hombre de gran lucidez e inteligencia, crítico intuitivo, conocedor indiscutible del idioma, testigo privilegiado de una época histórica fundamental, hubiera sido muy capaz de escribir una extensa obra crítica, de erudición, etc. Pero jamás pudo sobreponerse a la melancolía en la que le sumió la pérdida irreversible de su patria, cuya presencia es tan total que no hay un poema suyo que no la contenga.

2. La España cainita

Como se dijo en la introducción, no es fácil en Domenchina encontrar alusiones claras a temas concretos, que por otra parte son la causa directa de su exilio, pero sí veladas, como en este poema donde aparece la envidia como una característica de los españoles. Una cita de Unamuno (¡Quién sabe más sobre la envidia de los españoles!), en forma de adagio, sirve de introducción al mismo: "La envidia de morder nunca se sacia, pues no come", donde también se contiene la maldición de su permanencia. Y los versos de Domenchina:

Querrán con sus calumnias suplantarte;
falsificando el parecer ajeno,
por inmune al soborno, sobornarte. (3)

Lo que no se ve muy claro -teniendo en cuenta la ambigüedad que caracteriza a toda la obra de Domenchina- es si se refiere a los franquistas (temor a lo que hagan con su poesía en España) o a

sus compañeros de exilio, pues los versos que siguen hablan más de las rencillas y malquerencias que había entre los propios desterrados

Llamando al pan pan, no se cosecha
más que el odio absoluto y de por vida. (4)

Y para afianzar más este segundo supuesto, baste citar un párrafo de la carta que Domenchina dirige desde Francia a Juan de la Encina (Gutierrez Abascal) anunciándole su llegada próxima a México: "Ya charlaremos, porque hay mucho que charlar. Vd. no puede imaginar los abismos de pequeñez, de abyección moral que esconden algunas personas" (5)

Pero el mismo Domenchina está reconociendo ese cainismo, esa división de España en dos bandos, en la advertencia que hace en el prólogo a su antología de poesía española: "Quien busque animadversión, animosidad, malquerencia o represalia en las omisiones o exclusiones forzosas que definen esta Antología perderá su tiempo" (6).

Como hace con su poesía, no quiere mezclar la política con la literatura. No hay que negar que Domenchina tratara de ser objetivo en este trabajo, pero está claro que no lo consigue, ni en la elección de los autores ni en la de los poemas antologados. En el mismo prólogo manifiesta su intención

La añoranza de lo español íntegro -de las virtudes y de las flaquezas de mis coterráneos- me mueve a la evocación relativa del más absoluto de los sentimientos inalterables, y al añorar mi tierra, releo, delecto su poesía última, y me noto más cerca de lo que fue toda mi vida: del patrimonio -hoy enajenado, pero inalienable- que nos legó España. Por ende, esta Antología, que aspira a ser una evocación, resume el arte poético de las postrimerías españolas -desde los orígenes del siglo hasta la fecha, ya irreparable, de la desintegración hispánica. (7)

Y la idea del cainismo como maldición sobre el suelo español, en la misma línea de Unamuno, Antonio Machado, Cernuda León Felipe, Max Aub y Sender, para no remontarnos a Larra, está en estos esclarecedores versos de Domenchina:

Venimos de las tinieblas
de la noche, por el odio
rescoldado a fuego lento, en la lenta
alfombra de la ceniza,
negras ascuas. (8)

Ese cainismo está dramáticamente representado en los exiliados que salen de la guerra

Somos espectros en jirones
de sombra aciaga, venimos
de la muerte.
(...)
Por la soledad conjunta del éxodo,
en hacinada convivencia
de recíprocos rencores,
venimos
del horror. (9)

La envidia no sólo divide en dos bandos que hacen la guerra, sino también a aquellos que pertenecieron al mismo; en la fraternidad que podría haber despertado el dolor de un destino común hay asimismo vetas de cainismo que se manifiestan en el rencor

...un rencor
promiscuo, de carne viva
mal cubierta con andrajos
de esperanza. (10)

Estos versos de Domenchina dejan al descubierto, de la forma más cruda, las difíciles relaciones entre los exiliados

Agria soledad conjunta;
convivencia acre, agonía
de tropel. (11)

En la Segunda elegía jubilar (ya el título suena a paradoja) insiste en la maldición del suelo español por el cainismo, donde la saña ha llegado al centro de la roca misma haciéndose

una con ella.

Raíces desenterradas,
que arrancó el odio, trasplante
sin arraigo:
¿cómo han de prender en tierra
de aluvión, anegadiza,
blando limo? (12)

A la vez que, sutilmente, alude el poeta a la pasiva capacidad sincrética de México, tanto al sustrato lacustre de la ciudad como al crisol de culturas disímiles que se concilian en el Valle.

También en el poema "El éxodo", de La sombra desterrada, publicado en 1950, la imagen del odio va junto al exiliado español. A pesar del cuadro patético que dibujan estos versos, y que es la compasión el sentimiento que despiertan, hay de nuevo en Domenchina esa especie de complacencia dolorosa en exponer a los Abeles como Caines

Van juntos -y qué solos-, arrecidos
por la alta noche y con la sangre hirviendo
los arrancados de raíz, huyendo
de su existencia en todos los sentidos.
Odio a golpes les da con sus latidos
el corazón, que vive aborreciendo
cuanto amó un día y que se está pudriendo
en rencores de sombra, resentidos.
Va con ellos el dios de los vencidos
-deidad inerme-, y búrlase, tremendo
y alabancioso, junto a los caídos,
el triunfador heroico... (13)

Aunque Domenchina no parece buscar culpables de la guerra civil en su obra, sí está amonestando en estos versos que siguen a los dos bandos que, conocedores de la maldición cainita que encierra el suelo español, no dudaron en desenterrarlo

Los que erradican el bosque
milenario, desentrañan
muerte viva;
los hondones, removidos,
sacan a la luz su raigambre
de ojos ciegos (14)

Y abundando en la maldición de tantas guerras, de tantas sangres que impregnaron la tierra española, en el fuego de las conciencias mansas de sus habitantes, Domenchina dice

Tuétano de lumbre, el rayo
fundió en espirales tercas
la blandura
de su arcilla;
son raíces
de fuego sólido, lumbre
soterraña. (15)

Al dolor del exilio se une la pesadumbre de una realidad amarga, es decir, la certeza de que, aun en un posible retorno, las cosas ya no serían como antes después de la sangrienta guerra civil que ha enconado el tradicionalmente arraigado odio

Tienes en tu noche oscura
-que prolongan los validos tenebrosos
de las sombras- un amago
de amanecer, aún más negro
que tu noche. (16)

Como una pesadilla se le presenta al poeta la imagen de una España posterior a la guerra

Río de sangre, avenidas
de luto irrumpen, clamando, por el orto...
Y la llanura se anega
bajo un nuevo alud de muerte
represada. (17)

Es más amarga todavía la intuición de que en la historia de España han de repetirse periódicamente estos enfrentamientos entre hermanos, este entrematarse inevitable que presentían asimismo otros escritores exiliados. El dios ibero, sanguinario, de los poemas de Antonio Machado, que exige cada cierto tiempo el cruel tributo a los moradores de esas tierras, hace que Domenchina vea como algo cíclico la manifestación brutal del odio y el cainismo.

No se apagan en tu sombra
los rescoldos atizados
de rencor.

No se apagan: fuego sordo,
lumbre oculta, entre ceniza,
no se apagan. (18)

Y como metido en una vorágine apocalíptica, en esta Segunda elegía jubilar (que Domenchina dedica a Manuel Azaña), continúa con esa imagen de odio y fuego que pende sobre España, convertida ahora en una unión de soledades juntas y enconadas, con el odio como único nexo, y cuya inútil existencia se consume afilando

...sus hoces bajo el sol
(Bajo la inmisericorde
e implacable luz, que ofusca
con sus brasas,
en el día de la ira
fraterna, en el impiedoso
retornar... (19).

Para Domenchina el cainismo no está sólo en el bando franquista sino también en el republicano y, mucho más, en cada español que puebla la tierra. El propio poeta se presenta a sí mismo como una imagen de Caín:

Errante -¿por qué sombra? (20)

O en este otro verso del poema "Feudo negativo", de Pasos de sombra

Mi sombra en fuga... (21)

El odio es el arado que divide en dos la misma tierra de un surco. De igual manera enfrentó el cainismo a los españoles

Desde aquel surco, donde tus raíces
estaban, el arado te echó a un lado
como gleba de sobra en el cultivo... (22)

En resumen, Domenchina está en la tradición de los escritores que adjudican un destino ciego y sangriento a España, del que la guerra civil sólo fue una manifestación más. Este cainismo está en la raíz misma de la formación de España y en el alma de todos los españoles, pertenezcan éstos a la derecha o a la izquierda. Este destino ha de cumplirse cíclicamente, por lo que no hay esperanza para España.

3. La España de la guerra civil

Hay algo que sí aparece claramente en la obra de Domenchina: que estuvo en el bando correcto y que siempre actuó honestamente.

Dije clara verdad sin alabarme,
que así se ejecutó mi ejecutoria. (23)

La rectitud de su proceder vuelve a quedar explicada en una décima a la que pertenecen estos versos

Yo no pude regalarme
ni mucho menos prestarme
porque he de vivir del todo. (24)

Versos que, más que referirse a su actuación en la guerra, parecen aclarar más su abandono de España hacia el exilio, como lo hacen estos otros

Pero es mejor sepultarse
en tierra, que remontarse
a un sitio donde no hay cielo. (25)

Con el sentido de que, incluso el destierro es preferible a vivir en una España con Franco. También en la segunda cuarteta del soneto del 2 de enero de 1944 hay unos versos en los que el poeta señala de nuevo su convencimiento de haber actuado de forma correcta y no tiene ninguna necesidad de penitencia

...Pero no me reconozco en el romero
que peregrina por su descarrío. (26)

Sobre su filiación política, en lo que él llama "testamento ológrafo", dice que es "rojo", pero está lejos de ser revolucionario por su amor al orden y su aristocratismo natural: "La hidra revolucionaria ruge" (27), dice en una de sus crónicas sobre la biografía de María Antonieta.

Sin embargo, y sin dudar de su actuación correcta durante la guerra, suenan cuando menos a contradicción estos versos, en los que podría verse la sospecha de haberlo hecho irreflexivamente

Por mi arrebatamiento
enajenado, he sido lo que he sido. (28).

Además de asumir una parte de culpa personal en la guerra civil

Te va brotando de la entraña el lema
radiante de tu vida consumida:
"Del monte sale quien el monte quema" (29)

A la vez que un reconocimiento de haber sido la víctima y el verdugo de su propia vida.

Domenchina es un hombre de izquierda convencido. Ya en 1933, antes de tener ningún compromiso moral con la República, dice: "En política, la vocación me indujo a adoptar una postura bastante incómoda; hoy por hoy, ser hombre de izquierdas vale tanto como hacer profesión de demarquedad civil. (Confío en que esta obligada zurdez será transitoria)" (30). (IV). Palabras que sugieren la desgraciada intolerancia española del siglo XIX cuando los gobiernos caían por los diversos pronunciamientos de los de ideas contrarias, que no podían esperar el juego parlamentario de partidos.

En esos años hace ya una defensa clara de la II República, de los republicanos y de Azaña: "Porque el triunfo de Azaña supone el triunfo de la inteligencia sobre los alardes de la brutalidad engreída" (31). Es 1933. Domenchina no duda en llamar "los tontos" a aquellos que no están de acuerdo con Azaña

Manuel Azaña detesta a los tontos. No puede soportarlos... A su vez los tontos, encoraginados, le pagan en la misma moneda. Todos los evidentemente o vergonzantemente incurros en la memorable "ley de idiotas", que añoró el estadista, le profesan cordial aborrecimiento. (32)

Estas crónicas, escritas en los prolegómenos de la guerra, no sólo muestran la postura de Domenchina frente a los bandos que

IV. Párrafo que está escrito durante el bienio en que gobierna la CEDA, confederación de derechas presidida por Gil Robles.

se están formando, sino también el ambiente previo a la contienda; y a distancia no pueden verse de otra forma que como provocadoras y muy poco afortunadas. Para defender a Azaña de las acusaciones que le hacen sus enemigos, no duda Domenchina en recurrir al insulto: "A despecho de los contrasentidos que la estupidez y la pasión propalan, el poeta de El jardín de los frailes es la antítesis del dictador" (33). Y de los hombres de ARDE (V) dice: "Los republicanos son gentes honestas. No dan juego en las algarradas de la difamación y de la injuria". Desconocen la voluptuosidad de la insidia..." (34).

Esta confianza en la República y en el gobierno de Azaña se trocará primero en decepción y luego en abierta, pero muy restringida crítica. En la introducción que hace al apartado que dedica en su Antología a Antonio Machado, Domenchina dice: "Tenía absoluta fe en la justicia de la causa española, y siempre procuró ocultar su desconfianza en las aptitudes políticas y militares de los defensores del régimen legítimo" (35). Párrafo que, por otra parte, resume el sentir de una mayoría de republicanos que lucharon en las trincheras o en la retaguardia: confianza en la causa que defendían y que propagaron hasta el final de sus días (son un ejemplo de ello los exiliados en México) y recelo de la capacidad y honestidad de sus dirigentes en la guerra y después de ella.

En la Tercera elegía jubilar el comportamiento, que antes consideraba Domenchina ejemplar, de los gobernantes republicanos llega a ponerse en duda, y a ser ellos motejados de tramposos. Se queja el poeta de haberse quedado sin nada de lo que quiere: luz, alegría, y de haber entrado por su culpa en esa "ausencia sin límites" que es el exilio; y todo "perdido en azares de tahures"(36).

V. ARDE, Agrupación Republicana para la Defensa de España, partido cuyo fundador fue Manuel Azaña y con el que ganó las primeras elecciones. Después se uniría a Marcelino Domingo para formar Izquierda Republicana.

Pero esta reflexión está hecha desde el exilio, cuando ya la pasión, que criticaba en los enemigos de Azaña sin advertir la suya propia, y la pérdida irreversible de la guerra, así como los enfrentamientos entre prietistas y negrinistas, las sospechas de corrupción, la reconstrucción fría de los momentos importantes de la guerra en que se tomaron decisiones erróneas por falta de visión o por intereses políticos, etc. es lo que le mueve a Domenchina, como a los otros escritores del exilio, a ser críticos con los dirigentes republicanos.

Pero si la actuación de los responsables de la República le decepciona, el desprecio por los franquistas no ha descendido un ápice de lo que decía en sus Crónicas... de 1933. En el prólogo a Antonio Espina dice: "Desde que se produjo el levantamiento militar, que ha hundido a España, vive muriendo en la libertad aherrajada del paraíso franquista" (37). Estos son los enemigos de la inteligencia, los propagadores de la barbarie para Domenchina. En la introducción a García Lorca, en la misma Antología, señala: "A despecho de su muerte prematura -murió en Granada, asesinado por los enemigos de la inteligencia, pocos días después de producirse la sublevación militar franquista- ..." (38). Y en el relativo a Miguel Hernández: "Ha fallecido (...) sobre tierra española, hallándose prisionero de la ominosa dictadura franquista" (39). En la introducción a la poesía de Ernestina de Champourcin dice: "...encontrándose a las puertas de la capital de la República las huestes del general franco" (40).

En ningún momento considera Domenchina que España, la España que desea desde México, la eterna, se complazca en su exilio ni haya tenido culpa alguna en la guerra entre sus hijos. Para el

poeta, así como para Cernuda y Max Aub, fueron extranjeros quienes echaron de su sitio a los auténticos españoles. Según Leopoldo Gutierrez Zubiaurri, hijo de Juan de la Encina, uno de los amigos más cercanos de Domenchina, éste siempre se refería a Franco y los militares sublevados como "los militares africanos". También en este párrafo, sacado de la introducción a la poesía de Gerardo Diego, hace hincapié el autor de El extrañado en el carácter de extraños de los vencedores de la guerra: "Durante la llamada "guerra civil española", Gerardo Diego se puso al servicio de los generales rebeldes y de la doble invasión extranjera" (41). Hace alusión Domenchina a la ayuda que Italia y Alemania prestaron a Franco, en contra del gobierno legalmente instituido en un país soberano.

Y para acabar con estas citas sobre la guerra civil y los franquistas, la que hace Domenchina en la introducción a la poesía de Unamuno:

Murió o fue muerto en Salamanca en los últimos días del año 36. Y conste que lo de "fue muerto" no incluye ninguna insidia. Yo no insinúo ni entredigo que se le asesinara a conciencia. Sostengo con toda mi convicción que su muerte no pudo ser natural. Unamuno se halló, antinaturalmente, entre los enemigos de la inteligencia (...). Murió, como se ha dicho, en el destierro. Expatriado en su patria. La tierra salmantina, enajenado patrimonio español, donde él supo vivir, meditar y ensimismarse a ultranza, cubre sus despojos de eterno proscrito. (42).

Aunque el sujeto es impersonal, bien puede colegirse en estos versos que se refiere a los vencedores, que son los que más le han quitado

No me pueden quitar la primavera
en que mi juventud ha florecido,
ni el otoño o sazón en que me muera. (43)

Y a quién más que a ellos se dirige en éstos:

Sabes que te dejó, quien te ha traído
aquí -donde no estás- sin vida humana. (44)

3.1. El exilio, consecuencia de la guerra civil

El 15 de mayo de 1939 un Domenchina emocionado y pletórico de esperanzas anunciaba en una carta a su amigo Gutierrez Abascal la salida, para el día siguiente, de su barco hacia México. La carta está fechada en Saint-Nazaire, el navío era el "Flandre", y además de la familia Domenchina venían otros españoles tan ilustres, tan solos y tal vez tan esperanzados: la familia Giral, los Rioja, los Tapia Bolivar, Roberto Castrovido...

Domenchina había llegado a Toulouse, Francia, como refugiado en el mes de febrero de ese mismo año. La situación económica del poeta y su familia, como la de tantos otros exiliados, incluido el mismo Azaña, era casi desesperada, y así se muestra en la carta de 19 de febrero de 1939, donde México aparece como la tierra prometida.

Esta carta es un S.O.S. Ya sabe Vd. que no soy entrometido ni pediguño, pero nuestra situación aquí es insostenible: 6 personas y apenas unos cientos de francos que debo a Pascual (...). Estoy haciendo gestiones para trasladarme con todos los míos a México. (...) Si Vd. pudiera comunicarse con Juan Ramón (Jiménez) y algunos amigos de ahí que me pudieran proporcionar una colaboración de urgencia, le quedaría muy obligado. Sabe que soy enemigo de pordiosear, el trance es apretadísimo y -perdóneme Vd.- no puedo hablar de otro modo. (45).

Y les parece doblemente un lugar de promisión porque no sólo huyen de un peligro físico real (el sobrino de Domenchina tenía 19 años y sentía temor el tío de que le movilizaran para la guerra mundial), de la persecución de los franquistas y la posibilidad de acabar en un campo de concentración nazi. Además de la falta de trabajo, las miserias e incluso el hambre, y el estar rodeados -como le cuenta al amigo en la carta- sólo de desastres:

De la situación de los amigos ¿qué he de decirle?. Hoy he tenido carta del general Saravia pidiéndome que me interese aquí por dos de sus hijos, a fin de encontrarles dos plazas gratuitas. Saravia vive cerca de Marsella, con diez personas a su cargo y sin un céntimo. Leopoldo Menéndez -que tuvo que dejar a su familia en España- vegeta en Londres, de misericordia. Riaño, cuyo hijo único tuvo que pasarse a Franco, está con los suyos -mujer, hermana, cuñada, etc.- cerca de París. En fin, no sigo la enumeración porque sólo tengo desastres a la vista. (46)

Uno de los sentimientos más dolorosos que experimenta Domenchina en el exilio es el de mendigar ante lo ajeno. Hay en él una especie de pudor en tomar lo que considera que no es propio. Y no sólo en cosas materiales, sino también respecto al cielo, al suelo, al aire, etc.:

Oíd
mis pasos allá, en Madrid,
que es donde dejo pisado
el suelo, apenas hollado
hoy por mi pie. (47).

Los días, bajo un sol ajeno y con unos intereses extraños, son fatigosos para el poeta, que pasa a preferir la noche sobre el día, pues borra las propiedades y, aunque poblada de insomnios, le resulta más familiar y segura

Viene el silencioso turno
de la noche como tregua. (48)

En la oscuridad de la noche lo ajeno se vuelve, si no propio, por lo menos sin la agresividad que tiene en el día. El sentido del honor, de lo ajeno y de lo propio, etc., es en Domenchina calderoniano. Con el día

Empieza el mundo, porque empieza a ser
claro el dolor... (49)

Lo no propio y los ajenos, por el hecho de serlo, se vuelven contrarios para el poeta y siente que le agreden. Esto le hace volver continuamente los ojos hacia lo que sabe realmente su-

yo, aunque perdido. Hay una cita de Garcilaso de la Vega

Tu, que en la patria, entre quien bien te quiere
(...)
Y así diverso entre contrarios, muero. (50)

que encabeza un soneto del 10 de diciembre de 1943, de corte conceptista, donde el poeta madrileño juega con los lugares, el soñado y el impuesto, el añorado y el real

Y si permites, vida, que me espere
más, y que, al ir a lo que puedo, venga
de donde no iré nunca, y que me tenga
donde nunca me tuvo quien me quiere

Y las paradojas continúan en los dos tercetos:

Si estoy en mi pasado, que se venga
de mi pasar; si voy, por donde fuere,
sin tener nada mío que me tenga,

no permitas que al cabo desespere,
y que, como de burlas, se entretenga
el que, diverso entre contrarios muere. (51)

Domenchina sufre su exilio doloroso. No hay queja contra nadie. Es un hombre escéptico al que la vida le va enseñando a no exigir a los demás lo que no le pueden dar. Sabe que tanto él como el resto de sus compañeros de exilio han sido "borrados" por decreto por aquellos que son los vencedores. Por otro lado, el país que les dio asilo es muy generoso y Domenchina así lo reconocerá siempre.

Lamenta muchas veces esa incapacidad suya para salir del pasado que llena toda su vida y no le deja ver lo que le rodea. Domenchina se hubiera sentido igual en cualquier otro país del mundo, porque el único lugar que podía hacerle sentir de forma distinta era España. Así se ve en estos versos:

Todo este mundo, hallazgo sin sentido,
que no puedes sentir, que no te tiene,

que no te alcanza porque no lo alcanzas,
está, como un reproche, ante tus ojos.

Está fuera de tí, con su belleza
radiante, que te ofusca, y que, en tu ciego
perseverar de sombra, no percibes. (52)

Es un elogio a la belleza de México, y a la vez una declaración de que el mal está, en este caso, en el poeta y no en lo que le rodea. Sugiere, él mismo, que es el peso de la gran pena que lleva dentro el que no le permite apreciar lo que en sí es apreciable; cuando el dolor desaparezca (sólo porque ya no exista la causa que lo provoca), responderá generosamente a los encantos que en ese momento le dejan impasible.

Quizá un día, y ya lejos, acodado
en la nostalgia de una tarde limpia
de abril y sol, quizá lo recuperes. (53)

Esa resistencia a no salir del pasado, a no dejar ni por un momento de vivir en su tierra, le hace un extraño a todo: "¡Cómo siento que estoy en ningún lado!" (54), es una cita del propio Domenchina que encabeza el soneto del 16 de enero, donde el poeta ve que va directamente hacia la derrota, pero que no puede hacer nada para evitarlo

No estás en tus sentidos, resentidos.
Estás entero, con la vida rota,
ganándote a conciencia la derrota:
esperándote en todos los sentidos. (55)

Está cautivo de un pasado, pero es un cautiverio buscado, deseado, porque Domenchina pertenece, naturalmente, a España

... España, feudo ardiente
que te tiene, sin yugo, subyugado. (56)

Domenchina en su exilio va a ver cumplirse lo que él dijo de Nietzsche a propósito de la crónica que escribiera en 1933 del libro de éste: Nietzsche: epistolario inédito, donde afirmaba que

el filósofo alemán, en su enfermedad. "acaba por no vivir más que de aquello que lleva en sí mismo" (57). El autor de Pasión de sombra también vivirá, en su enfermedad que es el exilio, únicamente de lo que lleva dentro.

Sería demasiado simplista entender esa pertinacia de Domenchina en su pasado como desprecio por lo que le rodea. Es... una enfermedad. Está enfermo de nostalgia. No puede encontrar, para su desgracia, una continuación de su tierra, como sí lo hizo Cernuda. El gran obstáculo es su enfermedad, a la que él le pone un nombre: "radiante desatino". Pero son múltiples las veces que reconoce la generosidad y la belleza de la tierra mexicana, como en este soneto del 18 de enero

... Este anillo porfiriano
que anilló en oro puro su destino
azteca a mí radiante desatino
cordial..., no me lo quiten de la mano. (58)

Tan insistente es el deseo de permanecer dentro de sí, que en algunos momentos pareciera adquirir tintes de provocación. En el poema número 2 de la Tercera elegía jubilar hay una cita de Garcilaso de la Vega: "No me podrán quitar el dolorido sentir...", donde ese sujeto elidido (tal vez los vencedores de la guerra, tal vez los que le rodean), que le ha despojado de otras cosas queridas, parece ser retado. Pero es que en Domenchina el dolor que le causa el exilio, por la ausencia de España, es lo que le confirma en su identidad; es una forma de asegurarse que no la ha perdido, que él no se ha diluido en la realidad impuesta y no buscada de un lugar que no le pertenece y al que no pertenece. Por eso persevera en esa actitud

Bien está que te ocultes y deslices
en tu sombra; que vayas, en huideros
minutos enlutados, por senderos
propios, sin arrancarte las raíces... (59)

Su relación con España semeja la fidelidad de un enamorado escrupuloso que ante el encanto de un paisaje bello o la seducción de una leyenda ajena, se flagelara, cartujano, con antiguos recuerdos y pensamientos lejanos. Y es porque, así como él siente el tirón de las raíces que se quedaron allá, y también la seguridad de que pertenece a aquéllo, está seguro de que la tierra que le tuvo también le echa de menos

La calle noble en que has nacido
siente y te hace sentir que no te has ido. (60)

Estos versos en la Tercera elegía jubilar, donde la lealtad de la tierra queda manifiesta, los escribe Domenchina compartiendo exilio o alejamiento con otros dos personajes: Garcilaso de la Vega y Hernán Cortés. A lo largo de las numerosas estrofas hay un juego de intercambio de personas que viven parecidos sentimientos sin importar la distancia en el tiempo. Tienen en común algo fundamental: estar privados de España. La "noche triste" de Cortés se sale de la anécdota histórica para ampliarse a un amargo y profundo sentimiento de ausencia, de soledad y extrañeza; a la vez, se confunde ésta con el llanto de Garcilaso en el castillo que fue su tumba defendiendo a España pero alejado de ella; y con los dos, la "noche triste-exilio" de Domenchina. Los tres, tan lejos, tienen sin embargo absoluta confianza en la fidelidad de la tierra en que nacieron, y saben que ésta les "recuerda" y les "siente".

En Pasos de sombra abunda el poeta en esa idea de perpetuarse en el dolor de la ausencia de su patria

Este dolor que tengo, y que me tiene
en pie, es razón -o sinrazón- de vida
(...)
porque el dolor que tengo me sostiene. (61)

Es una paradoja (su obra está llena de ellas) que le emparenta con los místicos españoles, en este caso con Santa Teresa: el exi-

lio le hace morir y ello es la única razón de su vida. En "El ex-hombre", el mismo concepto está manifestado con lenguaje religioso

... y el presente
se me pudre, yo estoy enteramente
en las reliquias de mi ayer devoto. (62)

El exilio es para Domenchina la "noche oscura" a semejanza de San Juan de la cruz. "La amada" es España, único alimento espiritual y sólo objeto del deseo del poeta; es su ausencia la que hace que el poeta madrileño vaya buscándola en las huellas del pasado y en los recuerdos más escondidos, como el místico preguntaba a las veredas por su amado. Pero en esos recuerdos el que se pierde es el poeta.

¿Estás en las revueltas del camino
que desandas, huyendo, a lo divino
de tu sombra inmortal, de tu impostura? (63)

Ante la imposibilidad de obtener ese alimento espiritual, el poeta sufre el desdoblamiento: el cuerpo por un lado y el alma por otro, que será una nota permanente en su exilio.

..... porque voy
por mi pasado -donde ya no estoy-
llevándome mi andar de retraído.

(...)

¿quién vive mi futuro desde el hoy
sin presente, de ausencias, abstenido,
en que se va mi vida y yo no voy?. (64)

Comparte Domenchina la misma idea de Max Aub de que el destino se le ha torcido, porque su vida rota por la guerra y el exilio ha derivado hacia otros derroteros diferentes a los que hubieran tenido de seguir en España:

¿Qué puedo conseguir con esperarme
si se desbarató mi trayectoria?. (65)

Ese sentimiento va unido también a la seguridad de que le han

quitado el sitio; un convencimiento, por otra parte, muy acendrado en todos los exiliados

Perdido el caminar, ya rezagado
miras el porvenir que no repite
la diligente marcha del pasado.

Por tu perplejidad o titubeo,
sabes que te han quitado ya el desquite,
que fue exacta ambición en tu deseo. (66)

Así que, el exilio para Domenchina no sólo es la interrupción de su vida, sino también de su obra, que es otra forma de vida a la que el poeta valora aún más. El destierro pone fin al vuelo porque convierte a los exiliados en unos seres inválidos

(...)
qué cruza por la tierra, desterrado,

tras su sombra, y sin huella, en una ardida
fuga de corto alcance alicortado,
(...). (67)

Los que ganaron la guerra civil borraron la presencia y las huellas de los perdedores, les condenaron al destierro, como cañones sin abejes, y ocuparon sus lugares

No estás en donde estás, que te quitaron
tu sitio, ya no hay sitio que sustente
las pisadas por dar que te quedaron. (68)

Domenchina se rebela contra el presente que le ha tocado vivir y teme que se olvide lo que fue y lo que hizo

No soy el hombre que veis, supuesto
(...)
no estoy en la apariencia que me han puesto. (69)

En un poema que dedica a Antonio Espina le pide que recuerde lo que él era antes de esta muerte en vida que es el destierro

Antonio: tu le viste, en tu distante
mirar y ver. Hoy marcha el de delante,
testigo impersonal de mi agonía... (70)

Siente angustia de no haber concluido una vida para la que pudo haber estado destinado, teme que haya sido un vivir inútil

... Estoy concluso
ya mi vida, imperfecta y acabada... (71)

Y todavía más dramatismo hay en estos versos de El extrañado por saber el poeta que está al final de su vida

... Y si yo me siento ya borrado
¿Quién podrá verme como fui, Dios mío? (72)

Pide que a la hora de juzgar su obra, se considere que no le dejaron ser, que no le permitieron cumplir su destino. En "Señor, he sido un hombre", estos versos tristes y contenidos lo dicen

Y es posible que en mi acabamiento
se extinga el hombre que no fui, el que ha sido
una intención de ser, sólo un intento... (73)

Respecto a la esperanza del retorno, hay dos etapas muy marcadas en su obra del exilio: la primera, que dura aproximadamente hasta 1945, en que el poeta conserva fresca, por posible, la idea del regreso; y la segunda, a partir de la conclusión de la II Guerra Mundial, en la que pierde toda esperanza de volver a España vivo. Al final de sus años, en El extrañado hay incluso algo parecido a la resignación ante la absoluta certeza de que morirá sin ver de nuevo su patria. Si en la primera etapa Domenchina era un contemplativo con esperanza "...y sin mancharse en ningún contacto..." (74); en la segunda es un ciego desesperanzado, que se siente buscado por su pasado y él vive pendiente de reanudarlo

Si buscas tu pasado, que se encuentra
perdido sin hallarte -y en suspenso- (75)

En el soneto del 12 de diciembre de 1943 Domenchina marca una distancia entre sus compañeros del exilio que piensan que, una vez ganada la guerra por los aliados, el retorno es seguro

Húrtate a la alegría vocinglera. (76)

Como también se distancia de quienes -desde el exilio, cuando ya no hay remedio- ven y critican los males de España

Esquívate a la fútil lloradera
que pretende invadir los elementos
y encharcar, con sus lágrimas y acentos
lamentables, la verde primavera. (76)

La primavera, para Doménchina, es la vida que vivió en España; aparece en sus poemas continuamente, no sólo como sinónimo de juventud, sino también como la vida auténtica, plena de frutos, en contraposición con el otoño, que es la vida postrada, la vida de sombra que es el exilio. Y si bien él nunca mancha con odio o resentimiento del momento su pasado, la recriminación a quienes lloran inútilmente el bien perdido también le alcanza al poeta de Madrid, y así lo reconoce en estos versos

A pleno sol, y a solas, has sentido
todo el dolor del mundo en la sonrisa
resucitada de la que se ha ido...

Y de noche, y no solo, te has reído,
inevitablemente, y con la risa
mala del hombre, de tu bien perdido. (78).

A pesar de la ambigüedad con la que juega el poeta, el objeto amoroso es sin duda España.

Las alusiones al regreso están en su obra del exilio prácticamente desde el principio, y son continuas. Versos como: "quizá algún día, y ya lejos...", o "porque vive en tu paso de pasada", etc. La esperanza empieza a declinar en otros como estos publicados en el libro Pasión de sombra (1944)

el sol de mi pasado, sin mañana
posible, y mate ya por la neblina
de una noche sin término, inhumana, (78)

Para llegar a convertirse en una noche de "bostezo de negra den-
yadura" (79) en los años 50.

A medida que pierde la esperanza en el regreso va surgiendo en Domenchina otra esperanza, la de la fe religiosa. Lo que hasta ahí había sido monólogo del poeta, o desdoblamiento de él mismo, cambia para dar paso a un nuevo interlocutor: Dios, y a un nuevo tono, el de la resignación

No me opongo, Señor, a tu sagrada
potestad infalible que me puso
este sol de agonía descolgada. (80)

Pero, aunque las palabras son más reposadas, el dramatismo parece haber crecido, porque tras de esa resignación de inspiración religiosa, el dolor y la añoranza surgen, si es posible, con más fuerza., como se ve en estos versos del poema "Arboles, prados...", publicado en El extrañado (1958):

...Allí estarán, allí estarán, Dios mío,
estas cosas que evoco (ya sin nada)
de lo que a mi me tuvo y fue tan mío.

Sí, allí están, como siempre, la cañada,
los prados, y los árboles, y el río...
Y mi voz, a lo lejos, empañada. (81)

El extrañado, donde hay una clara búsqueda de Dios, está lleno de reminiscencias del Lope de Vega religioso, aquel que se reprocha el haber dado largas a las llamadas de Jesús

¡Y cuántas, hermosura soberana,
mañana le abriremos, respondía,
para lo mismo responder mañana. (82)

como lo confirma esta cita del poeta del siglo XVII, que encabeza el soneto de Domenchina que lleva por título "Y decimos mañana.." de tema religioso donde se aconseja escuchar "hoy" la voz.

La obra de Domenchina del exilio es un repetirse continuo; lo que no se considera como defecto de su poesía, sino como una

figura literaria global que va cargando de intensidad el significado, en una especie de "crescendo" que alcanza su climax en El extrañado, y su sentido total se ve en la propia muerte del poeta, sin haber llegado a poseer "esa cosa que no es, y que es, sin embargo, todo" (83). Otra paradoja que recuerda a los místicos, con el balbuceo de "lo que no es" y "es", que rememora algunos versos de San Juan de la Cruz, en esa incapacidad de definir o nombrar lo inefable.

Esa repetición no solamente es de palabras con los mismos o parecidos significados, sino también de sentido. Signos de sugestión que conducen, de forma no consciente, a una imagen total y única de la obra como si se tratara de un sólo poema: amargo, som-bra, hiel, noche, muerte, ceniza, agonía, ajeno, enajenación, re-moto, lejano, ayer, allá, acá, cautivos, etc., son algunas pala-bras elegidas al azar en unos pocos versos, pero representan una muestra fidedigna de ese sugestionamiento del poeta que arrastra al lector a concluir el exilio como vivir en la privación de lo más querido, en este caso España. Exilio es lo que convierte a la vida en sombra de ella misma, en purgatorio donde se expía una culpa no comprendida, en muerte lenta donde se siente

... que no es la vida, aunque se sienta
la vida, en torno . (84)

Es un caminar junto al que se fue en otro tiempo y en otro lugar, sintiéndose despierto tan a medias "que tomo como vida lo soñado" (85). En el exilio el corazón del poeta está deshabitado, además de "consunto, calcinado,

sólo tiene cenizas de un pasado
que ardió a la luz y a la verdad abierto (86)

El mundo de Domenchina en el exilio es un cúmulo de paradojas: "Tienes de sobra lo que no te basta", "vive sin realidad, las realidades". Mundo donde habita en mitades: ¿Qué tengo, aquí, en mi sombra, como mío?, ¿Qué es mío allá en la luz que me han negado? (87). Y la otra, terrible paradoja saturnina: ser "Por mi origen -qué lejos- devorado" (88). El único lugar donde podría sentirse vivo, España, sería para él la muerte por orden de "quienes le han negado la luz"; y en donde le garantizan la vida, la tierra de su exilio, "donde el sol indio tornasola", el poeta se entrevé un "cenotafio en pie", "una movediza tumba". El exilio es donde la vida "es un transcurso que no transcurre", un reloj "de manecillas plegadas en lo inmóvil" como un "redondo cero absoluto en pausa", "tiempo sin latido", que hace que

Aquí esté todo lo que no deseas.
Allí lo que no alcanzas. ... (89)

El extrañado es el libro de la reconciliación con el sentimiento religioso. No con España, con la que nunca hubo la más mínima ruptura, a la que amó Domenchina hasta el último momento de su vida. Es, también, el libro de la despedida. Su deseo de morir, unido a la certeza de que le ha llegado la hora, llena de una dramática sinceridad todos los versos de este libro.

... porque ya nada
al mundo de los hombres me encadena. (90)

Y donde vuelven a encontrarse reminiscencias del otro españolísimo, y también madrileño, Lope de Vega

Dios de mis soledades españoles,
Señor de mi horizonte verdadero.
Aquí, remoto, en esta cruz, me inmolas
desentrañado de lo que más quiero... (91)

Y ese verbo inmolare renueva el sentimiento, ya visto en otros

poemas, de sacrificio inocente, de castigo sin delito. La religión le devuelve la serenidad, aunque a veces aparecen rastros de un antiguo tinte de duda

... Hoy voy, no sé hacia dónde, por serenas
horas de lento adiós, y voy sin nada, (92)

En Domenchina hay voluntad firme de no mezclar la biografía con la poesía. En una de sus crónicas escritas antes de la guerra, y a propósito de los poetas y sus obras, viene a decir que mostrar la biografía sería lo mismo que enseñar el estiercol de la rosa. Lo que resulta harto elocuente en su propio caso, pues si bien no hay datos concretos, sí los sentimientos puros que inspiran esos acontecimientos. Y tal vez se encuentre otra explicación a ese silencio en estos poemas que son los últimos de su vida. En "El verbo es luz divina" dice

... Oíd: lo que no digo
es lo que está en mi aliento y tan conmigo
que no se me derrama en lo que hablo.

(...)

Sobre un altar sin luces, al abrigo
de las tinieblas, dejo, en mi retablo
de silencio, las cosas que no digo. (93)

Lo que a la vez apoya su poética y confirma la mucha importancia que da a los hechos históricos que cambiaron su vida -y tal vez anticiparon su muerte- aunque no hable de ellos. Los silencios entre sus versos, los que dividen sus estrofas y separan sus poemas son, como él mismo dice, una parte fundamental de su obra, quizá la más importante.

Que no haya nombres propios en sus poemas (como sí se encuentran en León Felipe) no impide encontrar referencias precisas sobre quiénes son sus enemigos y cuál el objeto de su deseo como ocurre en estos versos del soneto "Ay dolor de la carne...",

que dedica a Prometeo, por sentirse Domenchina como él, atado a la roca del exilio

Y tú estás a una peña encadenado
en la imposable escarpa de una roca,
mientras los inmortales, que convoca
Zeus, degustan su ambrosia -airado
titán- en las blasfemias de tu boca. (94)

En resumen, Domenchina vive, sin paliativos, un exilio doloroso desde el principio hasta el final. Tal vez se podrían hacer algunas críticas a su perseverancia en vivir a la sombra de un pasado; quizá en algunos momentos se vea como una provocación a quienes le rodean, debido a su carácter; acaso se le pudiera culpar de falta de compromiso con la realidad que vivía España en esos años. Todo, incluso su olvido de dejar esa constancia personal escrita de la guerra civil, que tantas veces manifestó en cartas y conversaciones, y que hubiera sido de gran importancia para las generaciones que no vivieron el enfrentamiento, todo eso se le podría decir a Domenchina. Pero son razones que se pierden ante la fuerza y la sinceridad de una obra y de una vida que sellan su coherencia con la muerte anunciada en todos sus poemas; una muerte consecuencia de la enfermedad provocada por la ausencia de lo más querido para el poeta: su tierra.

4. La España eterna

La relación del Domenchina exiliado con España no es de amor/odio como sucede en otros escritores de los analizados. En todo momento es para él su patria y el objeto absoluto de su amor en cada uno de sus poemas. Para El extrañado, último libro del poeta y resumen espléndido de su sentir de exiliado, utiliza como epígrafe una cita de Rousseau, que es una confirmación exacta de lo que Domenchina piensa de la patria: "Un enfant, en ouvrant les yeux,

altos y las zarzamoras marcan los arroyos. Es una descripción exacta y a la vez ideal de Castilla, y en ella está toda la nostalgia de todos los tiempos, que todos los exiliados han sentido por su patria perdida. Que algo tan común como unos hierbajos, un río o un trozo de cielo pueda ser a la vez tan único y personal es algo que solamente el alma del exiliado puede entender. Y Domenchina era el más exiliado de los exiliados.

El pasado glorioso de Castilla duerme bajo su presente de ignorancia, en el mismo tono del inevitable Campos de Castilla de Antonio Machado: la misma Castilla miserable, ayer dominadora... aparece en estos versos de Domenchina

El hombre de adusta faz
-mentón apenas rapado-
junto al pajonal...

Y de rastrojo a rastrojo
-barba y tierra mal raídas-,
el taciturno coloquio. (101)

Pero esa Castilla, en su doble cualidad de andariega y generosa, sembró el idioma

Decir y andar: tus dos verbos
ardidos -razón y raza-.

Mientras que deplora el poeta, como lo hacía León Felipe (seguramente no se hubieran manifestado tanta antipatía el uno al otro si se hubieran dado cuenta de la cantidad de cosas que tenían en común), la leyenda negra y la demagogia siempre prestas a barrer esa imagen positiva de Castilla

llévante en una leyenda
de hablillas y malandanzas. (102)

Y recuerda, como Unamuno, que es madre de corazones y de brazos en estos versos del poema "La desesperación", incluido en El extraño

... ¡Ay, alma andante y sedentaria!

¿Quién te menoscabó?. Tu luz plenaria
para vejarte y ofenderte brilla.

Hoy no cunde en el suelo la semilla
de tu cosecha heroica, legendaria
ya. Y sólo tu pasado te acaudilla. (103)

Domenchina insiste en extraer exclusivamente de Castilla lo que considera las cualidades que distinguen al español: severidad, medida y justeza en el habla y la actitud, etc. Y no le importa ser injusto con otros pueblos, como Andalucía, a la que trae al poema para contraponer a lo castellano

Oye el cantar de Castilla,
que no es mentir de gitanos
ni justa de cantaores
con oles, palmas y tragos. (104).

Aunque esta prevención hacia lo andaluz no le nace con el exilio, pues ya en una de sus crónicas de Gerardo Rivera, escritas al principio de los años treinta en Madrid, decía: "Me entusiasma la música, me enajena la poesía y me produce calambres y náuseas el "cante jondo". (105). En ese peculiar estilo suyo, que él llama "decir la verdad", pero que esconde algunos de los peores defectos de Domenchina: la intolerancia, la soberbia, la discriminación.

En un tríptico que titula "Testamento ológrafo" hace una semblanza de lo que considera sus rasgos más importantes

Viejo cristiano
(..) de limpia sangre azul... (106)

donde, alejado de las teorías de Américo Castro, y más en la línea que defiende Sánchez Albornoz y la veta de historiadores conservadores, e incluso reaccionarios, considera españoles solamente a los cristianos viejos de sangre limpia, es decir, sin mezcla de judío o árabe. Esta postura intolerante y racista enlaza, aun a pesar del propio Domenchina, con las ideas fascistas de los vencedores de la guerra.

La repugnancia que siente Domenchina hacia lo judío (que Ernestina de Champourcin dijo que desapareció con el tiempo) está expresada de una forma cruda y vejatoria en este poema que lleva por título "El usurero", y que aparece en su primer libro escrito en el exilio, Destierro (1942). En él no sólo parece haber desenterrado el poeta los estatutos de sangre, sino también el "sambenito" inquisitorial y la justificación de la peor leyenda negra que él mismo deplora.

De familia de alfayates
y ropavejeros, supo
qué es cortar y vender trajes.
Hoy, más dúctil, presta a rédito,
y se come las cosechas
de los malos y los buenos.

Cuidando un nido de urracas
-siete judeznos garrudos
y blandengues- en su casa
la mujer mezquina y seca
en seco pare: la asiste,
sin aguas siempre, el albéitar. (107).

Solamente la ceguera que impone la intolerancia y el racismo explica que un Domenchina amante de la historia de España y de su Literatura, olvide que muchos de los hacedores de las mismas fueron judíos o conversos o hijos de conversos: Cervantes, Santa Teresa, Luis Vives, los Valdés, Fray Luis de León, y tantos otros. Suena tan escandalosamente estrecha esa actitud en un intelectual que se autodenomina liberal, que más parece propia de alguien que escribe al dictado la más sucia propaganda nazi y fascista.

Hay en Domenchina un afán de defensor de las esencias de España, de ahí su frase "defender nuestra literatura verdadera". Y, como pasaba con el poeta León Felipe, también él encuentra en el Quijote y en Cervantes parte de esa esencia. En una crónica que hace sobre el precioso librito de Manuel Azaña La invención del Quijote, el poeta dice: "España o Don Quijote, o Don Miguel de

Cervantes. Todo es uno". (108).

Nacionalista a ultranza, cuanto le suene a extranjero es sospechoso de falta de calidad. Al modernismo de Darío lo llama "irresponsabilidad lírica", a la que se prestan los poetas que no tienen seso. "Moreno Villa se propuso reanudar sin contemporizaciones ni claudicaciones la buena tradición española. Por más que no se hallara sobrado de recursos, nunca apeló en sus principios a la diseminación holgazana de la irresponsabilidad lírica". (109).

Tan defensor de lo que considera "lo auténtico", no teme pecar de arrogante cuando, utilizando un lenguaje de matón, arremete contra los escritores jóvenes españoles que son sospechosos de galicismos morales, mentales o de lenguaje: "El castellano de Unamuno es un ejemplo y un azote. Un ejemplo inimitable y un azote cuya perfección restalla y fustiga a los bellacos que afrentan y percuden el idioma nativo". (110). Esto mueve a pensar que Domenchina hace una interpretación cuando menos parcial de En torno al casticismo.

Y como guardian de la pureza del idioma, no duda en hacer de nuevo uso indebido de la lanza de D. Quijote para acabar con los malandrines que atentan contra el castellano o muestran sus preferencias por escritores de allende los Pirineos: "Porque el más irresponsable imitador de Gómez de la Serna sólo tolera que se le suponga influido por Jules Renard. A estas majaderías españolas se les dice ahora "snobismo". Pues bien, urge la tajante presencia de un Herodes que descabece de una vez a todos esos críos, crías o renacuajos cursis". (111). Lenguaje este de Domenchina/Gerardo Rivera que desautoriza el ápice de razón que pudiera tener, y que se descubre pleno de connotaciones fascistas; a-

parte de exhibir una visión crítica llena de prejuicios y de una grave apariencia bárbara. Esta estrechez de criterio la define el poeta como "mi exigente juicio", y dice que "no entraña desabrimiento ni resentimiento, sino afán de perfección". (112).

Y en esa obsesión de colocar a lo castellano por encima de lo demás, unas veces con razón y otras sin ella, arremete contra Dámaso Alonso, en otra de sus famosas crónicas, por considerar aquél fundamental la lírica del portugués Gil Vicente. Truena Domenchina: "¡Garcilaso, Juan de la Cruz: las raíces más hondas de la lírica española!". (113). Y a Pío Baroja, el ser sospechoso de vasquismos en su prosa, le invalida como escritor a los ojos del feroz crítico: "La sintáxis -estrictamente vasca- en que solía rebozar y aún reboza, sus intuiciones novelísticas". (114).

En Nueve sonetos y tres romances (1952), el tema de España y su esencia aparece ya desde el primer título: "A D. Francisco de Quevedo", y la primera cita que acompaña al soneto: "España, gloria de perpetuo ocaso", del propio Domenchina. En el poema hay una declaración expresa de algo que ya había quedado manifiesto a lo largo de su obra: la plena identificación del autor de Exul Umbra con Quevedo. Con el Quevedo poeta, madrileño, estoico, desterrado por motivos políticos, solitario, lúcido y dolorido ante la situación de España; con el Quevedo religioso y arrepentido del Heráclito cristiano, que tan presente está en El extrañado. Se podrían hallar otras semejanzas entre ambos: la fidelidad que Quevedo tuvo por el Duque de Osuna y la que manifestó siempre Domenchina por Manuel Azaña; la decadencia en la España de Felipe IV, -cuyo valido, el Conde Duque de Olivares, quien le manda primero al destierro en la torre de Juan Abad y más tarde a la prisión de

San Marcos, tan temeroso de la inteligencia y despreciador de los "cultos" como lo será Millán Astray, jefe de la legión, en el "reinado" franquista- y el oscurantismo en el que cae España con el gobierno de los vencedores de la guerra civil. España fue "gloria de perpetuo ocaso" en el tiempo de Quevedo, y así la heredará Domenchina

(...)
...
... Por serte
fiel, por ser tú, hombre entero y por tenerte
de pie en tu torre augusta, en tu alta almena
de soledades, tu lección resuena
en nuestras almas ...
(...)

Postrimería de mi patria, fuerte
senectud, ¡ay Quevedo de la pena
española. Quevedo de la muerte! ... (115)

En el exilio, Domenchina encuentra señas de identidad de aquella Castilla a la que admira en las ciudades de México y en sus pobladores, pero su estado de ánimo de desterrado se antepone y convierte en algo doloroso lo que en otra circunstancia o para otra persona hubiera sido motivo de satisfacción u orgullo.

Yo no tengo tu fe. Ni tu, Paulino (Massip)
mi "noche triste". Pero nuestro paso
nos pone el sol de España en el camino. (116)

La época dorada de España, insoslayable en México, pareciera que carga más de cadenas el exilio del poeta. También en las personas hay rasgos familiares

Los grandes ojos verdes, en la cara
trigueña, son -como la boca, avara
de labios- tristes. Y la voz de ...clara
india andaluza, de Guadalajara . (117)

Pero también despierta su interés lo prehispánico, y en uno de sus sonetos, el del 20 de ciembre, que lleva por título "Cuauhtemoc", utiliza la máscara del emperador azteca para hacer un símil con el significado de su nombre, "Aguila que cae", y con la

propia vida del poeta como una "caída en muerte vertical", "desplomada desde el sol". La valentía de Cuauhtémoc ante la tortura le sugiere el segundo terceto

La vida está en tu vida tan perdida
que, con fuego en los pies, mi muerte-en-vida
se abraza sin un grito, a tu manera. (118).

Pero si bien encuentra en México esas señas de identidad que ya imaginaba desde antes de su llegada, no ocurre así con la realización de las expectativas que tenía

No se cumple, en la tierra prometida
el nuevo mundo afín que descubriste
como una Nueva España bien perdida. (119)

Desencanto que se explica ante el derroche de ilusión y esperanza de actividad que manifiesta en su carta del 15 de mayo de 1939

... yo pienso olvidarlo todo y dedicarme a estudiar la literatura del país, como a mí me gusta hacerlo, y a defender nuestra literatura verdadera. Ya hay tarea. Añada Vd. a esto un resumen de la guerra (toda la verdad, nada más que la verdad, pero nada menos que la verdad) que me han pedido, y colija que, de tener salud, no encontraré tiempo para aburrirme. (120)

Si hubiera sido solamente la España eterna, con sus esencias, la que buscara y extrañara Domenchina, tal vez no hubiera sido tan difícil para él su vida en México, como fue el caso de los otros exiliados. Pero el poeta madrileño necesitaba el contacto físico con la España física. Sobre todo con su ciudad natal. La dedicatoria del libro Poesía (1942-1958), compilado por Ernestina de Champourcin y publicado después de la muerte del poeta, es para su pueblo y para otro poeta madrileño, tan amante de Madrid y que escribiera de su ciudad desde su alejamiento en Alemania. Es Eulogio Florentino Sanz, traductor de Heine al español en el siglo

XIX, por lo tanto con cierta influencia en el estilo de Bécquer, sobre todo el de las rimas. Estos versos de E.F. Sanz van a marcar unos cuantos poemas del Domenchina exiliado:

lejos de mi Madrid, la villa y corte
ni de ella falto yo porque esté lejos
ni hay una piedra allí que no me importe. (121)

Ese deseo físico de Madrid que tiene Domenchina hace que se envuelva con mimo en cualquier recuerdo vívido que le acuda

Radiante frío de diamante: enero
de Madrid. Nace el día, esmerilado
mate, lechoso, como algodonado,
sobre un frío de noche, bajo cero. (122)

Y tras el recuero, el fuerte pinchazo de la privación y del tormento de la lejanía

Tendrás ahora el frío que yo quiero
-lúcido frío de Madrid!-, helado
y transparente soplo de nevero,

de cumbre; Guadarrama derramado
de ese sol, tan solo, que yo espero
ardido a pleno sol y desolado!... (123)

Esa separación física de España le produce un dolor real también, físico,

En húmedos y fibrosos
ayes, gruñen las raíces retorcidas
y a medio arrancar (...)
(...)

Amor soterrado, sombras
enraizadas, ¡cómo cruje
lo entrañable,
que se aferra a lo más hondo
de su tierra en sombra: cómo
se retuerce!. (124)

La nostalgia le entra a Domenchina por todos los sentidos, por la piel: el verde, la lluvia, la luz, la primavera...

Aquel amarillo, al rojo
seco, de la parra virgen ... (125)

La nieve, la escarcha, el azul de las montañas, la llanura sin límites, los collados, las mujeres de España. Quiere volver a pisar aquella tierra

Allá, tierra entrañable, donde suelo
vivir tan a distancia... (126).

Ni un sólo día de su vida deja Domenchina de "vivir" en España, aunque ese "allá" suene mucho más remoto de lo que es. Y cuando ya no hay para él esperanza de retorno, el poeta pide se le permita ir a morir

Para que me muera a mi sabor, tranquilo,
ponedme en mi lugar, dadme mi suelo,
¡No me dejéis también la muerte en vil! (127)

¿A quién le pide Domenchina que le permita retornar?. Ese paraíso que para él es España ha sido cercado por un terrible dueño que le impide volver y que es sordo a sus lamentos

Fuera ya del cercado paraíso,
siento, boca insaciable, la gangrena
voraz y sorda que me come en vida. (128)

En "Voz añorante", de Pasos de sombra, hay un ejemplo más, entre otros muchos, de esa necesidad física, además de espiritual, que tiene el poeta de la tierra propia, de España

Sin cimas que escalar, subes repechos
sólo para sentir en lontananza
las tierras de Castilla -sus barbechos
y rastrojeras... (129)

Y en su libro más conmovedor, El extrañado, estos dramáticos versos donde ansía más fuertemente -si se puede- la tierra de la que salió

Tengo que andar y tengo que llevarme
como un remolque de mi andar cansino
adonde está mi tierra, y enterrarme. (130)

Hay poco de retórico en los poemas del exilio de Domenchina, y mucho menos en su último libro. De El extrañado son también estos versos donde está tan claramente manifestado ese deseo físico, de contacto real, con España

Sí, quiero instintivamente,
quiere mi animal querencia,
sentir la llanura -firme
dura, áspera- de la tierra
que me tuvo y que yo tuve,
cuando Dios quiso, a conciencia. (131)

Es un sentimiento de un hijo hacia una madre el que Domenchina tiene ahora, en El extrañado, al final de su vida, por la tierra que le vio nacer. O el sentimiento que le inspira una amante

Quiero mi tierra:
su suelo firme, su costra
dura, su llanura seca.
(...)
Sentirla mía, gozarla
con los pies desnudos, verla
- ¡tan ancha!- (132)

Y no hay ninguna duda en Domenchina de que es correspondido en la misma forma

Allí, lejos, al sol, donde te piensa
la tierra en que te ahincaste, tan remota. (133)

En suma, la España eterna, tanto la física como la espiritual, la que formó su gloria alrededor de Castilla o la que sigue bañada por el mismo sol y acariciada por el mismo aire, despierta en Domenchina todo el amor y la nostalgia del exiliado sin esperanza. La defensa de esa España le lleva a cometer injusticias evidentes contra otros pueblos; también a utilizar un lenguaje violento e intolerante contra quienes cree que la menosprecian.

NOTAS CAP. III

1. Juan José Domenchina, Carta a Ricardo Gutierrez del 19-2-39
2. J.J. Domenchina, Poesía completa 1942-1958, p. 53
3. Ibid, p. 24
4. Ibid, p. 24
5. Carta a Ricardo Gutierrez del 15-5-39
6. J.J. Domenchina, Antología de la poesía española, p. 32
7. Ibid, p. 32
8. J.J. Domenchina, Poesía completa... p. 107
9. Ibid, p. 107
10. Ibid, p. 108
11. Ibid, p. 109
12. Ibid, p. 110
13. J.J. Domenchina, La sombra desterrada, p. 28
14. J.J. Domenchina, Poesía completa... p. 109
15. Ibid, p. 110
16. Ibid, p. 117
17. Ibid, p. 117
18. Ibid, p. 117
19. Ibid, p. 117
20. Ibid, p. 134
21. Ibid, p. 202
22. Ibid, p. 214
23. Ibid, p. 22
24. Ibid, 32
25. Ibid, p. 31
26. Ibid, p. 67
27. J.J. Domenchina, Crónicas de Gerardo Rivera, p-50
28. J.J. Domenchina, Poesía completa..., p. 247
29. Ibid, p. 249
30. J.J. Domenchina, Crónicas de Gerardo Rivera, p. 110
31. Ibid, p. 162
32. Ibid, p. 162
33. Ibid, p. 165
34. Ibid, p. 184
35. J.J. Domenchina, Antología de la poesía española..., p. 73
36. J.J. Domenchina, Poesía completa..., p. 129
37. J.J. Domenchina, Antología de la poesía española..., p. 260
38. Ibid, p. 320
39. Ibid, p. 368
40. Ibid, p. 379
41. Ibid, p. 316
42. Ibid, p. 142
43. J.J. Domenchina, Poesía completa...., p. 22
44. Ibid, p. 51
45. Carta a Ricardo Gutierrez de 19-2-1939
46. Carta a Ricardo Gutierrez de 19-4-39
47. J.J. Domenchina, Poesía completa...., p.17

48. Ibid, p. 35
49. Ibid, p. 50
50. Ibid, p. 69
51. Ibid, p. 69
52. Ibid, p. 71
53. Ibid, p. 71
54. Ibid, p. 76
55. Ibid, p. 76
56. Ibid, p. 76
57. J.J. Domenchina, Crónicas de Gerardo Rivera, p. 49
58. J.J. Domenchina, Poesía completa....., p. 80
59. Ibid, p. 65
60. Ibid, p. 137
61. Ibid, p. 200
62. Ibid, p. 212
63. Ibid, p. 53
64. Ibid, p. 95
65. Ibid, p. 22
66. Ibid, p. 23
67. Ibid, p. 58
68. Ibid, p. 92
69. Ibid, p. 101
70. Ibid, p. 57
71. Ibid, p. 100
72. Ibid, p. 245
73. Ibid, p. 247
74. Ibid, p. 33
75. Ibid, p. 51
76. Ibid, p. 52
77. Ibid, p. 52
78. Ibid, p. 9
79. Ibid, p. 112
80. Ibid, p. 100
81. Ibid, p. 281
82. Ibid, p. 277
83. Ibid, p. 36
84. Ibid, p. 84
85. Ibid, p. 32
86. Ibid, p. 32
87. Ibid, p. 134
88. Ibid, p. 134
89. Ibid, p. 144
90. Ibid, p. 238
91. Ibid, p. 239
92. Ibid, p. 235
93. Ibid, p. 233

115. J.J. Domenchina, Poesía completa... p. 243
116. Ibid, p. 81
117. Ibid, p. 81
117. Ibid, p.59
119. Ibid, p. 70
120. J.J. Domenchina, Carta a Ricardo Gutierrez de 15-5-1939
121. J.J. Domenchina, Poesía completa..., p. 17
122. Ibid, p. 89
123. Ibid, p. 89
124. Ibid, p. 109
125. Ibid, p. 113
126. Ibid, p. 24
127. Ibid, p. 204
128. Ibid, p. 208
129. Ibid, p. 210
130. Ibid, p. 213
131. Ibid, p. 255
132. Ibid, p. 254
133. Ibid, p. 214

CAPITULO IV: RAMON J. SENDER

1. Introducción

Ramón J. Sender nació en Alcolea de Cinca (Huesca) en 1902. Sus padres eran pequeños terratenientes. Fue educado en un colegio religioso y después en un Instituto de Zaragoza y en la Universidad Central de Madrid. Desde los 14 años, por desacuerdos con la familia, vivió independiente y trabajó en una farmacia en Madrid y Zaragoza mientras terminaba sus estudios. También desde muy joven empezó a conspirar contra la monarquía de Alfonso XIII, lo que le valió que le encarcelaran y le devolvieran con su familia, para ser posteriormente reaprehendido y desterrado de Huesca. Antes de los veinte años ya dirigía un movimiento revolucionario. De 1922 a 1925 estuvo en Marruecos realizando el servicio militar. Allí escribió su libro *Imán*.

A su regreso llegó a ser director de *El Sol*, periódico liberal de Madrid, donde continuó con sus actividades políticas. Durante el régimen de Primo de Rivera fue hecho prisionero una vez más. De ideas anarquistas, con la República permaneció como crítico y no aceptó ningún cargo oficial. En ese tiempo abandonó España voluntariamente para vivir en París, Berlín y Moscú; a este último lugar llegó invitado por escritores y artistas rusos. "Su anticomunismo profetizó ya entonces el pacto germano-soviético"(1)

En 1933 regresó a España y se casó con Amparo Barayón, con quien tuvo un hijo y una hija. Cuando comenzaron las revueltas fascistas se alistó inmediatamente en defensa de la República y la sirvió en la guerra como comandante de brigadas hasta 1937, cuando la oposición de elementos comunistas le obligó a abandonar

España. Su mujer y su hermano fueron asesinados por los fascistas, lo que produjo en Sender una gran amargura, así como una confirmación de la crueldad de los españoles que marcará, como un eje muy claro, sus libros autobiográficos.

Políticamente fue independiente e individualista. Sus libros registran una parte importante de la historia de España de aquellos años. Como novelista, Henri Barbusse dijo de él que "es una curiosa amalgama de realismo y misticismo; y sobre todo muy español" (2). Tal vez fuera este españolismo que destilaba Sender el que llevó a Malraux a ponerle en su novela L'espoir como Manuel. Una vez perdida la guerra civil estuvo exiliado en Guatemala, México (donde escribió la primera de la serie de novelas autobiográficas que tituló inicialmente La jornada y que más tarde cambiaría por Crónica del alba (1942-1960), para pasar después a Estados Unidos donde fue profesor de literatura española. Murió en 1982, tras dejar publicadas sus memorias en el libro Monte Odi-na (1980) y después de haber sido reconocido por los españoles como uno de los escritores más importantes de la guerra.

Si bien en Crónica del alba hay, por una parte, una evocación detallada que recrea un mundo de ternura y nostalgia, hay, por otro lado, una corriente de violencia, crueldad y odio solamente posible en alguien que ha vivido recientemente, en sus máximas consecuencias, una guerra civil. La amargura de Sender en el exilio, de la que sale el libro, debe pertenecer a esa clase que Borges definía como: "La amargura más ardiente y difícil es aquella que se lleva bien con la pasión y hasta con el cariño". (3). En Crónica del alba no se halla ninguna alusión directa a España o a los españoles, negativa o positiva, de franquistas o

de antifranquistas; sin embargo sí se puede entresacar del relato una intención crítica del autor sobre el país que le ha expulsado, y ésta, sea producto de la amargura o no, es negativa.

Aunque el propio autor, en su desdoblamiento de crítico y editor de la obra póstuma de Pepe Garcés (por otra parte segundo nombre y segundo apellido del escritor: Ramón José Sender Garcés) insinúa como único deseo del narrador el de recobrar la infancia, se hace evidente que la intención de Sender no es tan bucólica sino que, sin ser revanchista, sí parece buscar la justificación de una guerra civil en un país que, en su novela, aparece como cruel, violento y con cierto gusto por la sangre.

En la introducción a Hipogrifo violento (segunda novela de la serie autobiográfica) Sender dice:

el autor (Pepe Garcés) consigue en su prosa una objetividad curiosa y renuncia a los argumentos, acusaciones y quejas políticas que no harían sino complicar su dolor de vencido con consideraciones a un tiempo amargas y triviales.

Igual que en Crónica del alba, en Hipogrifo violento el autor anima sus recuerdos de la infancia y en ellos se refugia creyéndolos una fortaleza inexpugnable. Otros hombres, los de la esperanza, escapan cuando se ven perdidos, por los problemáticos espacios del futuro y de la ilusión. Esta ilusión es también posible en la reconstrucción y reviviscencia del pasado, a pesar de todas las decepciones. Como verá el lector, en la narración domina un realismo minucioso. Es lo que da a este cuaderno, como a Crónica del alba, su interés principal. (4).

donde, al reforzar su opinión sobre el realismo y la objetividad que dominan la narración, Sender descubre su deseo de retratar una España capaz, por sus habitantes y por su historia, de conducir a una guerra civil.

2. El cainismo y la guerra civil son producto de la violencia, la crueldad y el odio.

A lo largo de Crónica del alba hay una dosis nada despreciable de violencia. Los latigazos que el padre proporciona a Pepe por indicación de su profesor, la impresionante escena del niño apuñalando los colchones, ante la vista de la tía Ignacia, y la sorpresa frente a la sensación de agrado que experimenta al sentir cómo se hunde el puñal en la blandura de la lana

sentir penetrar la hoja del puñal, empujarlas más adentro todavía, repetir el golpe, me daba una fresca sensación de justicia (...). Tenía los dientes apretados. Los dedos me hacían daño de tanto oprimir las cachas del arma. No pensaba en nadie. (5).

Ese "no pensar en nadie", esa violencia por la violencia, hace todavía más inquietante la actitud del niño (español) de diez años.

Hay violencia en las historias que cuenta la vieja criada a los niños como premio para que coman o duerman: leyendas de ahorcados, de ajusticiados con el garrote vil en la plaza; en todas ellas hay una mezcla de lo macabro con lo humorístico. Hay violencia en la satisfacción que Pepe tiene al ver a la odiada hermana caer desde lo más alto de la escalera del castillo y casi matarse. Hay violencia en el sueño de Valentina donde le pide al niño que mate a su padre. Y la hay también en el odio que despierta en Pepe la presencia del primo de su novia, hijo de un diputado liberal, a quien le hace repetir bajo amenaza de matarle: "Soy hijo de un político nefasto", porque así había oído Pepe Garcés que llamaban en su casa a los diputados liberales. Y hay violencia gratuita cuando, para manifestar su valentía, dispara la pistola sobre su propia mano el orgulloso novio de Valentina ante ésta y el aterrado primo, en la misma forma que el Conde de Padul, representante

de la aristocracia española, se taladra la mano con un puñal al sentir como provocación a su orgullo de español, las hazañas de un, también aristócrata, inglés. En la novela de Palacio Valdés hay otro liberal, Ceferino Sanjurjo, que se sorprende negativamente por la forma en que los españoles defienden su honor (que alguien pueda poner en duda su valentía): con sangre, en un acto violento de gratuita crueldad.

Y hay crueldad, una terrible crueldad, con los animales. Sender coloca una y otra vez en su relato bestezuelas a las que los niños maltratan. Es bien conocida la opinión que se tiene en el extranjero de que los españoles son especialmente crueles con los animales, ya sean toros, burros, perros, pájaros o murciélagos. Otro aragonés, Luis Buñuel, se hizo eco en su película Viridiana, de esta, ya intemporal, costumbre de falta de piedad para con los animales, colocando en una escena a un perro famélico, viejo y maltratado, que ha de caminar atado a una carreta, casi arrastrándose, mientras el campesino va sentado en el vacío transporte. Y si el trato que se da a las bestias por un pueblo es indicativo del grado de civilidad de éste, el autor de Crónica del alba conduce al lector a concluir que España es un país bárbaro.

En casa de Pepe hay todo tipo de animales domésticos: gallinas, ocas, cabras, perros, gatos, palomas... Un día, estando con su novia Valentina, el niño coge una paloma y con un puñal la desangra para hacer holocausto. Cuando la niña le pregunta qué es eso, él responde que "el homenaje que hacían los antiguos a lo que adoraban" (6). Tranquilamente, una vez realizado el rito, despluma a la paloma y se la dan al perro para que se la coma.

Otra manifestación "bárbara" respecto a los animales es la

costumbre de Pepe Garcés de ir a sacar grillos de sus agujeros. "Era yo muy diestro en esta cacería y cuando no tenía otro recurso a mano para obligarles a salir de la tierra me orinaba en los agujeros e inmediatamente salían a la superficie". (7). En otra ocasión, Pepe y sus amigos cazan un murciélago vivo y se dedican a quemarle el hocico "esperando oírle decir juramentos y palabras sucias", en la creencia supersticiosa española de que son animales endemoniados. Ya en el siglo XVIII, en "El murciélago alevoso", recoge Fray Tadeo González la misma costumbre.

Y siguiendo con esa crueldad gratuita, Carrasco, el enemigo visceral e irreconciliable de Pepe Garcés, roba el perro a un pobre ciego y se lo mata; acción por la que la impiedad del español se amplía a los minusválidos, y corriente ésta de la que, asimismo, tiene varios ejemplos la propia literatura española, tanto en el realismo de la novela picaresca como en el surrealismo del, una vez más, mentado Buñuel. Y otro aragonés, Goya, recuerda como una escena cotidiana en su niñez, al gallo atado boca abajo a la cucaña resbaladiza por la que deben trepar los mozos hasta agarrar por el cuello al ave, que constituirá el premio a su hazaña.

También Valentina, la dulce niña de ocho años, comparte ese sadismo con los animales. Así, cuando un día deciden los dos niños subir a la azotea y, escondidos para no ser vistos por los pájaros, disparar a los gorriones que llegan a comerse el alimento de las palomas que cría el notario, no sólo no se opone sino que goza la ocurrencia de Pepe de que, a falta de éstos, comience a matar a las torcaces. "...disparé y la paloma dio un salto, quiso volar y cayó a tierra con un ala desplegada y el pico abierto. Salí a buscarla y vi que tenía un ala rota y que abría y cerraba el pico con el ritmo de los latidos de su corazón". (8).

No parece que fuera necesario ese detallismo en la agonía y muerte de la paloma, y mucho menos que sea inocente. Sender consigue lo que se propone, que el lector sienta rechazo ante esa crueldad y se vaya cargando de negatividad frente a la idea de España. "Yo estaba radiante y Valentina balbuceaba excitada: Ahora otra ¡Pum!, y otra, ¡Pum!. Y otra". (9)

Lo irracional del odio que se profesan estos españoles entre sí solamente porque les separe un muro, un río, una escala en la clase social o una idea, también conduce a la idea de cainismo latente, enterrada en suelo de España, que tienen otros escritores ya comentados. Así, entre Carrasco y Pepe hay odio a primera vista. Ambos chicos son vecinos y se provocan con el muro en medio. "Eramos de la misma edad y vecinos pero no habíamos hablado nunca. Sin embargo no podíamos vernos sin lanzarnos el uno contra el otro en el combate más desaforado". (10)

A pesar de todo, ese odio entre ellos lo superan para enfrentarse al pueblo vecino. Produce mejores enemigos un río separador que un muro, pero el odio sale de la misma raíz. Esto mismo ocurrirá en la guerra civil: la izquierda la formarán partidos que se odian a muerte entre sí (anarquistas, comunistas, socialistas, etc.), pero se unen en la defensa de la República contra quienes están del otro lado del río de sus ideas. No obstante el odio volverá entre los vecinos para ocupar su eterno e indestructible lugar.

Cada poco tiempo se entablaban peleas entre los chicos del pueblo vecino y el de Pepe. Eran batallas hasta la rendición de un bando. Como los del otro pueblo eran menos hábiles con las piedras y sufrían más bajas, sus padres decidieron ayudarles y carga-

ron con sal sus escopetas, lo que recrudece la pelea (y aun pudiera ser una metáfora del giro que toma la guerra civil cuando Alemania e Italia prestan su ayuda a Franco mientras que a la República se la niegan las naciones democráticas). Es entonces cuando la pandilla de Carrasco requiere a Pepe para que les die-
ra ayuda con su "arsenal", que consistía en unos pistoletes. Este consiente en prestarles ayuda pero siempre y cuando pueda compartir la jefatura del grupo.

Había un cuadro muy antiguo del Niño Jesús (que me recordaba a Maruja). Yo sabía que detrás de aquel cuadro había una especie de nicho con viejos papeles, inscripciones en pergamino, una cartera de piel sin curtir, dos pistoletes antiguos y un puñal que había sido, sin duda, construido con una lima porque conservaba entre los dos filos las estrías del acero. El día que descubrí aquello fue una fecha memorable. (11)

Pepe Garcés/Sender relata con minuciosidad cómo llevó a cabo los preparativos de sus municiones para la batalla con el pueblo vecino, sin que aparezca, ni una sola vez, una sombra de planteamiento moral sobre el hecho del enfrentamiento entre ellos

Encontré en seguida tres latas en forma de cantimplora llenas de pólvora. Otras con balas de plomo para lobos y jabalíes. Tomé dos en cada mano y me fui a mi cuarto. Allí comprobé que las balas entraban holgadamente en el cañón de mis pistoletes (...). Decidí ajustar el proyectil al cañón con papel mascado. Viendo que no me faltaba nada, lo escondí todo detrás del cuadro y me puse a pasear. (12)

Y a la hora de la descripción de la "batalla", el tratamiento irónico de la bravura de los chicos no impide la inquietud y el desasosiego ante esta especie de juego bélico, sobre todo si se tiene en cuenta que el autor es un exiliado como consecuencia de una guerra civil.

Nosotros tirábamos mejor y eso se notaba en que las piedras cruzaban el río rasantes, sin elevarse. Si una piedra dirigida en esas condiciones encontraba la cabeza de un enemigo, lo derribaba sin conocimiento. (13).

El hecho de que Ramón J. Sender fuera comandante durante la guerra civil y que Crónica del alba sea su primera novela autobiográfica escrita en el exilio, da más sentido a la teoría de que ese pequeño juego bélico incurso en el libro es una metáfora de la guerra española. Así, aparte de lo irracional de los enfrentamientos entre pueblos vecinos, angustia la familiaridad y cercanía que producen los nombres: el hijo del boticario, el del carbonero, el del zapatero...que hacen todavía más elocuente la intención del autor de reflejar la barbarie de una guerra civil, donde los asesinos conocen a las víctimas y éstas a aquéllos por haber convivido desde su nacimiento. Es decir, la crueldad de una guerra entre hermanos, en la que el autor participó y perdió a su mujer y a su hermano, que fueron asesinados, quien sabe si por otros vecinos del bando fascista.

Al chico del boticario le dieron en un tobillo y se dejó caer sobre los pies diciendo palabras feas como un verdadero soldado (...). Al hijo del barbero le dio una piedra en el antebrazo derecho y lo llevaba colgando a un lado y a otro como una caña rota. (14)

3. La sociedad española de la guerra

Marañón dice que "en toda emigración hay un espíritu de revancha y un espíritu de superación del pasado". (15). En el comentario a Hipogrifo violento ya citado, Sender trata de convencer de que su libro nada tiene que ver con la revancha. Y lo consigue al no culpar a un solo bando de la guerra sino extender la culpa entre todos los españoles. Solamente aparece una vez un comentario

explícito sobre los franquistas

el colegio donde la acción transcurre fue destruido por la aviación alemana. Las furias de la guerra no respetaron nada y el que busque en Reus aquel edificio no encontrará hoy más que un gran solar al lado del llamado Paseo de la estación, junto a la fábrica de electricidad. La mesa donde Pepe trabajaba y guardaba sus libros, los claustros, la capilla, los partidos del recreo y el mágico taller del hermano lego, todo fue destruido por los que decían representar el orden y la civilidad. (16).

Tampoco hay en Crónica del alba ese espíritu de superación del pasado. Hay, eso sí, un deseo de reconstruir la infancia y la adolescencia para entender cuándo y por qué se produce el irreversible error que va a borrar de un zarpazo, de la experiencia y del paisaje, un tiempo en el que aquel niño se había sentido seguro en inexpugnable fortaleza. Y hay, también, una necesidad de explicarse y redimirse a sí mismo en cuanto parte del horrible suceso. De ahí la búsqueda justificadora en la historia de España, en la sociedad previa a la guerra, en las costumbres de siglos... De ahí, igualmente, el reparto de responsabilidades.

El recorrido por la infancia de Pepe Garcés le da al autor la ocasión de mostrar a los personajes que formaban la sociedad española previa a la guerra civil. La del muchado es una familia de medianos terratenientes venidos a menos, que viven en una ciudad pequeña a dos horas de Zaragoza. Es el solar de los antepasados del padre. La madre es de una aldea próxima donde las costumbres siguen conservándose puras

Desde la ventana de mi cuarto se veía el pueblo donde vivía mi abuelo, al otro lado del río. En las horas de la mañana que daba el sol, de frente, parecía una de esas aldeas que se simulan en los "nacimientos" cerca del portal de Belén.

Para mí aquella aldea era una especie de paraíso, del cual no había que abusar por sus mismas exce-

lencias. Mi abuelo era un viejo grande, huesudo, de manos rugosas. Reía poco o nunca. Tenía alguna hacienda y en la aldea se le consideraba rico, pero vestía el calzón corto con medias de estambre azul de los campesinos y nunca había querido vestirse como en las ciudades. Por aquel simple detalle, mi padre lo consideraba en alguna forma inferior y merecedor de alguna clase de desdén... (17)

En el reparto de responsabilidades de la guerra no solamente cuentan los dos bandos, sino que también, para Sender, tienen más o menos culpa determinadas partes de la sociedad. Así, el abuelo, la vieja criada y el pastor intemporal del castillo de Sancho Garcés, si bien forman parte de ese pueblo con costumbres ancestrales bárbaras, conserva todavía la sencillez y la autenticidad que despierta la admiración y el respeto -unido a un cierto sentimiento mezcla de curiosidad y miedo ante quienes, para él, encarnan lo misterioso, lo profundo de la memoria de España-, mientras que la clase media de la ciudad, representada sobre todo por el odioso notario, inspira en Pepe Garcés los comentarios menos nobles, y Sender les responsabiliza de una buena parte de la culpa en la guerra civil, como hacía León Felipe, a estos "odiosos mercaderes".

El padre del niño aparece como conservador e intolerante. No sin cierta malicia cuenta Pepe/Sender cómo es al muchacho a la única persona de la familia a la que se atreve a acercarse el gato de color rojizo que vive en la casa. El niño le acaricia y le prefiere sobre todos los demás gatos. Su familia, dice el narrador, sigue el dicho tan popular en España: "ni perro ni gato de "aquel" color".

Es el padre un tipo específico de español, el "señorito", el heredero inútil, pero caballero de modales y conducta intachables, y de noble corazón. Pertenece a los hombres educados con

valores de otros tiempos; pero practicados por ellos de forma maquina: católicos por costumbre y tradición, admiradores y respetuosos del clero, de misa obligatoria. Alejados del trabajo, del esfuerzo del estudio, del ejercicio de la lectura, del hábito de pensar; últimos eslabones de una clase que muere para dar paso a otra, ven perderse, con impasibilidad, lo mismo los tesoros culturales heredados: libros, cuadros, muebles... que las tierras y las casas. Todo pasará a la nueva clase social ascendente, representada por el notario D. Arturo, en la que Pepe odia la autostatisfacción viscosa de quienes consideran el económico como único valor, y donde la falta de escrúpulos e higiene se manifiesta tanto en lo físico como en lo ético

En mi casa, la gente comía de una manera más bien ascética. Me refiero a los modales. Nunca se podía advertir en mi padre y menos en mi madre, la gula, el placer vicioso de comer. (...).

D. Arturo comía disimulando eructos, siempre los bigotes mojados de sopa o de vino, suspirando después de beber y hablando con la boca llena... (18)

Será también D. Arturo el que se quede con la casa solariega de la familia Garcés, cuando vence la hipoteca, por una cantidad vergonzosa, y pretextando que lo hacía solamente por la estrecha amistad que les había unido.

4. La España eterna: héroes, santos y poetas.

La Edad Media española tiene una gran importancia para Ramón J. Sender y también la tiene en el desarrollo final de Crónica del alba. El escritor comenta sobre su nacimiento "Dicen que nací en 1902. Yo no lo creo. Mi impresión es que he vivido siempre y recuerdo con más claridad, por ejemplo, escenas de la España medieval que episodios de mi infancia y juventud" (19). En las decisivas páginas de la novela, estas escenas aparecen como una mezcla de sueño y vigilia, de misticismo y realismo; de tiempo pre-

sente perdido en la intemporalidad.

A unos kilómetros del pueblo había un castillo, mandado edificar por Sancho Garcés Abarca, quien fuera rey de Navarra, "que entonces abarcaba la mitad del Aragón actual", en tiempos de Alfonso X el Sabio. En él solían pasar las vacaciones estivales Pepe y su familia ("a mi padre le gustaba decir que nosotros descendíamos de él").

Esta última parte del libro reúne, sin duda, las claves de la intención de Sender al escribir Crónica del alba: España es lo que ha sido. En el castillo Pepe Garcés no sólo va a encontrar sus señas de identidad personales, sino también referencias precisas a la historia de España, sobre todo a la leyenda, paralela a los relatos oficiales, que va elaborando el propio pueblo. Así, aparece, por ejemplo, sobre la piedra de una fuente también antiquísima una inscripción en latín, con caracteres románicos, que dice "Sancta María". "Esto -me dijo el guarda- lo hicieron los antiguos para preservar la fuente de los aires corrompidos que llegaban a veces por la parte de Francia". (20).

El "cordón sanitario" que la España oscurantista quería que representaran los Pirineos (con Felipe II para evitar la Reforma, con Fernando VII para impedir las ideas revolucionarias, con Franco para conjurar las malas influencias democráticas), aunque es un término acuñado en el siglo XIX, tiene una base muy sólida en la memoria del pueblo español que se remonta, seguramente, a los cantares de gesta y en particular al de Roncesvalles. "Añadía (el guarda) que algunas noches llegaban los demonios en legiones de cientos y gruñían pasando por encima de los tejados, y que el viento a veces "describía alguno" contra la esquina de su casa" (21)

El castillo medieval, con su parte en ruinas, pervive y sigue influyendo de una forma decisiva en el entorno. De la misma manera, la Edad Media, fundamental en la formación de España, sigue estando presente en la España de 1936 y lo estará en la posterior como también estuvo en la anterior. El paisaje que rodea a la antigua construcción continúa alimentando las leyendas (las mismas que cuenta la criada vieja) de aquellos siglos, como un eco que vive entre aquellas piedras. Y también las pocas criaturas que hay en sus alrededores, reales o espectros, están presas en esos tiempos medievales, como una memoria viva.

Allí abajo había un pastor muy viejo, cubierto de pieles y calzado con las mismas abarcas que sin duda usaron los de Sancho Garcés. Por lo visto el pastor conocía a mi padre o lo había tropezado en sus andanzas de cazador. O quizá el pastor lo sabía todo. (22).

El pastor (en ningún momento se dice que tenga un nombre) cuenta al muchacho las batallas de Sancho Garcés y sus ciento veinte hijos bastardos, de cuya procedencia -dice- son hoy los apellidos "del Catillo", "de la Peña", etc. Y también la del único hijo legítimo que lleva el apellido Garcés. La conversación del pastor, "siempre con el cuerpo al sol y la cabeza a la sombra", pasa de una anécdota de Sancho Garcés a otra del padre de Pepe como si ambas estuvieran en el mismo plano del tiempo, sin seiscientos años que las separen.

Este personaje, a la vez real y mágico, habla de las lamias ("las mujeres más hermosas que he conocido"), seres que habitan esos bosques con cuerpo y cabeza de mujer y piernas que acaban en pezuñas o con membranas de ave, y a quienes gusta seducir a los hombres. En este entorno "bárbaro y romántico" las lamias son tan reales como el pastor, y también como el propio Pepe Garcés; si

ellas no existen tampoco el muchacho o el pastor.

La curiosidad del niño le lleva a explorar el castillo y así encuentra accidentalmente unos pasadizos subterráneos a cuya entrada hay un pergamino y unas monedas antiguas. El escrito, en latín, dice que se trata de un prefacio a las ordenanzas del castillo, hecho para ser leído todos los viernes a los caballeros que rodean a Sancho Garcés. En él aparecen los hombres divididos en tres clases: héroes, santos y poetas.

Los tres hombres, pues, más necesarios al fundamento de la grandeza son los santos, los héroes y los poetas. Muy rica puede ser una tierra sin estas virtudes, pero no alcanzará grandeza. Y Dios nuestro señor no ha sido parco en otorgarnos esas tres clases de hombres a nosotros.(23)

Hay una cierta ironía en el contenido del pergamino, naturalmente inventado por Sender, que está en la misma línea que la utilizada en el tratamiento de las batallas entre muchachos. Y hay también, a través del lenguaje del viejo papel, una comparación de la España cruel e intolerante de la Reconquista y la España de Franco, que surge de esas catacumbas, frente a la moderna y democrática que propugnaba la República y Ramón J. Sender. Una frase central del pergamino, atribuida por San Pablo a Jesucristo ("pero no escucho otro juicio de mis actos ni acepto otra gloria que la que de Dios me viene") (24), hace inevitable la similitud del lema franquista de dar solamente cuenta a Dios y a la Historia, o la leyenda que rodeaba la efigie del general en las monedas: "Francisco Franco caudillo de España por la gracia de Dios".

Pepe se decide a recorrer solo el subterráneo que une los dos castillos y antes, por consejo del pastor, toma un vaso de

vino del que guarda el mágico personaje en una de las tumbas del comienzo del pasadizo, para conjurar a las lamias. Y empieza el rito. Este paseo es literalmente un descenso a lo más profundo del pasado de España. Parece una narración onírica o el resultado de haber ingerido una droga (el vino) para que Sender pueda alucinar sin desviarse de la forma realista que quiere dar a su novela. A lo largo del pasillo (subconsciente en clave psicoanalítica) el muchacho se va encontrando con espectros que aparecen y desaparecen, y que se descubren jirones de lo que queda de aquellos santos, héroes y poetas. Un recorrido pesadillesco a las entrañas de España.

Esta tierra afortunada por poseer abundantemente las tres categorías de hombres que hacen grande a una nación, también produce traidores y asesinos. Es una tierra en donde los padres matan a los hijos y éstos a sus hermanos en un cainismo cuya raíz se pierde en lo más hondo y oscuro de los tiempos. "También yo soy bastardo. Sancho Garcés era un criminal, y me envió aquí abajo y desde entonces no he podido salir" (25). Ese "también" incluye a Pepe Garcés, a Sender y a todos los españoles como hijos del fuerte, noble, héroe, pero además cruel, sanguinario, fratricida. Es una tierra en donde los santos pelean entre ellos por la riqueza y el poder. "¿Dónde están los santos? -dice un espectro- Crucifijos de oro, casullas de oro, mitras de oro". Mientras que otro fraile-espectro pregunta asustado si están por ahí los templarios; ellos se ganaron el favor de Sancho Garcés y le encerraron a él en ese infierno.

También a los poetas les tapaban la boca cuando ya no les servían.

¿Eres poeta?. Sí. Los santos los hice yo. La Vir-

gen de Sancho Garcés la hice yo. Y dieron en decir que la había traído un ángel. (...) y entonces la virgen comenzó a hacer milagros, y la gente decía: nos ha dado la victoria. Todos decían que vino por los aires en brazos de un ángel y yo también lo creía, pero creyéndolo y todo me enviaron un día aquí abajo y sentí un golpe en la espalda (...). (26).

Hay mucha sangre inocente en las entrañas de la tierra española que clama venganza. Estos espectros desaparecen cuando Pepe les menciona la posibilidad de que estén muertos. Oye cadenas y ve huesos calcinados. Las tumbas se multiplican a ambos lados y junto a las paredes. Los suspiros son angustiosos. El niño se desvanece y cuando despierta está rodeado por su padre, el notario y Valentina. Cuando Pepe hace de nuevo el recorrido para mostrárselo a la niña, los fantasmas han desaparecido. Sin embargo el presente le va a mostrar algo no menos espantoso. A la salida del subterráneo el viejo pastor está dando vueltas con su cayado a un caldero de agua hirviendo donde flota el cadáver de una anciana, al que quiere dejar limpio para vendérselo al médico del pueblo que necesita un esqueleto completo y perfecto.

En resumen, una sociedad que emplea la crueldad primitiva con los animales, que se nutre desde la cuna con historias sangrientas, que alimenta un odio visceral que mueve al enfrentamiento irracional entre vecinos solamente por el hecho de serlo, es un pueblo capaz de producir una guerra como la civil de 1936. Y España es violenta porque su pasado está amasado con crueldad, con cainismo producto de un pecado tan antiguo como la propia España, la envidia. El subterráneo del castillo de Sancho Garcés es una fosa de podredumbre que ocupa todo el subsuelo español y que aflora a la superficie, al consciente, para provocar una y otra vez, sin esperanza de final, el enfrentamiento entre hermanos.

NOTAS AL CAP. IV

1. Twentieth Century Authors, p. 1262
2. Ibid, p. 1263
3. Jorge Luis Borges, Obras completas, t.
4. R. J. Sender, Crónica del alba, p 143
5. Ibid, p. 32
6. Ibid, p. 56
7. Ibid, p. 63
8. Ibid, p. 69
9. Ibid, p. 70
10. Ibid, p. 76
11. Ibid, p. 32
12. Ibid, p. 84
13. Ibid, p. 85
14. Ibid, p. 86
15. Gregorio Marañón, Espanoles fuera de España, p. 11
16. R.J. Sender, op. cit. p. 144
17. Ibid, p. 72
18. Ibid, p. 64
19. Twentieth Century Authors, p. 1262
20. R.J. Sender, op. cit. p.100
21. Ibid, p. 100
22. Ibid, p. 102
23. Ibid, p. 115
24. Ibid, p. 116
25. Ibid, p. 125
26. Ibid, p. 125

CAPITULO V: MAX AUB

1. Introducción

Max Aub nació en París el 2 de junio de 1903. Hijo de madre francesa y padre alemán, se sintió ante todo español. Debido a que la familia se trasladó a España, estudió el bachillerato en el Instituto de Valencia entre 1915 y 1920. Fue director del teatro universitario de aquella ciudad, director del periódico socialista "La verdad", agregado cultural de la Embajada de España en París de 1936 a 1938 y secretario del Consejo de Teatro hasta 1939, fecha en que abandonó la península. Fue detenido y confinado durante tres años en cárceles y campos de concentración, hasta que en 1942 logra refugiarse en México.

Casi toda su obra está escrita en México, donde fue además profesor en el Instituto Cinematográfico, en la Universidad Nacional Autónoma de México, vocal ejecutivo de la televisión universitaria, fundador de la serie de discos "Voz viva de México", de la UNAM y a partir de 1961 director de Radio UNAM.

Los tres libros elegidos para este análisis corresponden a tres épocas diferentes en la vida de Max Aub. Campo de sangre narra, de forma novelada, los acontecimientos de la guerra civil; Sala de espera es la recopilación de una serie de textos que fueron apareciendo en un periódico mexicano durante treinta meses y desde 1949. La gallina ciega (1971) es el resultado de las impresiones del viaje del escritor a España, el primero desde que se exiliara en México en 1942. Está escrito en forma de diario.

Campo de sangre, tercer volumen de "El laberinto mágico", serie de novelas autobiográficas que recogen las vivencias de Max

Aub, y sus reflexiones sobre la contienda civil, la comenzó en París en 1940 y la terminó en Marsella en 1942. Por su cercanía al suceso, tiene más de crónica y documento, de análisis urgente, que de interpretación meditada y fría. En el momento de escribirla, el autor se encuentra no sólo bajo los efectos de una guerra que ha vivido y ha perdido, sino también con la amargura de estar confinado en un campo de concentración y con el exilio como único futuro. En la novela se mezcla la ficción y la realidad

A las tres y media todos toman el tranvía o van a dar una vuelta por las librerías. D. Enrique Díez-Canedo con las manos esposadas a la espalda, Corpus Barga con su elegante sombrero bien calado, Maroto con su bastón, Gil Albert con su chilaba, Dieste con su mujer, Margarita Garfias con Ramón Iglesia y Marina y su cuñada; Max Aub, que cuenta cosas de la película que prepara con Malraux (IX); Bergamín, cuando viene de París, con su pecho hundido, estiran su sweater gris hacia abajo, Emilio Prados, Gaya, Manolo Altolaquirre. En otra mesa está Esplá con sus secretarios y los Solsona con los que quieren alquilar pisos a buen precio. Los que van y vienen del frente, Herrera, Paredes, Canedo hijo. Ningún catalán. Guasp, tan majo; alguna vez María Zambrano, alguna vez Massip. León Felipe. (1)

en un deseo de juntar en un mismo retrato a quienes formaron parte de ese tiempo que para Max Aub será siempre motivo de añoranza. El escritor juega con el tiempo como si éste se hubiera detenido, o se hubiera proyectado hacia un futuro cierto y profético: un café en México cuyos contertulios forman el mismo daquerrotipo.

'Sala de espera' es la metáfora de lo que representa el exilio; una antesala de algo, un tránsito hacia..., ya que Max Aub, como tantos otros españoles refugiados, no puede ver sino como provisional su alejamiento de España. Y mientras tanto escribe porque "andando también se espera, procurando otear salidas so-

bre la marcha (...) intento darle tiempo al tiempo, en este horrible plantón que la historia ha deparado a los españoles" (2).

Aunque es 1949 y para muchos de los exiliados la esperanza de una intervención aliada contra Franco se ha ido desvaneciendo con los acontecimientos, Max Aub todavía piensa en una "reconquista de España", a la que ve "tan perdida hoy en brazos de la crueldad, la desfachatez, lo necio cerrado, la mentira y la cursilería". (3).

Entre Campo de sangre y Sala de espera se hace perceptible un cambio en el escritor frente al tema de la guerra. Mientras en el primer libro hay un sentimiento de orgullosa seguridad ante lo que se hace, así como esperanza en el futuro y confianza sin mácula en los españoles que luchan por la libertad y también en el gobierno republicano y en la ayuda internacional, en Sala de espera el rencor hacia el bando fascista es total (antes había exculpado a los soldados rasos, a quienes juzgaba engañados por los mandos); desengaño hacia los dirigentes republicanos, a los que responsabiliza abiertamente de tener una buena parte de culpa en la pérdida de la guerra y en su situación de exiliado. Hay desconfianza y reproche a los partidos de izquierda por haber contribuido con sus querellas y egoísmos al desastroso final. Y, en fin, hay una dolorosa impotencia y frustración en Max Aub por su destierro. Sin embargo, nada más odiado que la España franquista

La distancia entre justicia y violencia son, hoy, cada día menores. La gente se acostumbra a considerar la razón como servidora de la fuerza. Nunca ha tenido la hipocresía campo tan despejado. Por todos los lados vencen el chisme y la policía(4)

La gallina ciega (1971) está marcado por las contradicciones. Es un constante decir para desdecirse. Las razones pueden

ser varias: que es un diario sacado de lo que el escritor va observando cada jornada de su estancia en España, y por lo tanto está más expuesto a los cambios de humor, a los sentimientos (todos menos la indiferencia) que se producen en él al entrar en contacto con una realidad tanto tiempo soñada. La subjetividad domina en todo momento al Max Aub que salió de España con 33 años y regresa con 66; al hombre comprometido con el programa de la República cuyo enemigo principal sigue gobernando España; al escritor que ha tenido siempre la mente puesta en un lector: los jóvenes españoles, cuya respuesta, positiva o negativa va a encontrar en su recorrido por el país.

Siente lástima ante una España disminuida, mediocre, vacía de valores que no sean los materiales, enferma de ignorancia y suficiencia, y creyéndose en el mejor de los mundos posibles como un Cándido colectivo bajo la batuta de su Dr. Panglós. Siente una intensa afinidad con el paisaje, con los crepúsculos, el color del cielo o la vegetación que continúan igual que los dejara, lo que le lleva a confesar su ininterrumpido amor a España y su indudable pertenencia a ella. Siente rencor y desprecio ante quienes han ascendido al amparo del régimen franquista; y, en fin, siente una tremenda amargura al descubrir que ya no hay un lugar para él ni para los otros exiliados, ni para las ideas que defendieron.

Ni estamos en el mapa mi generación (...). Acepto lo que veo, lo que toco, pero ¿es justo?, ¿está bien para el mejor futuro de España?, ¿cómo van a crecer estos niños?. Todavía más ignorantes de la verdad que sus padres. Porque éstos no quisieron saber, sabiendo; en cambio aquéllos no sabrán nunca nada (...). (5)

2. La España cainita

En Campo de sangre los personajes parten de esa conciencia de una España dividida en dos bandos, pero casi todos ellos toman los "defectos" de los españoles como rasgos que los distinguen del resto de los mortales, y que acaban siendo "virtudes". "Los españoles somos grandes cuando somos cien; más nos entrematamos" (6). Max Aub también entiende el cainismo como un destino fatal, en la misma forma que lo ve Cernuda

Pero una estatua ciega dio al pueblo la leyenda
de algún poder maligno (...) (7)

Las alusiones a lo español o a los españoles son frecuentes en el libro, además de ser directas. Algunas sentencias están avalladas o reforzadas con citas de escritores como Lope de Vega, Quevedo, Larra, Antonio Machado. También por extranjeros como Stendhal. Los españoles son "excesivos", les pierde la intemperancia y su no saber esperar. "Nuestra medida es la conquista de América: la tripulación de una carabela representa el número de españoles necesarios para realizar hazañas". (8)

Esta falta de templanza sería a la vez la razón de la grandeza de España y la de su derrumbamiento. El sueño de los grandes proyectos y el despertar de las guerras civiles; el cainismo como única forma de convivencia maldita de los españoles. Los personajes de Campo de sangre piensan que, si ganaran esta guerra, no por ello desaparecería del horizonte la amenaza de otras guerras entre nacionales: "Y cuando se pase el tiempo, y acabe esta guerra ¿para qué crees tú que habrán muerto estos tres?". "Para que se sigan rajando las tripas sus sucesores", contesta el segundo. (9)

Es la España cainita que tal vez tenga sus orígenes en las guerras de reconquista; unas guerras que, en la misma línea de

Américo Castro, Max Aub considera civiles por ser entre españoles musulmanes, españoles judíos y españoles cristianos. En boca de D. Leandro, un curioso personaje central de la novela, el autor pone estas palabras: "La Reconquista fue una guerra civil". "Desde que España es España, los españoles son guerrilleros" (10). Enfrentamiento a muerte que el autor de El pensamiento de Cervantes sitúa también en el nacimiento de España: "La convivencia pacífica de las tres castas, trenzada en el latente o manifiesto afán de destruirla, nos sitúa frente al problema-clave de la historia auténticamente española" (11).

A la maldición cainita, cuyo origen está en la envidia y la intolerancia, le acompaña la crueldad

¿Con Franco?. No cedemos ante las componendas. El perdón después de la victoria... (dice Julián Templado a Hope, periodista inglés).
Pues si vosotros sois los vencidos, me parece que podéis esperar sentados. O colgados. (dice Hope)
(12)

En la novela de la guerra Max Aub defiende al pueblo llano de esta maldición. Para él, el pueblo español es sano; son los cuadillos, los cabecillas los que le incitan o le implican en las luchas contra los hermanos. Es una postura romántica que tendrán otros exiliados de después de la guerra civil, como es el caso de María Zambrano.

Ese mal nuestro que parece incurable y venido no se sabe de dónde. de tanta camarilla, de tanto morderse y entremetarse un cabecilla contra otro, que desangra la tierra sin que los campesinos, sin que los obreros sepan el por qué. Tanto vivir despedazados. (...) Lo grande de España, lo primordial: el pueblo. (13)

El pueblo español es valeroso, individualista y personalista, si-
gue a los jefes políticos no a los partidos: "Entre nosotros se es

de Largo, de Prieto. No hay socialistas. Ellos son caudillistas. Así está hecha España" (14)

La crueldad estaría impuesta por el sentido de la realidad, por la visión de lo inmediato que el español tiene. Y como otros defectos, para Max Aub éste también sería sólo una cara de la moneda

Nuestro sentido de la realidad nos impone el presente como único futuro: razón de tantos alzamientos, de tantas revueltas, de tantos pronunciamientos. No sabemos perder. No sabemos esperar. Esto nos cuesta tanta muerte, aunque a veces nos gane mundos. (15)

Todo el libro es una guerra civil. Franquistas contra republicanos, pero también comunistas contra socialistas y anarquistas contra todos; padres contra hijos, como en el caso de Miguel y Julio Jiménez, o en el de Cuartero y su hija Pilar; mujeres contra maridos: Matilde está a punto de matar a golpes a Julio; hay odio y envidia entre las compañeras, Teresa y Josefina, las actrices; Lola traiciona a Julián Templado cuando éste se había arriesgado a sacarla de España.

D. Leandro, personaje que ocupa dos capítulos centrales de Campo de sangre, es de profesión archivero y representa en el libro la memoria histórica de España. Es proárabe y le ciega lo que él cree que es el hado de los españoles desde el momento que se mezcló la sangre árabe con las que ya corrían por la Península. En este párrafo ilustrativo sitúa el autor las claves para explicar los enfrentamientos españoles:

El más hermoso país: cristianos contra moros, cristianos contra cristianos, moros contra moros, familia contra familia, pueblo contra pueblo, los aldeanos contra la ciudad y nosotros los ciudadanos quemamos Gea de Albarracín porque habían detenido a unos turolenses. Siglos, señor, siglos. ¡Y quieren traer sangre y que no rebrote en las peñas!. Los unos contra los unos, que en España no

hay "otros" (...). Un pueblo arrasa a otro y el arrasado te arrasa a los dos años y si queda alguien lo vende como esclavo. (...). ¡Tanta sangre africana!. La ibera, la celta, la romana, la judía, la francesa. Tantas sangres que no nos dejan vivir. Sangre junta y dispar (...). (16)

Max Aub/D. Leandro echa mano de Larra para ilustrar con frases del romántico hechos de hoy. La misma España en el XIX y en el XX, en el XV o en el XVIII. "Asesinatos pcrasesinatos -Larra dixit-,estoy por los del pueblo". Y recuerda, con Larra, que los enemigos eran los mismos, y que la intolerancia y el rencor están en el origen de todo

¿No veían en cada fraile un enemigo, en cada fascista preso un reo de estado tolerado?. ¿No procedía del poder de esos mismos enemigos, dominantes siglos enteros en España, la acumulación de un largo rencor jamás desahogado?. (hasta aquí la cita de Larra). No lo digo yo, lo dice Figaro, para que vea Vd. hasta qué punto somos hijos de nuestros padres. No cambia la sangre de ayer a hoy, ni de mil años a esta parte. (17)

Y lo irremediable del cainismo también se lo plantean los republicanos de la novela. Julián Templado, izquierdista liberal, le contesta a su amigo Fajardo, capitán, ex-intelectual, "¿Estás seguro que tu victoria total no sea también un paño caliente?", cuando éste le dice que solamente con la victoria total se conseguirá la felicidad para el pueblo y la grandeza para España, y que las otras victorias serían "paños calientes". (18).

2.1. En 1969 siguen existiendo los dos bandos

Si Campo de sangre es el libro de la guerra, La gallina ciega podía haber sido el de la reconciliación. Tal vez lo sea en alguna forma. No de una reconciliación con la España franquista -nada más alejado del sentir de Max Aub- pero sí con lo que vislumbra de la otra España, la del campo y los paisajes, la que con-

serva en sus viejas piedras la espiritualidad que le dieron los siglos y las gestas. Con la que, por otra parte, no había roto el autor de Sala de espera en ningún momento. Y sobre todo una reconciliación con los españoles sin importar a qué lado de la trinchera estuvieran, en la misma línea de comprensión que pone en boca de Julián Templado en sus libros de la guerra, y los considera solamente confundidos por las consignas de las fascistas. Su sentido de la ecuanimidad, y su distancia en el tiempo, le lleva a repartir (en el viaje de 1969) los errores entre los dos frentes.

De vuestro lado, los anarquistas hicieron cosas que sólo surrealistas como Peret podían aplaudir (...). ¡Qué atajo de asesinos, hijos de puta, estafadores, ladrones y personas honradas! (le dice un antiguo amigo que se quedó en España). A lo que Max Aub contesta: "¿Con quién crees que estás hablando?. Déjalo. Ya lo sé". (19).

Sin embargo, una cosa es que comprenda y denuncie las aberraciones que se hicieron en el lado republicano, y otra que lleve a la España franquista con la idea de hacer tabla rasa del pasado, sobre todo teniendo en cuenta que las circunstancias son parecidas y que el exilio continúa para muchos. Así, el recuerdo es más poderoso que la razón: "Demasiada sangre, demasiados muertos, demasiada cárcel... Demasiados años. No se restablece la cordialidad perdida" (20).

Precisamente el primer choque de Max Aub con la sociedad española es porque ésta ha tratado de olvidar la guerra civil y sus consecuencias, mientras que él parece que haya vivido por el recuerdo y para el recuerdo de lo que fuera el hecho más trascendental de su vida. En su deseo inconsciente de hallar el otro cabo del hilo que se rompió en 1939, exige a los demás que recuerden: "unos recuerdan menos de lo que uno quisiera, y los que más

saben prefieren callar. Suyos el olvido y el reino de la mentira" (21). La respuesta a eso se la da un escritor joven y "comprometido"

...aquel fantasma (la guerra civil) fue una losa que aplastó muchas posibilidades de movimiento y de evolución durante años, y aunque sólo fuese por razones biológicas ese fantasma tiene que ser enterrado algún día, y eso es lo que se nota en los jóvenes que sólo conocen aquéllo por los libros... (22)

Con todo, parece que lo que Max Aub no consiguió olvidar en los treinta años de exilio está a punto de lograrlo en esos tres meses o cuatro de estancia en España, pues si bien en la página 13 del libro lamenta el olvido por parte de los españoles, en la 370 dice: "Borraron la guerra ¿o me la eché fuera en unos cuantos libros? (...). Me voy dando cuenta de que he olvidado a los muertos de la guerra. Algo menos a los del exilio. Quedo sorprendido" (23). Este contradecirse es parte de la esencia del diario que es La gallina ciega, como lo es también el tono de desmesura o hipérbolo que utiliza: o ama u odia.

2.2. El exilio, consecuencia del cainismo

En la serie de escritos que forman la composición de Sala de espera se manifiesta todo el dolor y la impotencia que le produce el exilio más que en ningún otro. Esa situación le mueve a buscar una y otra vez su origen, el cainismo, en la teoría de Larra de las dos Españas; dualidad que nace del extremismo de los españoles, como veía en Campo de sangre, y que ratifica en los estudios que sobre este tema tiene Menéndez Pidal: "La verdad de este trágico dualismo es tanta que la hemos de considerar extendida más allá de los últimos siglos, a lo largo de toda la Historia, que no es, dentro de las características perdurables que aquí tratamos, sino un necesario efecto de la ingénita extremosidad".(24)

La España republicana o la España franquista, la que está a favor de las libertades o la que las niega sistemáticamente. El "aquí yace media España, murió de la otra media" de Larra; la de los versos dramáticos de Antonio Machado:

Españolito que vienes
al mundo , te guarde Dios.
Una de las dos Españas
ha de helarte el corazón.

En "Poesía desterrada y poesía soterrada", Max Aub separa a los dos bandos según sus ideas y el compromiso con la vida: los desterrados y los que viven un exilio interior, frente a los reaccionarios, "¿Quiénes quedan en el solar vendido?", se pregunta el autor frente al hecho de que los mejores poetas no están con los vencedores; tampoco los intelectuales, ni los mejores profesionales, lo que le lleva a pensar que "es una lección imperecedera que acabará hundiendo a la estupidez reaccionaria entronizada hoy en España" (25).

Max Aub siente la hermandad con los escritores que se han quedado en España pero que están "autoexiliados". Es el mismo bando. Persiguen idéntico destino: "el acento desgarrador del desterrado viva dentro o fuera, es el mismo siempre" (26). Lo que le lleva a considerar a Ganarás la luz, de León Felipe, aparecido en esos días, como el alimento espiritual para los antifranquistas de ambos lados del océano: "Nadie como él (León Felipe) ha dicho verdad tan grande de España, de esta España muda". (27).

Pero en La gallina ciega hay un sentimiento contradictorio sobre estos integrantes del exilio interior. Aunque sigue viendo formados los dos bandos, por lo que el cainismo continúa, el autor de El laberinto mágico, si bien fraterniza con los represaliados y siente que suman el mismo grupo frente a los franquis-

tas vencedores, los encuentra disminuidos e inocuos, y siente lástima y desencanto: "Tibios, tristes; sobrevivientes callados, intentando no manifestarse, escribiendo versos que no le hacen daño a nadie, con temor a la denuncia" (28). Tan diferentes a lo que Max Aub proponía en Sala de espera: "hombro con hombro, solidariamente, con el trabajo de todos por la reconquista de España".(29)

Pero se da cuenta de que en esos dos bandos: los que hablan y los que tienen que callar, estos últimos han padecido un exilio tal vez peor que los que salieron, como le cuenta uno de ellos: "Me han tenido 25 años desterrado. Desterrado aquí, en España, en un pueblo; mal mirado, mal comido, mal servido. Un cuarto de siglo viviendo del sueldo miserable de mi mujer." (30). No ocupar lugar, no despertar sospechas, es el único deseo, dice Max Aub, que les han dejado a quienes se quedaron o, como Juan Gil Albert, tuvieron la desgracia de regresar, para meterse en ese cainismo que practica la muerte psicológica de sus enemigos ya que no puede hacerlo de forma física: "Juan Gil Albert regresó de México. Aislado en Valencia, totalmente aparte, apestado, muerto" (31).

La gallina ciega abunda en descripciones de la situación de quienes se quedaron, con los que el franquismo practica una especie de enterramiento en vida que les lleva a la decadencia física y moral. De un excompañero dice:

Aquel hombre alto sigue siéndolo pero se le cayó todo: cabeza, pelo, mandíbulas, dientes, panza chaqueta, pantalones. La barba crecida. Y éste fue el que más sabía... "Me equivoqué -me dijo-. No debí quedarme aquí". Nunca vi un hombre tan reducido a nada: aplanado. (32)

Hay un deseo en el escritor de mostrar al mundo, a través de su libro, a los franquistas como sucesivos verdugos de los otros espa-

ñoles, y que aunque ya nadie quiera hablar de la guerra civil, los vencedores siguen representando su papel de tales frente a los vencidos. A la vez que se dice a sí mismo que tal vez el exilio no fuera la peor solución: "Dentro de un mes, si me quedara, andaría por ahí como Antonio Espina y Fernando González, fantasma de mí mismo, vuelto sombra de lo que fui, sin que nadie se acordara del santo de mi nombre". (33).

Pero si los escritos de quienes se quedaron en España son tibios e inofensivos, la decencia y la dignidad (virtudes que Max Aub parece apreciar especialmente) pertenecen a la España republicana y se manifiestan en aquéllos: "porque nunca perdimos ni perderemos esa España del todo mientras viva Vicente Aleixandre, en Velintonia, 3". (34). Hay dignidad y decencia en la decadencia física y moral de los que se mantuvieron fieles a la causa republicana frente a los vencedores

De un lado estamos nosotros -ignorantes, ignorados de los demás pero no por ellos (por los del exilio interior)- y por otro sus congéneres del régimen, victoriosos, sin el menor escrúpulo, haciéndose ricos a base de "negocios" que ellos reprobaban todavía con cierto sentido moral que les legamos. ¿Les dimos algo más?. (35)

También han conservado la decencia y la dignidad los que, aunque equivocados, creyeron luchar por algo. Se refiere Max Aub a las generaciones más jóvenes, los que tenían 10 ó 12 años cuando la guerra; los que se quedaron en España y escribieron poesía social aferrados a la causa comunista: Celaya, Blas Otero, etc., para darse cuenta más tarde que no merecía la pena: "Estáis tristes, lo mismo tú que Otero que Celaya, porque lo vuestro parece que no ha servido para maldita la cosa". (36).

Y llega Max Aub a olvidarse del desencanto para sentir comprensión y solidaridad por los compañeros que se quedaron en la

España franquista, y por los jóvenes de izquierda

La terrible soledad del intelectual liberal español que se quedó aquí en el 39 o regresó años más tarde a querer trabajar, si rico y desengañado: en su piso o finca, callado, inmóvil, ignorante. (...) Se queda en casa viviendo lo que fue, viéndose como en aquel tiempo, imposibilitado para el futuro como lo está para el presente. (37)

Párrafo que podría aplicarse también a algunos exiliados en el exterior. Max Aub ha repetido muchas veces que el desterrado difícilmente podrá desarrollar todas sus posibilidades porque en el país que vaya, aunque bien acogido, siempre será extranjero: "sin poder estrenar en mi tierra ni en la otra, que por derecho también es mía" (38). (Se refiere Max Aub a su naturalización como mexicano).

Si en Sala de espera el exilio se manifestaba de forma totalmente negativa, en La gallina ciega va a plantearse no sólo la duda sino en algunos casos la certeza de su positividad. Entre otras cosas, cree Max Aub que el destierro le ha hecho escritor

Seguramente si no hubiese surgido la guerra se hubiesen casado aquí mis hijas, yo hubiera apegado con el negocio de mi padre. Tal vez no hubiere escrito gran cosa después del Yo vivo... Hace años hice patente al caudillo mi agradecimiento por tanto folio. Aquí, ya no. (39)

Y piensa que es el exilio un buen caldo de cultivo para hacer literatura: "El exilio -voluntario- es magnífico. En el forzoso la furia te incita y pincha" (40).

2.2.1. El exilio como olvido del hombre y del escritor

En La gallina ciega, junto a momentos de alegría por el reencuentro, se producen otros de máxima tristeza, en los que Max

Aub se refugia en una tercera patria, su España del exilio. La que pudo ser de haber triunfado la República y que permanecerá, de alguna manera, mientras existan exiliados del 39. Por eso va sintiendo el autor las muertes que se producen como propias: "Pepe (Gaos) acaba de morir en México (...). Pero no quiero hablar aquí de Pepe, muerto; Carlos, muerto; ambos en México. No quiero; siento que se me hubiera podrido un miembro" (41).

Si al menos, tras la muerte de estos hombres, quedaran sus libros como testimonio y fueran leídos por esos españoles que no vivieron la guerra... Max Aub recorre España buscando una respuesta de estos posibles lectores. Esta no puede ser más deprimente: "¿Cómo es posible que nadie, NADIE me haya dicho una sola palabra acerca de mis novelas que tienen a esos jóvenes -no de hoy- como actores?. Remacho con amargura" (42). El desencanto es mayor en Valencia, su tierra y la de la mayoría de sus personajes, al descubrir que no hay lectores para sus libros

Nadie ha tenido noticias de mis novelas que suceden ahí fuera, en la calle Ruzafa, publicadas hace 20 ó 30 años. No me molesta literariamente, me hiere, me duele que ahí, a cincuenta metros, en la lechería de Lauria, Vicente esperaba a Asunción, que en la casa de Balanzá, Chuliá cuenta sus hazañas, y que nadie lo sepa... (43)

Pero no pierde la esperanza de que su libro sea leído por alguien, y como Lot buscando justos en Sodoma y Gomorra, piensa que todavía puede salvarse si llega a unos cuantos: "Ya sé que oficialmente no ha de llegar este libro (se refiere a La gallina ciega) a artículo de consumo, pero algún ejemplar se perderá por Sevilla o Bilbao, Valencia o Santander. Por esa decena de volúmenes escojo seguir mi camino, acompañado por las sombras de algunos amigos" (44). Y en este párrafo queda manifiesta una de las intenciones más claras de Max Aub al escribir: dejar testimonio de la guerra

y sus consecuencias tanto para él como para sus compañeros de exilio, para contrarrestar la propaganda franquista en su contra, y para que el tiempo juzgue de qué parte está la razón.

Teme el olvido en el que pueden caer los escritores exiliados, y para avalar su prejuicio echa mano de la historia: "Sabem (los jóvenes) de Federico, pero ¿qué de Juan Larrea?, ¿de Pedro Garfias?. Nada. Ahí tienes a Marchena o a Blanco White borrados del mapa (...). El escritor no vuelve a recobrar nunca el puesto que mereció y no tuvo" (45). Es éste de la conciencia del olvido uno de los más amargos que vive en su viaje a España Max Aub: "Lloras sobre tí mismo. Sobre tu propio entierro, sobre la ignorancia en que están todos de tu obra mostrenca que no tiene casa ni hogar, ni señor ni amo conocido, ignorante y torpe". (46).

En 1969 no hay sitio para Max Aub entre los intelectuales, ni entre los escritores, ni en el alma de los estudiantes, de quienes los exiliados debieran haber sido maestros naturales; tampoco lo hay en las librerías para sus novelas, ni en los teatros para sus obras. Ni siquiera hay sitio para él en la tumba de sus padres, como le advierte su hermana cuando visitan el cementerio. "La verdad es que somos un puñado de gentes sin sitio en el mundo. En México, a pesar de ser mexicanos, no nos consideran como tales. Aquí no podemos vivir más que mudos". (47). Y en un arranque calderoniano, o supersticioso, dice: "Nacimos desterrados" (48).

No puede Max Aub evitar comparar la indiferencia que despiertan los exiliados en España y el amor que éstos sienten por ella y por su gente: "¿Cuántos, de los millones de habitantes de Madrid, saben hoy quiénes fueron Enrique Díez Canedo o José More-

no Villa?" (49). Pregunta sencilla que encierra ella sola toda la crudeza, amargura e injusticia del exilio; porque ambos escritores eran en los años treinta parte fundamental de la vida literaria de la capital de España. Y recuerda Max Aub el primerísimo lugar que ocupaba su patria en el corazón de estos hombres que murieron fuera de su tierra: "Como decía el pobre Moreno Villa -que se moría por volver y murió sin poderlo hacer-: "¡oler la capa de un viejo labriego español, una capa ajada, con olor a estiercol!"(50)

Tanto Max Aub como Moreno Villa tienen una idea romántica de la tierra que dejaron en 1939, y que "añadiendo lo que crece España, bien cuidada, en el invernadero o en la maceta de la emigración" (51), se convierte en una obsesión, en el objeto del amor de todos estos escritores ("Acepte estas páginas; están hechas de amor a Vd. y a España", le dice Max Aub a su suegra en la dedicación de La gallina ciega), y les lleva en sus obras a culparla y a eximirla de responsabilidad, alternativamente, del exilio que están viviendo.

3. La España de la guerra civil: los dos bandos

De Sala de espera se desprende que todos los males que a partir de la guerra sucedan en el país son consecuencia de la ideología fascista, que deshonrará a la España eterna y la empequeñecerá hasta convertirla en un feudo de curas y militares. Pero este lamento de que no se haya podido llevar a cabo el programa que para el país había diseñado la República, vuelve a lanzarlo Max Aub en 1969

Ya nadie sabrá nunca nada de aquel pueblo. Quedarán las maldiciones de los del 98, tal vez las espléndidas fanfarronerías de Ortega, las lamentaciones de Cernuda. Pero, ¿cómo era aquel pueblo de que León llevó la canción y que todavía tengo en los ojos?. ¿Cómo era España que a nada

de lo que conocí se parecía?. ¿Dónde está el honor, la honra, la verdad, la sed de justicia?: Yo no hablo, cuando yo muera -soy casi el más viejo de los que quedan- ya no sabrá nada nadie de lo que fue España. (Dice parafraseando a León Felipe) (52)

El tratamiento que en Campo de sangre se da al bando contrario es más benévolo que el que aparecerá en Sala de espera. Sobre todo a los soldados, ya que, el pueblo, del lado que esté, será siempre ensalzado por Max Aub, haciendo descollar su ingenuidad

Yo que estaba aquí, te aseguro que fue un tiempo hermoso. La gente creía de verdad que había empezado una era nueva, bebiendo el vino de las iglesias y pintando los taxis de otro color. Con la venida del gobierno se han dado cuenta de su fracaso. (53)

Y en ese ambiente previo a la República que describe el personaje hay un paralelismo perfecto con el idealismo que lleva al pueblo a la guerra y los intereses de otra clase que mueven a los dirigentes.

A los franquistas no se les considera "los otros", sino que son los mismos españoles, pero que están en Burgos. Participan de los mismos defectos y virtudes, y les diferencia el que siguen a otros jefes políticos. Hasta tal punto les considera iguales que les llama, por boca de otro personaje, "nuestros falangistas".

Individualismo... Debemos a los estoicos más de lo que queremos suponer. Igual que los de Burgos. Los fachas de verdad no creen en Dios. Creen que ellos son Dios. (...). Dios, generalísimo de esta Cruzada, que dijo Pemán. Por eso nuestros falangistas buscan tanto los fastos de la Iglesia: viene a ser el lujo cortesano de su régimen. (54)

En este libro de la guerra, si a los franquistas se les acusa de luchar por unos principios nebulosos, a los comunistas, socialistas y anarquistas se les llama oportunistas y seguidores

de consignas dictadas por un "papa". Parece como si el autor quisiera mostrar la igualdad de ambos lados en la guerra, las mismas atrocidades, las mismas estupideces. Y se oye la voz de Max Aub en estos versos de Quevedo que recita un personaje

Pudo sin don un español velloso
llamar a los tudescos bacanales
y al holandés hereje y alevoso.

Pudo acusar de celos desiguales
al italiano, y hoy, de muchos modos
somos copias, si son originales. (55)

Si en cuanto a las actuaciones son juzgados ambos bandos como iguales, en los motivos que les llevan a la guerra las diferencias son claras. Los franquistas sólo quieren mandar para reconstruir el imperio y recuperar Portual y Gibraltar: "para ellos el imperio es la invasión y el sojuzgamiento de los campesinos y de los obreros. Y vivir de lo conquistado" (56). Y Julián Templado, uno de los "alter ego" de Max Aub en Campo de sangre dice:

Una vida sin ética, sin arte, no vale la pena vivirla. Manden los que manden. Yo me bato por limpiéza de sangre en el verdadero sentido de la palabra: porque es ella la que me empuja; me bato por las Lanzas (el cuadro de Velázquez), por la familia de Carlos IV (el cuadro de Goya). Me bato por la decencia, porque no me da la gana de que me manden los que lo tienen todo. (57).

La crítica a los partidos políticos, sobre todo al comunista, se incrementa y recrudece en Sala de espera. Si Julián Templado, en Campo de sangre, defiende una y otra vez al individuo frente al partido, en el libro del exilio Max Aub les denuncia por homicidas, por conducir a sus implicados a la muerte para salvar intereses de partido, como es el caso de Susana, a quien Pilar "obliga" a suicidarse por considerarlo un deber moral de la primera. Esta composición, "La cárcel", de Sala de espera, es, junto con "Librada" (donde el mismo partido delata a un militante ante la

policía española y acaba siendo fusilado por los fascistas) los textos donde con más claridad se manifiesta Max Aub contra los comunistas, y les pone en el mismo plano criminal que a los franquistas.

Y en 1949 en Sala de espera, como hacía en 1942 en Campo de sangre, su simpatía se inclina hacia el pueblo, que al final, estén en un bando o en el otro, son los que más pierden: cárcel, exilio, muerte o falta de libertad, además de hambre, trabajos y destrucción. Y Max Aub, en su "Manuscrito cuervo", pone en boca del pájaro lo siguiente: "Las guerras provienen del mando, y como los que están hechos a mandar y no a resistir son los generales, ellos las fomentan contra lo general, que resiste y no manda. Los generales vencidos o vencedores, que no importa, se disputan los despojos". (58). Ese pueblo que Max Aub describe en "Enero sin nombre", de Sala de espera, saliendo por la frontera hacia Francia y que arrastra, a decir del autor, las cualidades intemporales del español: sobriedad, estoicismo, fortaleza de espíritu, sentido de la justicia, la dignidad y la honra: "Esta gente no sabe lo que quiere, pero sabe muy bien lo que no quiere. Por eso huyen. No es que tengan miedo, es que no quieren ser fascistas". (59). Y que ve cómo sus dirigentes republicanos llegan a la frontera en coches oficiales, con prioridad sobre ellos para pasar el control mientras los aviones fascistas están bombardeando sobre ellos.

Max Aub sitúa el idealismo en el pueblo español como lo hacen los clásicos y también Menéndez Pidal

El antiguo hispano pierde la vida con entusiasmo patriótico, como los cántabros en la cruz y los numantinos en suicidio colectivo; la pierde por cumplir los altos deberes de fidelidad, no sólo individual, sino también ciudadana e internacional, como en el sacrificio de Sagunto. (60)

4. La España eterna

En Campo de sangre Castilla es el alma de España, en el sentido tradicional de los escritores del 98. Y si lo eterno es el espíritu, éste sale de aquellas tierras que Max Aub se deleita describiendo desde la distancia y la nostalgia de lo ya perdido; y para ello utiliza su español más deslumbrante

Pero los españoles oyen el retumbar oscuro de la tierra castellana, sin más horizonte que su propio fin, arada como el mar, partida a veces por la estela de unos álamos temblones, más tremolantes que el sol sobre el mar (...). Tierra gris, verde, amarilla de jisca, morada de cantueso. Mogueotes y tolmos castellanos. ¿Es que no lleváis eso en la sangre? ¿No os duelen esas cantalinadas graníticas, insobornables, improductivas (...). El espíritu nacional es un dios lar, no hay mayor bien que ese ligazón. Quizá la libertad sea esa propia cadena (...). (61)

El paisaje y el pueblo; también éste forma lo eterno de España por ser el guardián de sus esencias: "¿Qué importan los Felipes, los Carlos o los Enriques?. Todo pasa por encima del pueblo sin herirlo". (62). Y la lengua y la literatura: "El espíritu es lo eterno. Espíritu igual a lengua, igual a literatura. Lo eterno: la literatura".

Es esa España, la formada por el paisaje, el pueblo, la literatura: Garcilaso, Lope de Vega, Cervantes, Quevedo, Larra, Cerdas, Unamuno, Machado, etc, la que despierta todo el amor de Max Aub, a la que mira desde el presente del exilio de Sala de espera para encontrar su propia patria al margen de la España ocupada por los fascistas. Es ella la que provoca toda su nostalgia y convierte al exilio en un tránsito, en una espera. No habría que hacer mucho esfuerzo para convertir al amante de "Tribio" en la España ausente y amada: "Tú, amurallado por una barrera infranqueable

(...) todo cae a mi alrededor, oscuro, sin importarme nada (...) Lo Único que deseo es sentarme en esta butaca y esperarte" (63).

Y es a esa España eterna a la que Max Aub no puede culpar de su destierro, sino que la ve como prisionera de sus otros hijos, los indignos. Así, en el poema "Plegaria a España", de Sala de espera (donde se observa una perfecta similitud con "Elegía española" de Luis Cernuda), el autor siente dolor por lo que le han hecho a su país los "cuervos" (franquistas), que la han convertido en una "carnicería sin fin abierta a los cielos"; a la vez que un dolor más profundo, el "me duele España" unamuniano, por la terrible experiencia que acaba de vivir. "¡Oh, España mía, violada cada mañana". (64).

Utilizando la cadencia del Padrenuestro cristiano, el agnóstico Max Aub se dirige a España como a una diosa ibérica y vengadora, fuerte, capaz de enterrar, si lo desea, a los malos hijos que quieren cambiarle su preciosa esencia, y castigar las afrentas que han hecho a sus auténticos hijos, ahora exiliados

Aquí estamos por tí y tenemos que soportar
las risas y las burlas
que despiertan tu amor. (65).

Ahí, patria es sinónimo de madre para Max Aub, como lo era para Larra y para Cernuda en la Elegía...

Derrama tu ira sobre los que no te aman.
No dejes rastro de ellos,
anticípanos tu misericordia. (65).

Y en esa especie de plegaria y reto le recuerda el autor su pasado de esplendor, de valor y de gloria; también le pide a esa fuerza espiritual que les perdone sus pecados. Esta España a la que se dirige Max Aub no es la física, sino esa emanación espiritual que han ido formando los tiempos y los hombres, que es la

definición que da de patria Manuel Azaña: "No sólo es el suelo y el cielo que nos cobija, sino también y principalmente un depósito de cosas morales, de ideas depuradas por el transcurso del tiempo (...), de virtudes heredadas, siempre prontas a nuevo ejercicio" (66).

Esa España, según Max Aub, nada tiene que ver con los vencedores de la guerra que, muy al contrario, han intentado destruir

Quemada a fuego estás, asolada, patria
tierra de todos, vieja España nuestra. (65)

sino que pertenece a quienes la han querido salvar y han sido vencidos

Nosotros somos tuyos, España, en el destierro
(...)
¡Oh, lejanos, lejanos desterrados. (65)

lo mismo que los grandes españoles de otros tiempos, que con sus obras, su sentido de la honra, forjaron para ella el nombre y la gloria. Y se pregunta "¿Para qué?, ¿para que se alimenten el puerco y la bestia?" (65), en un lenguaje tan parecido al del León Felipe de Español del éxodo y del llanto.

Y si España se convierte en madrastra con los auténticos hijos, o ha engendrado los "cuervos" franquistas, ha sido por una especie de ceguera: "Mi idea era que La gallina ciega era España, no por el juego, no por el cartón de Goya, sino por haber empollado huevos de otra especie" (67), de la que salieron los culpables del exilio en un país ajeno, que hace que Max Aub recuerde los versos de Alberti

Duras las tierras ajenas,
Ellas agrandan los muertos.
Ellas... (68)

que lleva consigo la privación de cosas tan entrañables e insustituibles: "El Prado. ¿Por qué desposeído tantos años de estos bie-

nes?. ¿Qué castigo merecimos?. ¿Por qué nos privaron de estas luces y de estas razones?. ¿Por qué nos disminuyeron?" (69).

4.1. El paisaje le devuelve su España

Cuando Max Aub llega en 1969 al aeropuerto de Barcelona tras treinta años de exilio se asombra de que no le pase nada especial. Esa postura permanecerá en él mientras dure su viaje, y es producto de las esperanzas y ansiedades acumuladas en el destierro: "Ninguna emoción y sin embargo en estos llanos filmamos muchas escenas" (70). Y cae en el sentimentalismo de creer en la llamada de la tierra como los románticos creían en la llamada de la sangre. Esto le trae un inmediato desencanto: "Todo nuevo. Veo una España que ya no existe" (71). Encuentra que todo ha cambiado: las carreteras se ampliaron y el paisaje urbano se llenó de rascacielos; por el auge del turismo las playas se poblaron de grandes hoteles que ocuparon parte del campo salvaje que conocía Max Aub. Este cambio físico le lleva a pensar en otro más profundo: "Lo que pienso que es, que debe de ser España, no es en realidad". (72).

Pero el campo, el mar, el cielo son los mismos, y en su contemplación Max Aub vuelve a tocar lo familiar, lo cercano, y re-nueva su amor por el país como lo hacía con nostalgia desde México: "...Ripoll (Ripoll,ayer) ¡cómo os llevo, piedras del claustro, en el portal del alma!" (73), donde, aparte del recuerdo que parecen despertar en el autor de alguna posible experiencia de antes o durante la guerra, las piedras románicas del hermoso monasterio son parte de la España eterna embargada de espiritualidad. A la que Max Aub ama en los restos de su pasado, la patria, la que permanece al margen de los cambios de ideología que se dan en el tiempo (la España de los Reyes Católicos, la de la Reforma, la de la Restauración, la España de la República o la de Franco): "Sí, Espa-

ña no ha muerto: es otra. También es cierto que será otra. ¿Cuándo?. Ni Dios lo sabe" (74)

Nada más alejado de la idea de España eterna en Max Aub que la España gloriosa, una e imperial de los franquistas: "... la victoria de la cruzada no hizo mal peor que dorar esa presencia que impedirá a España volver al puesto que merece..." (75). Mientras que los nacionalistas utilizan la demagogia de un pasado para justificar la vuelta a las cavernas del militarismo cerrado, de una Iglesia omnipresente y oscurantista, cuyo parentesco está más cercano al despotismo analfabeto de Fernando VII ("El caso era conservar, mejorar, dar brillo y esplendor a la raza, quitándole la funesta manía de querer enterarse de lo que no les importaba" (76) que a las épocas de convivencia y tolerancia, a la vez que de preocupación humanística (Alfonso X, Fernando III) y expansión política y territorial (Reyes Católicos, Carlos I). Max Aub está pensando en una España que, casualmente, tendría mucho más que ver con la de hoy; la España de Juan Carlos I, comprometido con la democracia y abortador del militarismo; de los socialistas, que han llevado al país a ocupar otra vez un puesto en el concierto de las naciones como antaño; la España que tiene un acercamiento más real a los países latinoamericanos, contra el sentido de la Hispanidad fascista; la de los grandes logros diplomáticos, como ha demostrado siendo la sede de la Conferencia de la Paz de octubre de 1991, para lo que su gran ministro de asuntos exteriores, Francisco Fernández Ordoñez, recordó -esta vez en forma adecuada- su pasado de tolerancia y convivencia en suelo español de cristianos, moros y judíos.

Y en esas dos Españas que se manifiestan a los ojos de Max Aub, él va desbrozando las realizaciones franquistas para quedar-

se con la intocada, con la incontaminada como él dice

Desembocamos a la plaza de la Villa, a la Torre de los Lujanes ¡Qué plaza!. Hay otras, ninguna como ésta (...). Este es el Madrid que me llega al alma, el de Cascorro y la calle de la Ruda... Pero ya la calle de Carretas no es la calle de Carretas ni la Puerta del Sol es la Puerta del Sol ni la calle de la Montera lo que fue. (77).

Hay párrafos más elocuentes que si fueran declaraciones de amor expresadas a España, sobre todo los que le sugieren la luz y la sombra velazqueños del cielo de Madrid: "¡Ojalá pudiera grabar también (en el magnetófono donde registra sus impresiones) la luz dorada del atardecer!" (78), o la contemplación del paisaje donde quiera que esté

¡Cumbres de Guadarrama!. Al fin os vuelvo a ver. ¿Machado? ¿o de una zarzuela?. Es poesía y es verdad (...). Y en una esquina del Jardín de los Frailes, de rodillas como un donante cualquiera, don Manuel Azaña, despreciador de cuanto alcanzó menos de los crepúsculos idénticos a éste que me atenaza, gris, frío, húmedo; ya difunto. (79).

En el mismo párrafo la idea de lo eterno y de lo efímero; de lo mutable y que sin embargo permanece en esa repetición de luces y de hombres; en ese paisaje en el que Max Aub pone ribetes sobrenaturales que otros españoles han visto antes: Azaña, Felipe II, unidos por algún sentimiento místico que, naturalmente, produce esa tierra tan sabia de poder y renuncia: "El Escorial sigue siendo un enorme cuartel; ese prodigioso estado mayor desde el que se regía el mundo y el otro, y el de más allá" (80). La que da hombres que rechazan las glorias efímeras y valoran como nada el frío y el gris de esas sierras escurialenses, que les premian con crepúsculos inefables. Y en esa inegable fuerza espiritual que se desprende del paisaje, se introduce una idea de muerte y más allá que se adhiere a lo que Max Aub entiende por España eterna.

Si en La gallina ciega hay recelo, incluso malestar a veces, frente a las personas, Max Aub no siente la menor duda ante el paisaje. Aparte del placer estético de mirarlo, el autor se disuelve en un sentimiento de identificación, de reconocimiento; de saber que le pertenece a su alma y que él es del paisaje. Son esos los momentos más líricos del libro

El Pardo ¿con qué comparar estas lomas?. Con nada sino con él mismo. El verde, el gris, los grises, los verdes de estos encinares ¿con qué se pueden comparar?. Con nada: con el Pardo, sí. ¿Qué hermosura contrapesa esta suavidad?. ¿Hay grandezas que tanto valga? (...). ¿Qué premio nos ha tocado que esto merezcamos? (...). Nada apetece. La codicia de felicidad se dobla de amor con la tierra sola, casi sobra -sin sobrar- el cielo. Todo es regalo: del oído, el silencio; de la vista, los colores apacibles; del gusto, el aire tibio todavía sereno; del alma, la paz. (81)

Hasta parece que el lenguaje se viste de gala, y toma un aire clasicista y dorado. La prosa rica y la exaltación del paisaje, en la forma que lo hacían los noventaiochistas, cuando igualmente tuvieron que formarse una España ante la que se les estaba desmoronando entre derrotas política e ineptitud de los gobernantes. La búsqueda de España en el campo, el paisaje, el pueblo y sus costumbres de siglos. La misma adoración que al autor le confiesa sentir Dámaso Alonso: "...para mí, nada vale como andar por el Pardo y sus encinas. Nada se puede comparar a que mi coche ruede por una carretera española, hablar con un joven o un viejo en la plaza de un pueblo castellano, a comerme un trozo de jamón bebiendo un vaso de Valdepeñas". (82). Y tras esa especie de éxtasis sin tiempo que le hace experimentar el paisaje a Max Aub, vuelve a una realidad triste: "¿Por qué no me conformo?. No lo sé, pero no me puedo sujetar". (83).

Hay una marcada diferencia entre el tono que utiliza para dirigirse al paisaje y el que emplea al hablar de las personas. Y es que, mientras al campo, al cielo o a los edificios los ve sin la huella del franquismo, en un casi pleno reconocimiento de lo que fueron en la juventud del autor, las personas están contagiadas del régimen político en el que viven y que Max Aub desprecia por tantas razones

... este Madrid que vuelvo a encontrar tan igual y distinto al que conocí es una ciudad doble, doble en lo que tiene de muerto y de vivo (...). Sí, vivo lo muerto, las piedras, las serranías, los cuadros, los libros y los muertos vivos (...). Pero vosotros, madrileños, orgullosos de vuestra ciudad, sois la mediocridad misma, contentos de ser mediocres (...) en este Madrid de hoy hecho a vuestra imagen: bobo, envidioso, necio, ignorante, cerrado de mollera (...). (84).

4.2. La España franquista, otra España

Desde que Max Aub toma contacto con la realidad española de 1969 se da cuenta de que es otra bien diferenciada a la España que dejara en 1939: "Hubo un tajo y todo volvió a crecer (...). Ni ruinas quedaron" (85). La guerra rompió la trayectoria que el país había tomado durante la República, ante el entusiasmo de la mayoría, para convertirse en otra cosa, en lo que quisieran hacer de ella los franquistas. Max Aub lamenta por un lado que España no haya podido ser aquella por la que lucharon, y por otro que los fascistas hayan hecho de ella lo peor que se podía hacer: "y precisamente porque ganaron ellos, la vida española de hoy está recogida en la mentira. En la mierda de la mentira. En la mentira y en el crimen. Es decir, en la hipocresía". (86).

En contraste con la efervescencia política de la época republicana, la España que encuentra Max Aub es indiferente a cuanto tenga que ver con el manejo de las cosas públicas. Es un país

muerto que deja que le gobiernen. Y no sólo no actúan, sino que tampoco hablan entre ellos. El único sentimiento que acompaña a la indiferencia es el miedo: "Me duele -no España, como a D. Miguel- sino el miedo en que la mayoría vive inmersa sin darse cuenta o sabiéndolo. Miedo de no saber lo que son." (87).

Ni en Campo de sangre ni en Sala de espera había habido insultos y recriminaciones a los españoles; los defectos que allí aparecen advienen casi siempre virtudes en ciertas ocasiones. En La gallina ciega esos pecados capitales pertenecen a los nuevos españoles, a los nacidos bajo el franquismo y que se nutren en esa sociedad tan carente de ética; aunque en cuanto a progreso económico sea superior a la de la República, lo que les llena de autosatisfacción: "Y ese orgullo que les sale por todos los poros" (88). A los nuevos defectos se suman los antiguos.

"...orgullosos de lo suyo, patrioterros (...). Ese cáncer de la superioridad del macho castellano (¡no digamos del montañés!), esa malignidad que roe las entrañas del país y le hace "despreciar cuanto ignora" (...). A poco que uno rasque la epidermis de los demás se verá surgir esa sangre envenenada. (89)

El progreso económico que se ha producido en España durante el franquismo -y que Max Aub ve como las treinta monedas que han comprado la ética y la decencia tradicionalmente asignadas a los españoles- sorprende a veces al autor positivamente: "Desechan los platos mediados. Es lo que me sorprende. Todavía colea, a ras-tras de mi época del hambre, la guerra... Y sin embargo así es: sobra comida. La dejan, la desperdician, la tiran." (90). Otras veces despierta su mordacidad: "¡Un rascacielos en Moncada!" (91). Siempre su desaprobación por el precio pagado, y su desencanto mezclado con desprecio del producto de español que ha resultado: "¿Qué más pueden pedir sino comer mejor y pisar calles más an-

chas? (...). Van a misa -tarde- para que acabe antes la obligación, hablan alto, toman vermuth, cervezas, vino, juegan a la lotería, se apasionan con el fútbol y lo demás les tiene sin cuidado" (92). Reconoce que una buena parte de la fisonomía de España ha cambiado para bien, pero que el valor pagado ha sido demasiado alto: "Tal vez no estaría esto tan bonito, pero se viviría más hondo. Tal vez no estaría esto tan limpio ni habría tantos bares" (93). Y, para resaltar las carencias -a las que los programas republicanos dieron tanta importancia- tiene reacciones casi infantiles: "¡Menos Plan Sur y más bibliotecas!" (94)..

Al lado de la superioridad con la que Max Aub mira a estos españoles que viven en la España de Franco, un sentimiento de tristeza y amargura, de verse disminuido, le obligan a buscar una y otra vez el lugar que dejara en 1939, y al no hallarlo se siente rechazado. Este sentimiento de haber sido excluido de su propia patria -que no había sentido en ningún momento del exilio- cruza La gallina ciega desde el principio al fin, provocando reacciones en el autor que van desde el insulto a la desesperación por tener que marcharse. Culpa, rabia, llora, admira, protesta, humilla. Todo menos la indiferencia.

...te deshaces en deseos, te consume la furia del amor hacia un pasado que no fue, por un futuro imposible. ¿A qué vienes?. No lo sabía. Me apoyé en un árbol y, en el amanecer ya vivo, sentí que lloraba. Lloraba calmo, por mí y por España. Por España, tan inconsecuente, olvidadiza, inconsciente, lejana de cualquier rebeldía, perjura. (95)

Y por primera vez se siente abandonado y burlado por "su" España, que se tiñe aquí con los matices de madrastra que Larra y Cernuda también le dan.

Y esa duda de pertenencia (nunca ante el paisaje) que le provoca el presunto rechazo de sus compatriotas, hace que Max Aub

se plantee su propia identidad (tan claramente determinada en el exilio) en dramáticos momentos del libro, donde el sentimiento de soledad del autor es tan intenso y auténtico que traspasa los límites circunstanciales (el exiliado que retorna) para mover a una reflexión más universal. Se desconoce entre desconocidos: "No sé qué decir. No sé cómo presentarme. No sé quién soy ni quién fui" (96).

4.3. La España utópica

En América se ha quedado parte del proyecto de España que tenían los republicanos; la que nació el 14 de abril de 1931 y murió el 12 de abril de 1939. La España que pensaban construir los entonces ciudadanos españoles de pleno derecho, y que después, exiliados en países americanos, dejaron en artículos de periódicos, en las explicaciones de algunos profesores en las aulas, en libros y en programas; en la arquitectura de edificios, en proyectos de sanidad o de ingeniería, en programas económicos, en fundaciones de Bancos y hospitales; y sobre todo en los corazones de quienes recogieron esas enseñanzas, donde la ética era el valor fundamental que no sólo se desprendía de esos libros o proyectos, sino de las propias vidas de los republicanos exiliados. Esa moralidad en las acciones que tanto echa de menos Max Aub en los españoles de 1969

¿Y nuestra España?, sí, la nuestra: la de Rafael, la de Jorge, la de Vicente, la de Federico, la tuya, la de Luis, que murió de repente, la de Manolito en su accidente, del que ni hablar dejaron en su capital, nicho de cadáveres, la mía ¿dónde está nuestra España?, ¿dónde queda?. (97).

Y es ese sentimiento de no compartir con los españoles que viven en la España surgida del franquismo el mismo código ético, el que conduce al autor (entre otras razones) en este primer viaje

a decidirse por el no retorno definitivo a España

Regresé y me voy. En ningún momento tuve la sensación de formar parte de este nuevo país que ha usurpado el lugar al que estubo aquí antes; no que le haya heredado. Hablo de hurto, no de robo. Estos españoles de hoy se quedaron con lo que aquí había, pero son otros. Entiéndaseme: claro que son otros, por el tiempo, pero no sólo por él, es eso y algo más: lo noto por lo que me separa de su manera de hablar y encararse con la vida. (...). En treinta años vinieron a otro uso y cambiaron su natural inclinación. (98).

Y en este diario tan repleto de la subjetividad del autor, no le preocupa a Max Aub contradecirse (en el fondo no es rigurosamente tal) en la distancia de unas cuantas páginas

... a pesar de los albergues de turismo, de los talgo y de los aviones, es la misma España de su Campos de Castilla, donde todavía "se platica al fondo de una botica". Sí, D. Antonio, España -lo he visto esta tarde otra vez- sigue siendo lo que fue. (...). Oh, España, del campo, de la ciudad, tan igual a como la conocí y la conoció Vd., un poco más allá. (99).

Es esa mezcla de España utópica y España eterna la que Max Aub ama, en una identificación con su admirado Antonio Machado. Es la España que se conserva en una nobleza triste, producto de un glorioso pasado, con el que el autor se encuentra físicamente, por primera vez, en México. Aquella de la que dice el poeta de Campos de Castilla que daba hombres que para la lid eran leones y para la trampa cuervos. La misma en la que los dos escritores alaban la tierra parda, "como debe ser", dice Max Aub. La España de capitanes y ascetas, la que une la guerra y la espiritualidad más honda. La que ambos contemplan, admirados y supersticiosos, cruzada por "la sombra errante de Caín".

Y esa España sin tiempo que Max Aub confiesa a Antonio Machado haber descubierto comparte, entonces, con la del franquismo rasgos comunes en la misma forma que con la republicana. Y otros

nuevos, como el de que la gente ya no vista de negro, le sorprenden hasta el punto de considerarla, positivamente, otra

España es ahora un pueblo mucho más alegre (...). Ha perdido esa mortaja, ese luto (...) Recuerdo todavía una España cubierta, en más o menos cincuenta por ciento, de un luto riguroso ... Podrá parecer mentira a los supervivientes de la Institución, pero España es otra. (100).

Si no fuera porque Max Aub ha demostrado con creces que es español y que como tal se siente, con defectos y virtudes, podría pensarse que esa forma un poco folclórica de ver España le venía de su sangre francesa y alemana, lo que él niega categóricamente: "...Si yo nací y me crié en París, Cortazar nació en Bruselas, Usigli por casualidad en México y Borges pasó parte de su adolescencia en Ginebra y Madrid (...). Uno es de donde estudió el bachillerato" (101). Y en defensa de su españolismo Max Aub pone en boca de un presunto admirador que le escribe desde Londres: "Su nombre, que tan poca relación tiene con lo español, también me intrigaba, al ver lo bien que conoce Vd. España, los españoles, su lengua, y también cómo la ama y defiende" (102).

4.4. En 1969, un nuevo exilio

La angustia que experimenta Max Aub al final del libro, cuando va despidiéndose mental o físicamente de las personas y las cosas, lleva a pensar que está rememorando otra vez la salida al exilio; y ahora con conocimiento de causa de lo que le espera, unido a su mucha edad que tal vez (como así ocurrió; estaba preparando un viaje a España cuando murió repentinamente, en 1972) no le permitiera el regreso definitivo. Estar en España y volverse a marchar le provoca unos sentimientos contradictorios, entre los que está la duda de si merece la pena ser fiel a sí mismo (seguir siendo consiguiente con la vida que se propuso treinta años

antes). "Lo que yo quisiera es salirme de mí mismo (...) No ser yo. Sobre todo no ser español. ¿Ser mexicano?. ¿Por qué no?. O nicaragüense, o tonto". (103).

A medida que se van acabando los días de estancia en España y se aproxima el regreso a México, el dolor y la angustia ocupan el lugar de cualquier otro sentimiento que antes se había dado en La gallina ciega. Sólo cuenta el hecho amargo de la despedida de lo que, a pesar de los pesares, sigue queriendo y sintiendo como una parte de él mismo: "... sólo las lágrimas de la Chata al vernos marchar. Yo, también; por dentro. Ni modo" (104). Y Max Aub parece esperar un milagro hasta el final: que alguien le pida que se quede; que algo le obligue a permanecer en España como le empujó a abandonarla en 1939. "¡Marcharse de Madrid sin remedio! ¡Madrid!, tal vez, con Valencia, la ciudad más querida para Max Aub. (105).

Y también vuelve a él el sentimiento generoso de repartir responsabilidades -como hacía en Campo de sangre entre los bandos- a partes iguales entre los españoles de 1969 y él

Siento la marcha por multitud de razones, entre otras por no poder seguir discutiendo con ellos (con los jóvenes estudiantes). No andan torcidos sino errados (...). Nos separan demasiadas cosas empezando por los años. La culpa, de todos. No somos bastante inteligentes para digerir los lustrós. (106)

Max Aub se siente mucho más viejo en España, a la vez que impotente. Como él dice, el regreso ha sucedido demasiado tarde: "Me siento menos de lo que jamás fui. Tristeza sin más causa que la lluvia" (107). El dolor con ese encuentro ha sido todavía más fuerte por no poder recurrir a la ironía o a la distancia

Me ha dolido tanto, que ni un sólo día me he sentido suficientemente alejado de las piedras, el cielo o las personas, para juzgarlas con buen hu-

mor. Nunca pude sentirme dueño de mí mismo como para darle paso a la ironía, como lo requería a gritos la realidad. (107).

NOTAS AL CAP. IV

1. Max Aub, Campo de sangre, p. 391
2. Max Aub, Sala de espera, p. 13
3. Ibid, p. 13
4. Ibid, p. 13
5. Max Aub, La gallina ciega, p. 132
6. Max Aub, Campo de sangre, p. 26
7. Luis Cernuda, La realidad y el deseo, p. 155
8. Max Aub, op. cit. p. 26
9. Ibid, p. 176
10. Ibid, p. 283
11. Américo Castro, La realidad histórica de España, p. 31
12. Max Aub, op. cit. p. 70
13. Ibid, p. 128
14. Ibid, p. 122
15. Ibid, p. 156
16. Ibid, p. 278
17. Ibid, p. 301
18. Ibid, p. 392
19. Max Aub, La gallina ciega, p. 360
20. Ibid, p. 48
21. Ibid, p. 13
22. Ibid, p. 155
23. Ibid, p. 370
24. Ramón Menéndez Pidal, Espanoles en la historia, p. 166
25. Max Aub, Sala de espera, p. 28
26. Ibid, p. 28
27. Ibid, p. 28
28. La gallina ciega, p. 41
29. Max Aub, Sala de espera, p.13
30. Max Aub, La gallina ciega, p. 185
31. Ibid, p. 71
32. Ibid, p. 109
33. Ibid, p. 379
34. Ibid, p. 385
35. Ibid, p. 113
36. Ibid, p. 385
37. Ibid, p. 385
38. Ibid, p. 328
39. Ibid, p. 161
40. Ibid, p. 59
41. Ibid, p. 91
42. Ibid, p. 164
43. Ibid, p. 167
44. Ibid, p. 8
45. Ibid, p. 128
46. Ibid, p. 180
47. Ibid, p. 133

48. Ibid, p. 215
49. Ibid, p. 242
50. Ibid, p. 224
51. Ibid, p. 250
52. Ibid, p. 314
53. Max Aub, Campo de sangre, p. 100
54. Ibid, p. 122
55. Ibid, p. 202
56. Ibid, p. 246
57. Ibid, p. 392
58. Max Aub, Sala de espera, p. 127
59. Ibid, p. 51
60. R. Menéndez Pidal, Españoles en la historia, p.
61. Max Aub, Campo de sangre, p. 114
62. Ibid, p. 128
63. Max Aub, Sala de espera, p. 20
64. Ibid, p. 22
65. Ibid, p. 22
66. Manuel Azaña, Ensayos, p. 127
67. Max Aub, La gallina ciega, p. 406
68. Ibid, p. 250
69. Ibid, p. 289
70. Ibid, p. 18
71. Ibid, p. 18
72. Ibid, p. 25
73. Ibid, p. 96
74. Ibid, p. 410
75. Ibid, p. 83
76. Ibid, p. 87
77. Ibid, p. 177
78. Ibid, p. 185
79. Ibid, p. 218
80. Ibid, p. 218
81. Ibid, p. 205
82. Ibid, p. 224
83. Ibid, p. 64
84. Ibid, p. 234
85. Ibid, p. 74
86. Ibid, p. 277
87. Ibid, p. 387
88. Ibid, p. 387
89. Ibid, p. 84
90. Ibid, p. 162
91. Ibid, p. 84
92. Ibid, p. 80
93. Ibid, p. 235
94. Ibid, p. 235
95. Ibid, p. 179
96. Ibid, p. 52
97. Ibid, p. 262
98. Ibid, p. 409
99. Ibid, p. 274

- 100. Ibid, p. 315
- 101. Ibid, p. 124
- 102. Ibid, p. 121
- 103. Ibid, p. 352
- 104. Ibid, p. 381
- 105. Ibid, p. 381
- 106. Ibid, p. 412
- 107. Ibid, p. 412
- 108. Ibid, p. 412

CAPITULO VI: LUIS CERNUDA

1. Introducción

Luis Cernuda nació en Sevilla el 21 de septiembre de 1902 y murió en la Ciudad de México el 5 de noviembre de 1963. Estudió la carrera de Derecho en la Universidad de Sevilla y en 1928 se fue como lector a la Universidad de Toulouse (Francia). De regreso a Madrid en 1929, colaboró en varias revistas: Litoral, Hora de España, etc. y tomó parte en las Misiones pedagógicas de la Segunda República española. Abandonó España por la guerra civil y estuvo como lector en la Universidad de Glasgow entre 1939 y 1943, y en la de Cambridge entre 1943 y 1945. Asimismo fue profesor de literatura española en el Instituto Español de Londres en 1945 y hasta 1947. En ese año dejó Inglaterra y se estableció en Estados Unidos hasta 1951; ahí dio clases de poesía castellana en el Mount Holyoke College en Massachusetts y otros cursos en Los Angeles, California; En 1951 pasó a México, donde fue maestro de literatura francesa y del Siglo de Oro español en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México; también colaboró en revistas y suplementos literarios de la capital. En agosto de 1963 se le hizo un homenaje en Jalapa, Veracruz, por su meritoria labor intelectual.

La realidad y el deseo se publicó en su primera edición en 1936 en Madrid, pero después irá creciendo a manera de obra única y orgánica en las ediciones sucesivas aparecidas en México. Con una infancia solitaria que unirá en la adolescencia los irreconciliables desacuerdos con el padre (militar), y el descubrimiento de su homosexualidad, empieza pronto a escribir poesía, pero sus primeros "Versos" se publicarán en 1925 en el número 30 de la Revista de Occidente, y lo que será el comienzo real de su obra, Per-

fil del aire, en la revista Litoral en 1927, publicación de Manolo Altolaguirre, cuya amistad y la de su mujer Concha Méndez, será de las más importantes en la vida de Cernuda. En 1934 aparece su segundo libro, Donde habite el olvido. Toda la demás será obra escrita y publicada en el exilio.

De trato difícil, la vida de Luis Cernuda transcurrió en una soledad buscada y rodeado de muy contadas amistades, entre las que siguieron estando la de Concha Méndez, sus hijos y nietos. El mismo poeta le dice en una carta a Nieves Madariaga: "...sé perfectamente que mi trato es difícil. Pero qué voy a hacerle (...) Mi trabajo vale más que yo..." (1). Durante su estancia en México apenas tuvo relación con los exiliados, y entre sus paisanos se conocía lo raro del carácter del poeta y el cultivo extraordinario de su soledad

Delgado, moreno, chato, de frente abombada, de bigotito lineal, de pequeños ojos duros, bien empaquetado en una discreta elegancia a la inglesa, salía Luis Cernuda, con su soledad insobornable, a la calle, en la Ciudad de México, y nosotros, hijos de refugiados españoles, lo teníamos por lo que de él nos habían dicho: un señorito, y por eso habíamos tramado aquella broma que repetimos quién sabe cuántas veces... (2)

La broma consistía en vocear su apellido y esconderse, para que Cernuda se volviera y estuviera un rato mirando hacia todos los lados para ver quién le llamaba.

A partir de Las nubes (1940) y hasta Desolación de la quimera (1956) el tema de España aparece en una gran cantidad de poemas. La España cainita y machadiana, convertida en restos harapientos; la de la guerra civil de vencedores y vencidos, por la que siente lástima; la franquista, odiada por el poeta hasta el final de su vida; la España eterna, cuyos paisajes renuevan la nostalgia de Cernuda, y reavivan su orgullo los libros y las señas de identidad

que encuentra en México. La España del Siglo de oro, la imperial, la temida y respetada en el mundo entero. Esta España surge en Cernuda sobre todo a su contacto con los países sajones, principalmente Inglaterra, donde el poeta se siente rechazado o minusvalorado por su procedencia latina y por su idioma español. Ahí echa mano de las glorias de otrora y les recuerda a los ingleses el temor que sintieron sus antepasados por aquella España.

Si en los escritores del exilio las contradicciones son parte inseparable de su obra, sobre todo cuando se refieren a España, en Cernuda van a ser parte esencial de la materia poética. En unos poemas, España es el país atrasado que pide a gritos la industrialización -como Galdós lo hacía en medio de su positivismo- (Benito Pérez Galdós es uno de los novelistas favoritos de Cernuda), mientras que en otros, al contacto de los países sajones, desprecia el materialismo sin espíritu de éstos y aplaude el atraso de los latinos. Es decir, lo que unas veces es motivo de las peores miserias españolas, pasa después a ser el fundamento de sus mejores esencias. Es la verdad subjetiva del poeta. Y es también su deseo. Esta dualidad, por otra parte, produce la riqueza artística que siempre conlleva la atracción de los contrarios.

Sobre este tema de la dualidad en el poeta andaluz, Juan Goytisolo dice

Ante todos los problemas planteados al poeta y al hombre -su actitud hacia su país y sus compatriotas-, frente al compromiso del escritor, el progreso industrial o el exilio, etc., Cernuda parte de una doble visión correspondiente a dos puntos de mira no sólo diferentes sino opuestos. Por períodos lo vemos oscilar de modo regular de una posición a otra, sin aclararse definitivamente en ninguna. (3)

Los ojos siempre turbios de envidia o de tristeza,
guarda su presa y llora la que el vecino alcanza,
ni para su infortunio, ni goza su riqueza,
le hieren y acongojan fortuna y malandanza. (6)

Y esta misma España amodorrada, embrutecida es la que aparece en su poema "A Larra con unas violetas", donde Cernuda no sólo utiliza la máscara del escritor romántico, sino que habla con sus mismas palabras para describir una situación vivida por Figaro en el siglo XIX y cien años después por el poeta de Perfil del aire. El autoexilio sin salir de Madrid del propio Larra (también el vivido en París con su padre), el único vivo en ese "Día de difuntos", donde la capital de España, y ésta entera, es un cementerio de mediocridad y estupidez; y el exilio de Cernuda en Inglaterra empujado por la misma barbarie que va a conducir al país de nuevo a la oscuridad, hermana a los dos escritores, que se sienten hijos de una madrastra a la que, sin embargo, siguen queriendo.

Y nuestra gran madrastra, mírala hoy deshecha,
Miserable y aún bella entre las tumbas grises
De los que como tú, nacidos en su estepa,
Vieron mientras vivían morir la esperanza,
Y gritaron entonces sumidos en tinieblas,
A hermanos irrisorios que jamás escucharon. (7)

Entre Las nubes y Díptico español (publicado en Desolación de la quimera), han mediado unos veinte años. Sin embargo se repite en "Es lástima que fuera mi tierra", la idea de un país de difuntos como el que veía Larra.

Así ocurre en tu tierra, la tierra de los muertos,
Adonde ahora todo nace muerto,
Vive muerto y muere muerto. (8)

A la vez que se renueva la idea tradicional del cainismo como destino; aunque en Cernuda queda claro que éste viene siempre de la mano de los reaccionarios en una

Pertinaz pesadilla: procesión ponderosa
Con restaurados restos y reliquias,
A la que dan escolta hábitos y uniformes. (9)

Y lo que ha sido así, cainismo recurrente, es además el arma con la que amenazan los que aman más la muerte que la vida

La vida siempre obtiene
Revancha contra quienes la negaron:
La historia de mi tierra fue actuada
Por enemigos enconados de la vida.
El daño no es de ayer, ni tampoco de ahora,
Sino de siempre. Por eso es hoy
La existencia española, llegada al paroxismo,
Estúpida y cruel como su fiesta de los toros. (10)

La España franquista (como se ve en los dos últimos versos del poema anterior) es considerada por Cernuda como parte de esa corriente estúpida y cruel, que se da en los años más oscuros de la historia de España, y que ha hecho llorar a otros españoles como Larra, Goya, Quevedo, Fray Luis de León, etc. Por el bando vencedor, Cernuda siente un desprecio total, que al final de su vida se convertirá en auténtico e implacable odio. Y mientras que al principio de su exilio y casi hasta el término de su obra el poeta había diferenciado una España propia de la franquista, en sus postreros poemas el rencor es tan fuerte que no distingue entre ellas, y olvidando sus otros sentimientos, reniega de ser español.

Si soy español, lo soy
A la manera de aquellos que no pueden
Ser otra cosa: y entre todas las cargas
Que, al nacer yo, el destino pusiera
Sobre mí, ha sido ésa la más dura. (11)

Cernuda siente miedo de esa crueldad que se da en la guerra civil. Esa España estúpida y bestial que se manifiesta en el enfrentamiento es la que hace que el poeta andaluz se marche primero a París, que regrese pensando que puede ayudar en algo, y que vuelva a irse, ya definitivamente, horrorizado de lo que ven sus ojos. Ese temor a la fuerza bruta se hace más evidente en Cernuda tras el asesinato de García Lorca. A partir de entonces, y todo el tiempo que dure la guerra, el poeta, aterrado, llega a tener

manía persecutoria. En una carta del 22 de agosto de 1938 escrita desde París a Martínez Nadal dice

Como tras la guerra mi situación incierta ha venido a agravarme el ánimo, cualquier contacto con la policía y gente parecida me vuelve enfermo. Fíjate que al pasar junto a cualquier agente en la calle, busco instintivamente la documentación para sentirme a salvo. Voy a dar en loco.
(12)

El desprecio de Cernuda por los franquistas se hace extensivo a todo lo que suene a militarista, a uniformado, a parafernalia castrense. Tal vez inconscientemente el poeta no podía evitar proyectar hacia los bárbaros que en ese momento quieren acabar con la libertad suya y de todo el país, esa misma tiranía vivida por él en la infancia y adolescencia, por ser su padre militar de lo más tradicionalista y partidario de educar a los jóvenes en esa misma disciplina. Es fácil adivinar al joven poeta, con su gran sensibilidad y consciente de su diferencia con los demás muchachos, viviendo el infierno impuesto por un padre tan autoritario y tan extremadamente alejado de todo lo que a Cernuda podía interesar en su adolescencia. Y cuando el poeta estaba viviendo por fin una época de libertad política, amorosa, de creación, etc., otros militares la cortan de raíz. De cómo les detesta es ilustrativo este párrafo entresacado de una carta escrita a Nieves Madariaga el 15 de diciembre de 1942

Pero creo que la objetividad que acaso pretende tu padre es difícil para mí: sólo el nombre de franquista basta para levantar una ola de asco y repulsión en mis sentimientos. Para mí el levantamiento es responsable no sólo de la muerte de miles de españoles, de la ruina de España y de la venta de su futuro, sino que todos los crímenes y delitos que puedan achacarse a los del lado contrario fueron indirectamente ocasionados también por los franquistas. (13)

Y en su poema "Elegía española II", del libro Las nubes, los vencedores salen y viven en la oscuridad, amparados por la sombra como caínes torvos

Y aquéllos que en la sombra suscitaron
La guerra, resguardados en la sombra
Disfrutan su victoria. (14)

También en "Adoración de los Magos", en la parte de "Los reyes", Cernuda pone en boca de Baltasar

(...)
Donde aúllan chacales; mientras, abandonada nues-
tra
tierra,
Sale su cetro a plaza, para ambiciosos o charla-
tanes
aún exploten
El viejo afán humano de atropellar la ley, el orden
(15)

Son ellos los únicos culpables del destierro del poeta; exilio que, como a los demás españoles que tuvieron que salir, le ha convertido en un muerto

Ellos, los vencedores
Caínes sempiternos
De todo me arrancaron,
Me dejan el destierro. (16)

Ese exilio vivido que, cuando no es muerte, es solamente espera, como dice en estos versos de "Un español habla de su tierra"

Amargos son los días
De la vida, viviendo
Sólo una larga espera
A fuerza de recuerdos. (17)

Pero mientras hay espera, se mantiene la esperanza de un retorno y con él la idea de una derrota franquista que permita volver a España a lo que fue

Un día, tú ya libre
De la mentira de ellos
Me buscarás. Entonces
¿Qué ha de decir un muerto?. (18)

Esta esperanza ha muerto por completo en el poeta cuando escribe en México el poema "Peregrino", incluido en su último libro Desolación de la quimera. La soledad de Cernuda es más total con la enumeración de las carencias que hace en los versos, llenos de interrogaciones que se hace a él mismo y a otros posibles interlocutores

¿Volver?. Vuelva el que tenga,
Tras largos años, tras un largo viaje,
Cansancio del camino y la codicia
De su tierra, su casa, sus amigos,
Del amor que al regreso fiel le espere.

Mas ¿tú? ¿volver?. Regresar no piensas
(...)
Sin hijo que te busque, como a Ulises,
Sin Itaca que aguarde y sin Penélope. (19)

En "Río vespertino", de Como quien espera el alba (1944), junto a la constante manifestación de odio a los vencedores, aparece una recriminación a España, a la que considera madrastra y no madre

Aquéllos son los más, tienen la tierra
Y apenas sí un rincón queda asignado
para el poeta, como muerto en vida.
Es la patria madrastra avariciosa,
Exigiendo el sudor, la sangre, el semen
A cambio del olvido y del destierro. (20)

En el poema "Otra vez con sentimiento", de Desolación de la quimera, Cernuda hace extensivo el odio que despertaban en él los vencedores a todos los españoles que habitan aquella tierra, a los que llama "tribu", aunque siguen siendo "sin ganas" sus compatriotas con los que comparte "nuestra tierra".

Mas uno de esa tribu
Profesor y, según pretenden él y otros
De por allá (cuánto ha caído nuestra tierra),
Poeta, te ha llamado "mi príncipe".

Y me pregunto qué hiciste tú para que ése
Pueda considerarte como príncipe suyo.
(...)
¿Príncipe tú de un sapo?. ¿No les basta
A tus compatriotas haberte asesinado?.

Ahora la estupidez sucede al crimen. (21).

Esta reacción desmesurada hacia el poeta español (Cernuda no dijo el nombre) que elogia su obra, manifiesta el envenenamiento a que había llegado Cernuda al final de su vida contra quienes le habían privado de su patria; y que ahora son cuantos ocupan un lugar en España. Sin embargo, la palabra "sapo" puede estar aplicada solamente a los vencedores, al ser uno de los calificativos que les dedicó León Felipe. La rabia ciega al poeta andaluz ante la idea de que alguien de allí pueda llamarse también poeta y utilizar su mismo idioma (la patria tantas veces confesada por Cernuda). En su último poema "A sus paisanos", de Desolación de la quimera, reniega de compartir la misma lengua y de que algún día sean sus posibles lectores.

Si vuestra lengua es la materia
Que empleé en mi escribir y, si por eso,
Habréis de ser vosotros los testigos
De mi existencia y su trabajo,
En hora mala fuera vuestra lengua
La mía, la que hablo, la que escribo. (22)

Pero al lado de la vanidad del Cernuda-leyenda (¿Mi leyenda dije?. Tristes cuentos) o del resentimiento, está también el temor ante la sospecha de no ser querido por sus paisanos

No me queréis, lo sé, y que os molesta
Cuanto escribo. ¿Os molesta?. Os ofende.
¿Culpa mía tal vez o de vosotros?. (23).

Y sobre todo siente miedo ante lo que, cuando él esté muerto y no la pueda defender, harán con su obra aquellos que tienen poder y nunca le quisieron

Pero aguardáis al día cuando ya no me encuentre

como tú lo eres mía. (27)

Compara la "primavera" pasada, sus glorias, con el presente de "horas fatídicas"

Porque mucho he amado tu pasado
resplandor victorioso entre sombra y olvido. (28)

Pero considera que la España eterna está por encima de esas luchas pasajeras, de unos hijos circunstanciales

Ante tí vanos son, como sus vidas
Porque tú eres eterna
Y sólo los creaste
Para la paz y la gloria de su estirpe. (29)

El poeta siente lástima por esa España que tratan de destrozarse sus hijos y a la que todos abandonan: unos por cobardes, otros por traidores

Lejos de ti en fuga vergonzosa
Renegando tu nombre y tu regazo. (30)

Y en su poema "Lamento y esperanza", recrimina a Europa la falta de ayuda a la República (que también para Cernuda encarna lo mejor de España) mientras que revuelve en el pasado para echarle en cara su único deseo de rapiña sobre la caída España

Un continente de mercaderes y de histriones,
Al acecho de este loco país, está esperando
Que vencido se hunda, solo ante su destino,
Para arrancar jirones de su esplendor antiguo (31)

Donde el calificativo "loco" podría intercambiarse con "quijotesco", ya que está usado en la misma forma que lo hacía León Felipe, con el cual hay tanta similitud en estos versos.

En "Elegía española II" hay un amor y una nostalgia indiscutibles. El poeta llora el exilio como un desgarrón que le separa física y espiritualmente de su patria, que es, en tantos sentidos, su madre.

... Y yo,
pobre palabra tuya. (32)

Y de nuevo sitúa a España por encima de la contienda de los dos bandos

Tú en silencio,
Tierra, pasión única mía, lloras
Tu soledad, tu pena y tu vergüenza. (33)

Es tan fuerte la añoranza, el deseo de ver su tierra, que el poeta, en una especie de viaje astral, separa su cuerpo de su pensamiento, para con éste desplazarse y sentirla de nuevo, en un acercamiento místico al objeto de su amor

Mi espíritu se aleja de estas nieblas,
Canta su queja por tu cielo vasto,,
Mientras el cuerpo queda vacilante.
Perdido, lejos, entre sueño y vida
Y oye el susurro lento de las horas. (34)

y no duda en llamar "enamorados" a sus ojos que pudieron contemplar su imagen, a la vez que confiesa considerar a la muerte como su único bien si ya no puede volver a ver su tierra. Así lo dice en estos versos donde la ternura por la España que perdió su esplendor se viste con palabras de Quevedo

Tú, nada más, fuerte torre en ruinas
puedes poblar mi soledad humana.
Y esta ausencia de todo en tí se duerme.
Deja tu aire ir sobre mi frente.
Tu luz sobre mi pecho hasta la muerte.
Única gloria cierta que aún ~~es~~o. . (35)

En "Resaca en Sansueña" (nombre inventado por Cernuda para España, que sugiere los nombres galdosianos de las ciudades dormidas en el letargo de los siglos, impermeables al progreso; o la Vetusta de Clarín; o las de Unamuno y Machado), Sevilla, Andalucía y España están retratadas, y en ellas se desarrolla "un poema dramático", lleno de reminiscencias machadianas de Campos de Castilla.

Esta es la gente clara y libre de Sansueña
Aptos al sufrimiento, el canto les redime

De llorar la miseria, y la tierra fecunda
Les regala con frutos y el mar con plata viva. (36)

donde Cernuda alaba al pueblo andaluz y le otorga la cualidad de estoico heredada de Séneca (nacido en la Córdoba romana), como un don para alguien que, fatalmente, está predestinado a la tragedia

Pero una estatua ciega dio al pueblo la leyenda
De algún poder maligno, que al acecho estuviera
Desde remotos siglos ... (37)

En el poema "Impresión de destierro", detalla el poeta el dolor universal que provoca el exilio -desde Séneca en Córcega al último albanés en París- y lo dulce de la palabra que señala a la patria.

En los labios de alguno
Allá por los rincones
Donde los viejos susurraban,
Densa como una lágrima cayendo,
Brotó de pronto una palabra: España. (38)

Y dentro de esa patria, el paisaje. La palabra nostalgia va unida en Cernuda a los paisajes de su niñez, a Sevilla.

Ir de nuevo al jardín cerrado,
Que tras los arcos de la tapia,
Entre magnolios, limoneros,
Guarda el encanto de las aguas. (39)

En "Primavera vieja", de Como quien espera el alba, el deseo se vuelve colores y aromas lejanos; momentos que recrea a través del recuerdo, donde se proyecta como un fantasma que vuelve para, llorando, pensar "Cuán bella fue la vida y cuán inútil" (40)

3.1. La España que descubre desde México

Todavía estaba Cernuda exiliado en Inglaterra cuando escribió el poema "Quezaltcoatl", del libro Como quien espera el alba, y en él utiliza la máscara del conquistador español que sale por el mar hacia tierras americanas; aunque sufre el tirón del desarraigo, todavía es joven y tiene esperanza para comenzar bajo

otro cielo

Quando vi un día las murallas rojas
De la costa alejarse, y yo perderme
En la masa de agua, sentí ceder el nudo
Que invisible nos ata a nuestra tierra;
Madrasta fuera, que no madre, y aún la quise.
Comencé entonces a morir, mas era joven
Y en ello no pensé, dándolo al olvido.
Otras constelaciones velaron mi esperanza. (41)

A su llegada a México Cernuda descubre, por una parte, la España necesitada, la patria buscada y se reconcilia con ella. Y por otra, el idioma, la patria real del poeta. El mismo cuenta en uno de los poemas en prosa de Variaciones sobre tema mexicano la repulsión y el atractivo que sintió al cruzar la frontera entre Estados Unidos y México para encontrarse de nuevo con la miseria. Inmediatamente se repone, la hace suya y se siente familiarmente en su Andalucía pobre. Está, después de tantos años de exilio, por fin entre sus colores, sus imágenes e incluso sus olores. A todos ellos empieza a hablarlos con ternura y los recibe con nostalgia.

Además de ese encuentro con la España física, descubre la parte de la España eterna imposible de ver desde allá. Es aquélla que se labró un destino universal y dejó sus huellas (sobre todo el idioma) en esta parte del mundo; la que Cernuda sólo había visto, muy de pasada, en los libros. Y el poeta sintió la emoción de ser español de esta otra España, la que no se agota en unos límites físicos, en unas fronteras artificiales. Y amó de nuevo a España en cada seña de identidad recobrada: religión, costumbres, arquitectura, raza, literatura. Y le duele no haberla conocido antes para quererla igual. Y descubre la injusticia en la indiferencia proverbial y cerril que siempre se ha sentido del otro lado del océano por las cosas de América

En tu niñez, en tu juventud, ¿qué supiste tú, si algo supiste, de estas tierras, de su historia, que es una con la tuya?. Curiosidad, confiésalo, no tenías. Culpa tuya, sin duda, pero nada en torno podía tampoco encamianarla (...). Nada revivía en tu imaginación, ahí indiferente, el acontecer maravilloso, obra de un puñado de hombres cuyo igual no parece haberse visto antes o después, ni la escena misma de sus actos, aunque ésta aquí estaba y está, tan viva, tan hermosa. (42)

Y no solamente la España del siglo XVI descubre Cernuda desde México, sino que completa una visión sobre su propia tierra que tampoco hubiera podido tener de no haber salido de ella. En el poema "El ruiseñor sobre la piedra", escrito todavía en el exilio de Inglaterra (Las nubes), tras una serena evocación del paisaje, en la que pasa del blanco andaluz al gris de la sierra madrileña, el poeta reclama, con grito callado, el conocimiento superior que tiene de su tierra sobre los que se quedaron allí

Mucho enseña el destierro de nuestra propia tierra.
¿Qué saben de ella quienes la gobiernan?
¿Quienes obtienen de ella
Fácil vivir con un social renombre?. (43)

El poeta va, a lo largo de su exilio, formándose su España en su necesidad de amarla. Y cuando cree que ya está roto el hilo espiritual que les une a ambos, éste sigue encontrándola en los libros, como los Episodios nacionales de Galdós, donde quiere hallar Cernuda toda la grandeza del alma española.

Hoy, cuando a tu tierra ya no necesitas,
Aún en estos libros te es querida y necesaria,
Más real y entresonada que la otra: No ésa, mas
aquella es hoy tu tierra
(44)

Los "bien amados libros", que de niño y de hombre, dentro y fuera de su patria,

Siempre traían fielmente
El encanto de España, en ellos no permito. (45).

Y repite una y otra vez en "Díptico español", cuál es su España, a la que quiere, y cuál la "otra", a la que desprecia

La real para tí no es esa España obscena y deprimente
En la que regentea hoy la canalla,
Sino esta España viva y siempre noble
Que Galdós en sus libros ha creado
De aquélla nos consuela y cura ésta. (46).

3.2. La España imperial

Surge en Cernuda al contacto con el mundo sajón, al que rechaza y por el que es rechazado, en esa eterna incomprensión de los países protestantes hacia los católicos y viceversa. Nunca le gustó Inglaterra, aunque reconociera que le debía mucho su poesía. En una carta a Martínez Nadal, fechada en octubre de 1939, expone, en una frase asaz castiza, su estado de ánimo: "Esto es una charca en todos los sentidos, material y espiritual (...). Estoy hasta la coronilla". (47). Y Martínez Nadal amplía la información diciendo que los últimos años del poeta en Inglaterra fueron patéticos. Odiaba todo, "Pero quizá más, mucho más que todo eso, le dolía la ignorancia o indiferencia con que tropezaba su obra en los círculos literarios ingleses, donde le hubiera gustado sentirse leído y aprecio". (48)

En "El ruiseñor sobre la piedra", el paisaje soñado se impone con su luz, con su fuerza, a la niebla y la sombra del país que le refugia. Compara España con Inglaterra; una soñadora, la otra práctica, y acaba llamando a aquélla lirio, porque sin ser útil es bella y necesaria para la vida espiritual, y a ésta "vómito de la niebla y el fastidio".

Y así como se identifica con su tierra salida del contraste con la neblinosa Inglaterra: "Tierra nativa, más mía cuanto más lejana" (49), añora el tiempo de grandeza cuando España estaba a

la cabeza de los países; la imperial, la del Siglo de oro, la de los grandes hombres; la que despertaba el odio, el temor y la envidia.

Si en otro tiempo hubiera sido nuestra
Cuando gentes extrañas la temían y odiaban
Y mucho era ser de ella. (50)

que en estos versos de "Ser de Sansueña", del libro Vivir sin estar viviendo (1944-1949), quisiera el poeta resucitar.

Y con el mismo tema, en el poema "Aguila y rosa", del libro Con las horas contadas (1950-1956), se recrea Cernuda en la contemplación de Felipe II impresionando a los ingleses cuando llega para casarse con María Tudor, hija de Catalina de Aragón y de Enrique VIII, y por tanto nieta de los Reyes Católicos y tía del propio Felipe II.

No se lo perdonaron, no le perdonan nunca
Este miedo que en su presencia les doblaba
Aún por eso le odian, odiando ahí aquella imagen
de sí mismos. (51)

Utiliza la máscara del rey español para odiar a los ingleses y vengarse así del menosprecio o la indiferencia. Y a la vez que añora su patria le pide a esa gran fuerza espiritual que le evite el exilio

Sácame de aquí, ay, Dios de mi tierra. (52)

Para resumir la imagen de España en La realidad y el deseo de Luis Cernuda, las palabras de Juan Goytisolo serían un broche significativo: "Por periodos lo vemos oscilar de modo regular de una posición a otra, sin aclararse definitivamente en ninguna". Así ocurre con España al final de la vida del poeta. En un mismo poema quiere y odia, admira y desprecia. Es la tremenda subjetividad de Cernuda la que le dicta esa dualidad permanente; que a la vez es producto del estado de ánimo del poeta: enamorado o sin amor, feliz o desdichado, etc.

Y todas estas Españas que se pueden encontrar en los poemas de Cernuda, sería posible reducirlas a dos, como los miembros de la dualidad que el poeta maneja: una España que adora y otra que rechaza; una ideal hacia la que vuela su espíritu, y otra real que le hiere como hombre y como poeta. De todas formas, ninguna de las dos existe, como se las imagina él, fuera de su propia mente; ambas están hechas, como la poesía de Cernuda, con la fuerza de su creación y el capricho de sus sentimientos. James Valender también lo vio así al analizar la España que el poeta andaluz descubre desde México

No sólo se ve a México como reflejo o proyección de España, sino que esta misma imagen de España también responde a criterios que son puramente subjetivos. La España que se proyecta sobre el mundo mexicano no es la que Cernuda conocía, sino la que hubiese querido que existiera, la que a través de los años había bautizado con el nombre de Sansueña. (54).

NOTAS AL CAP. VI

1. James Valender et al. Luis Cernuda ante la crítica mexicana. Una antología, p. 10
2. Ibid, p. 10
3. Juan Goytisolo. El furgón de cola, p. 162
4. Luis Cernuda, La realidad y el deseo, p. 136
5. Antonio Machado, Campos de Castilla, p.
6. Ibid, p.
7. Luis Cernuda, op. cit. p. 146
8. Ibid, p. 337
9. Ibid, p. 337
10. Ibid, p. 337
11. Ibid, p. 338
12. Martínez Nadal, Espanoles en la Gran Bretaña, p.44
13. Ibid, p. 117
14. Luis Cernuda, op. cit. p. 148
15. Ibid, p. 174
16. Ibid, p. 182
17. Ibid, p. 182
18. Ibid, p. 182
19. Ibid, p. 361
20. Ibid, p. 232
21. Ibid, p. 345
22. Ibid, p. 375
23. Ibid, p. 374
24. Ibid, p. 374
25. Ibid, p. 376
26. Ibid, p. 375
27. Ibid, p. 139
28. Ibid, p. 141
29. Ibid, p. 141
30. Ibid, p. 140
31. Ibid, p. 147
32. Ibid, p. 148
33. Ibid, p. 149
34. Ibid, p. 149
35. Ibid, p. 150
36. Ibid, p. 155
37. Ibid, p. 155
38. Ibid, p. 169
39. Ibid, p. 170
40. Ibid, p. 214
41. Ibid, p.215
42. Luis Cernuda, Variaciones sobre tema mexicano, p. 100
43. Luis Cernuda, op. cit. p. 185
44. Ibid, p. 341

45. Ibid, p. 341
46. Ibid, p. 342
47. Martínez Nada, op. cit. p. 175
48. Luis Cernuda, op. cit. p.
48. Martínez Nadal, op. cit. p. 175
49. Luis Cernuda, op. cit. p. 184
50. Ibid, p. 269
51. Ibid, p. 291
52. Ibid, p. 292
53. Juan Goytisolo, op. cit. p. 162
54. James Valender, Cernuda y el poema en prosa, p. 104

CAPÍTULO VII: CONCLUSIONES

Entre los cinco escritores estudiados las coincidencias son muchas. Todos están en el exilio a causa de la pérdida de la guerra civil por su bando republicano, y por tanto tienen un mismo enemigo: la España franquista; la edad de todos ellos al abandonar España está entre los treinta y los cuarenta años (León Felipe y Juan José Domenchina son los mayores y los únicos que habían nacido el siglo anterior); los cinco han publicado ya obra en España; todos son plenamente conscientes de la España que pretendía la República, y son también conocedores de sus programas sociales y políticos por haber participado de una forma u otra en ellos (el único que no lo hace es Sender, cuyo único puesto bajo el régimen republicano lo desempeñó en la guerra como comandante de brigada); todos viven, escriben, publican y mueren en México (a excepción de Ramón J. Sender).

La guerra civil vivida y el consecuente desalojo de su país empujados por los franquistas vencedores, hacen que busquen causas, eximan culpas, distribuyan responsabilidades, revuelvan en la historia. Y todo ello queda reflejado en su obra, en la que los temas se repiten, a veces con las mismas palabras, en una síntesis de sus experiencias, sus recuerdos y las lecturas de otros españoles.

1. El cainismo

Ya sea por las recientes impresiones de la cercana guerra, ya por ser herederos (con los matices intermedios de la generación de 1914) del '98, cuyos máximos representantes tocaron una y otra vez el tema de este mal considerado español, el caso es que todos sin excepción acaban admitiendo el tópico del cainismo como una verdad científica e irrefutable. Responsabilidad atenuada si se

tiene en cuenta que también Manuel Azaña , intelectual tan poco sospechoso de aceptar convencionalismos, se rinde al final de su vida (lo relata en La velada en Benicarló) a lo que nunca le había permitido reconocer su racionalismo histórico: que el caíismo es un mal español, y que se repite

Otros pueblos ambiciosos o semibárbaros dirigen su furor contra el extranjero. España es el único país que se clava su propio aguijón. Quizá el enemigo de un español es siempre otro español.
(1).

La envidia que lleva al fratricidio a los españoles, cumpliéndose como un rito el destino de Caín y Abel, está en los poemas de León Felipe, de Luis Cernuda, de Domenchina y en las novelas de Ramón J. Sender y Max Aub. Todos ellos lo ven como una maldición que pende sobre España, producto de la ira de algún dios cruel, que puede ser el dios ibero de los poemas castellanos de Antonio Machado. Sea maldición, destino o fatalismo, se trata de algo que escapa a la voluntad de los hombres que habitan ese suelo, que aparecen como juguetes en manos de los dioses, al igual que los personajes de las tragedias griegas. Y no es casual entonces que escritores de la talla de Américo Castro, Manuel Azaña, Miguel de Unamuno, Menéndez Pidal y tantos otros, se refieran a ello como "el drama español". Y por si de nuevo sonara a interpretación romántica la de los exiliados, las palabras de Manuel Azaña, el mayor inspirador de la II República española, pasmadas ante un fantasma que siempre había provocado su incredulidad de estadista moderno, le ponen, a esa teoría romántica, visos de terrible realismo: "El ser y tragedia de España que una renovada lucha intestina la fecunda constantemente desde tiempo inmemorial" (2).

Lo bestial del enfrentamiento, la saña en las muertes, la indiferencia que sienten ante el dolor que provocan, lleva al es-

critor alcalafno a que, con amargura ante los hechos, prescinda de su método racionalista de analizar la historia para explicarse unos sentimientos inexplicables pero que tiene a la vista: "Es una lucha depredadora en lugar de militar o política" (3). Y la terrible constatación de que "el drama español es mucho más duradero y profundo que la atroz peripecia de la guerra" (4).

El origen de ese cainismo, producto de la envidia, lo sitúan los cinco escritores estudiados en un momento de la historia de España que puede coincidir con las guerras de Reconquista; en el caso de Campo de sangre, de Max Aub, se considera incluso anterior y motivo de la mezcla de muchas sangres diferentes: iberos, celtas, romanos, godos, etc. Domenchina culpa a todos los españoles que, conocedores de los odios antiguos, escarbaron no obstante en unas cenizas que todavía guardaban rescoldos calientes; sin embargo no da una época precisa, lo mismo puede estar hablando de las guerras carlistas del S. XIX o de las guerras civiles de la Reconquista. Para Ramón J. Sender sí es la Edad Media el momento en que se fragua el cainismo español, y más que las luchas entre cristianos y moros, los enfrentamientos entre los reinos cristianos; para el escritor aragonés, el foso lleno de fantasmas y esqueletos que quieren volver a vivir para exigir venganza, es una alegoría de las injusticias que se han cometido en esas tierras, a la vez que una manifestación del corazón enfermo de España, que no muerto, cuyo odio sale a la superficie por medio de guerras civiles.

El cainismo que denuncian los poemas de León Felipe es algo tan eterno como la propia España, y está representado por el hacha amarilla de la envidia; la misma que aparece en los versos del romance machadiano de Alvargonzález. Los separatismos, las disgregaciones y la imposible convivencia entre españoles son en el autor de La insignia la mezcla de una maldición bíblica y de unos hechos históricos. Para Luis Cernuda la "hiel sempiterna"

que recorre las entrañas de la tierra y sus moradores está ligada a la España intolerante en la que se manifiesta maldad, estupidéz y crueldad (revestidas con hábitos y uniformes, dice el poeta andaluz), cuyo objetivo en toda la historia ha sido matar la esperanza. Cernuda encuentra que fatalmente hay más Narváez que Larras, más Conde Duques que Quevedos, más Francos y Míllanes Astray que Unamunos o Lorcas.

1.1. El origen del cainismo según algunos autores

Para Ortega y Gasset "el secreto de los grandes problemas españoles está en la Edad Media" (5). Américo Castro, evidentemente, piensa lo mismo. Desde el Pensamiento de Cervantes y La realidad histórica de España, pasando por La edad conflictiva y todos los demás, los libros de Américo Castro ("escritos para averiguar el motivo de nuestro cainismo crónico" (6) han repetido una y otra vez la importancia de la Edad Media, donde la convivencia entre las tres castas: judíos, moros y cristianos, y su posterior ruptura con el dominio de una sobre las otras dos, señala no solamente el nacimiento de España sino también el origen de lo que él llama "lo atroz" y "lo grato", además de que "desde el siglo XV, el conflicto de las castas comenzó a trazar la figura que los españoles han ofrecido en la época moderna".

Esa proyección hacia el futuro la ve también Manuel Azaña:

La idea de superioridad de raza se introdujo soslayadamente, con todos sus defectos sociales, amparada del prestigio de la creencia. Se formó la categoría de "cristiano-viejo", base de la hidalguía, base del españolismo puro, signo de la limpieza de sangre, demostrada nada menos (y únicamente) que por la ranciedad de la creencia religiosa de la familia. (...). Tal ha sido el sistema español castizo de comprender y vigorizar la nacionalidad: el disidente no pertenece a ella. (8)

Según Américo Castro, esos enfrentamientos entre las castas llevaban aparejada la intolerancia de tipo religioso, ya que en las guerras de Reconquista, si bien los cristianos luchaban por recuperar la tierra, había otro motivo que enconaba mucho más los odios a la vez que daba una magnitud diferente a la contienda; éste motivo era "la convicción de ser su fe verdadera y la musulmana falsa" (9). La victoria sobre las otras castas (seguida por la expulsión de moros y judíos y los bautizos obligatorios) hará que los vencedores se conciban a sí mismos como el pueblo elegido por Dios, y, en resumidas cuentas, la ambivalencia que llevará al español a la gloria de sus siglos XV y XVI, y a la intolerancia extremista que marcará en lo sucesivo su convivencia nacional.

Tanto Américo Castro, como Menéndez Pidal, como Ortega y Gasset, encuentran en todos los enfrentamientos entre españoles de la época moderna un tinte religioso. El autor de La edad conflictiva dice que, cuando ya en Europa se habían olvidado, España seguía haciendo sus guerras "por Dios o contra Dios" (10), y pone los ejemplos del siglo XIX, donde, en 1830 la desamortización de los bienes de la Iglesia, la quema de conventos, los asesinatos de frailes, es el bandazo "contra Dios", que de nuevo se colocará al otro lado, "por Dios", en las guerras carlistas. Para Menéndez Pidal "los puntos de divergencia son muy varios según los tiempos, pero en el fondo se lucha siempre por motivos religiosos" (11). Y Ortega y Gasset denuncia el compadrazgo entre Iglesia y Monarquía y la falsedad del resultado de su idea de nacional: "Monarquía e Iglesia se han obstinado en hacer adoptar sus destinos propios como los verdaderamente nacionales" (12).

1.2. La teoría de las dos Españas

En Cernuda, Max Aub, León Felipe, Domenchina y -por qué no- Sender, la teoría de Larra de las dos Españas enfrentadas es una de las explicaciones que se da a la guerra civil de 1936. Y si bien algunos estudiosos han situado la fecha de la guerra de Sucesión como momento del estallido de la dualidad -por los aires extranjeros que entraron y las ideas de la Ilustración francesa-, Menéndez Pidal dice que "la concepción histórica peculiar a cada una de las dos ideologías adquiere desde el S.XIX mucho mayor arraigo y difusión que en el S. XVIII" (13).

De todas formas, la lucha entre tradición y modernidad -con otros nombres o con los mismos- da contenido a los dos bandos o a las dos Españas. A partir de esas ideas nuevas que llegan con los soldados franceses y los austriacos, luchando cada uno por su pretendiente (Felipe de Anjou y el Archiduque) en suelo español, y que acaban con ^{los} dos siglos de aislamiento absoluto, los que creen que los males de España (atraso, ignorancia, pobreza, etc) son el resultado de la falta de contacto con Europa, integran el partido que en ese momento se llamará "modernistas" o "ilustrados", y que en realidad no es un partido sino un grupo que si bien está tolerado por la nueva monarquía, no puede hacer públicas sus ideas ni en impresos ni en cátedras. El ejemplo de Cadalso, al que se le prohibió publicar sus Cartas marruecas, mientras que a Forner su opositor (se les llamaba "retardatarios", "peripatéticos" y "góticos") se le ayudaba desde el gobierno a dar a luz sus reaccionarios escritos, es ilustrativo de la situación.

La diferencia sustancial de estas dos Españas, aparte de la oposición de los tradicionalistas a dejar entrar "los aires infectos del Norte", por considerar que no sólo no hay nada que los

españoles puedan aprender del extranjero, sino que cuanto entra tiene una influencia nefasta en las costumbres de los jóvenes. Aparte de esa divergencia, mientras los "ilustrados" (más tarde se les llamará "doceañistas" en contraposición a "serviles", luego "isabelinos" o "liberales", contra "carlistas" o "tradicionalistas" o "requetés", más tarde "rojos" para anteponer a "nacionalistas" o "fascistas" o "carcas", etc.) piensan que la época feliz de España acabó con el reinado de los Reyes Católicos y que "La política de Felipe II, inconciliable con la del resto de Europa, dejó a España retrasada dos siglos respecto a los demás países" (14); los tradicionalistas rechazan esa decadencia y consideran el reinado de Felipe II y la contrarreforma como el momento culminante, la mayor gloria española.

Esta postura irreconciliable, imposible de dirimirse en, un parlamento, es la que ha llevado a los españoles a las guerras sangrientas, por el deseo de los extremos de anularse unos a otros, contando en ocasiones con un monarca como el impresentable Fernando VII, cuya práctica del exterminio más implacable dejó boquiabiertos (dice Menéndez Pidal) a propios y extraños. Los reyes borbones aprovecharon la religión para reprimir, y los españoles eran campo abonado para el fanatismo y la intolerancia, como se ve en estas palabras de Donoso Cortés, dichas en 1848 (mientras los franceses revolucionaban otra vez al mundo con la idea de la república): "nada no dictado por el catolicismo puede ser aceptable, ya que la razón humana produce siempre el mal sin mezcla alguna de bien" (15)

Pero hay una tercera España a la que las otras dos, los extremos, no la dejan ser. Es la de los que piensan en la unión de la tradición y la modernidad, como dice de Feijóo Marañón: "Ningún español hizo tanto como Feijoo para incorporar nuestra alma

al alma del mundo, sin empañar su tradicional fuerza; sintió el ansia renovadora de su siglo sin que se rompiese una sóla de las raíces de su tradición nacional" (16). O la de Jovellanos o la del propio Cadalso, o Larra. La de la Segunda República de Azaña que perseguía "un país moderno, rehecho, reconstituido sobre la base del poder histórico de su milenaria existencia"(17) Una sóla España (no la "una, sola, libre" de los franquistas) que uniera a todos los españoles: "y entonces se comprobará una vez más lo que nunca debió ser desconocido por los que más lo desconocieron: que todos somos hijos del mismo sol y tributarios del mismo arroyo" (18).

2. La España eterna

Si con la España de la guerra civil muere para los cinco escritores la utopía de esa nueva España que, junto a Azaña pretendían, la España intemporal, la de las esencias espirituales cantadas alrededor de Castilla por la generación del '98, permanecerá como la auténtica patria de todos ellos. Y si bien hay momentos en que su concepción de la España imperial parece acercarse a la tradicional que mueve a los franquistas, ésta debe solamente entenderse en el mejor sentido que se le ha dado en la historia de España a la palabra tradición; es decir, a la que le daban Cadalso y Jovellanos o Larra o Azaña, y nunca al de Forner o Donoso Cortés.

Tampoco debe considerarse como parte del mismo tronco de odio al extranjero -que ha supuesto siempre la línea de conducta de los programas más reaccionarios - los poemas de la época inglesa de Cernuda nacidos al amparo del despecho; ni los escritos por León Felipe por la indiferencia de Europa ante la

soledad de la República en la guerra, que no sólo les desengañó a ellos, sino a alguien que, como Manuel Azaña, había sido siempre incorregible europeísta

Ahora mismo (dice un personaje de La velada en Benicarló, alter ego de Azaña) sufrimos la contraprueba: nuestra democracia no ha sido más aliciente que nuestro derecho para atraer, no ya el auxilio, pero ni la benevolencia de la política franco-británica. (19).

Y en otro momento, refiriéndose a los estragos que causó a los españoles el desprecio de la inteligencia y el cultivo de la fuerza física, dice Azaña "Alcanzamos el nivel moral de gran parte de Europa. Nunca hemos sido más puntuales en seguir la moda" (20).

En todos los escritores estudiados hay una identificación doble con la España eterna: una desde el esplendor y la gloria de los siglos de expansión, y otra en la Castilla miserable, pobre y atrasada, que despierta su ternura cuanto la otra su admiración, a la vez que, como hacían los escritores de la generación de Azorín, mientras exaltan el paisaje "sin figuras", descargan en los hombros de los castellanos, si bien las virtudes tópicas que se le asignan al español, mucho más los defectos de que ya les acusaba Antonio Machado. Ante esto, dice Pedro Laín: "El hombre mancilla y desconcierta la límpida serenidad del paisaje ibérico, disuena dentro de aquella "canción silenciosa del alma de las cosas" (21) De todas formas, el tratamiento que dan los escritores exiliados al paisaje y a Castilla, está en la misma línea que dieran Unamuno y Azorín, Baroja y Antonio Machado; y alguien de la generación de 1914: "Esta es la tierra eterna, la raza perdurable que clama por la resurrección de España" (22). Y que lejos de ser una apreciación de la irracionalista generación del '98, es también una constatación del muy racional Ortega y Gasset: "Castilla se transforma (a partir del siglo XVI) en lo más opuesto a sí misma: se vuelve suspicaz, angosta de miras, sórdida, agria" (23).

En resumen, la visión que los escritores españoles exiliados en México objeto de este estudio, si negativa o positiva, tiene, en cuanto a problemas identificados con la historia de España, una base sólida en las explicaciones y tratados de historiadores o estudiosos contemporáneos a ellos.

Por otra parte, su situación de exiliados -la mayor parte del tiempo sin esperanza de retorno- hace que su subjetividad agrande o invalide hechos, conceptos, sentimientos etc. que puedan llevar a un lector ocasional a extraer de ellos una imagen cerrada y única de España. Nada más inexacto e injusto para con ellos.

México, 15 de abril de 1993

NOTAS AL CAP.VII

1. Jesús Ferrer Solá, Manuel Azaña, una pasión intelectual, p. 297
2. Ibid, p. 299
3. Ibid, p. 299
4. Ibid, p. 313
5. José Ortega y Gasset, La España invertebrada, p. 142
6. Américo Castro, Sobre el nombre y el quién de los españoles,
p. 64
7. Ibid, p. 218
8. Jesús Ferrer Sola, op. cit., p. 304
9. Américo Castro, op. cit., p. 247
10. Ibid, p. 149
11. Ramón Menéndez Pidal, Los españoles en la Historia, p. 201
12. José Ortega y Gasset, op. cit. p, 63
13. R. Menéndez Pidal, op. cit. p. 215
14. Ibid, p. 209
15. Ibid, p. 213
16. Ibid, p. 203
17. Jesús Ferrer Solá, op. cit., p. 167
18. Ibid, p. 168
19. Ibid, p. 306
20. Ibid, p. 307
21. Pedro Laín, La generación del noventa y ocho, p. 37
22. Jesús Ferrer Solá, op. cit. p. 167
23. José Ortega y Gasset, op. cit. p. 62

HEMEROBIBLIOGRAFIA

BIBLIOGRAFIA

1. Directa

- AUB, Max, Yo vivo. México: Fondo de Cultura Económica, 1953 (Tezontle).
- La gallina ciega. México: Joaquín Mortiz, 1971
 - Sala de espera. México: Panglesa, Instituto Nacional de Bellas Artes, 1987.
 - Campo de sangre. México: Fondo de Cultura Económica, 1943 (Tezontle).
- CERNUDA, Luis, La realidad y el deseo (1924-1962). México: Fondo de Cultura Económica, 1964
- Ocnos y Variaciones sobre tema mexicano, Madrid: Taurus, 1977
- DOMENCHINA, Juan José, Pasión de sombra (Itinerario). México: Atlante, 1944.
- Perpetuo arraigo y otros, México: Finisterre, 1968
 - Destierro, México: Finisterre, 1952
 - La sombra desterrada, México: Almendros y Cia., 1950.
 - Poesías 1942-1958, con prólogo y selección de Ernestina de Champourcin, Madrid: Editora Nacional, 1975.
 - Antología de la poesía española contemporánea, México: Edhasa, 1952
 - Crónicas de Gerardo Rivera, México: Ed. Centauro, 1946
- FELIPE, León Antología poética. Madrid: Ed. Alianza, 1981
- Obra poética escogida, con prólogo y selección de Gerardo Diego. Madrid: Espasa Calpe, 1985.
 - Ganará la luz. México: Lecturas mexicanas, 1990

- FELIPE, León La insignia, México: 1967
- Versos del merolico, Madrid: Visor, 1982.
- SENDER, Ramón J. Crónica del alba. Madrid: Alianza Editorial, 1976. 3 tomos.

2. Indirecta

- ABELLAN, José Luis, De la guerra civil al exilio republicano. Madrid: Taurus, 1972
- ALBORNOZ, Aurora. "Poesía del exilio". En El exilio español de 1939., dirigida por José Luis Abellán. tomo IV. Madrid: Taurus, 1976.
- CONTE, Rafael, Antología de la narrativa del exilio.
- GOYTISOLO, Juan. El furgón de cola, Barcelona: Seix Barral, 1975.
- GULLON, Ricardo, "Narrativa del exilio". En El exilio español de 1939, dirigida por José Luis Abellán. Madrid: Taurus, 1976.
- LARRA, Mariano José. Artículos políticos: Madrid: Espasa Calpe, 1975 (Austral).
- LLORENS, Vicente, "La emigración republicana de 1939", en Emigraciones de la España moderna, Madrid.
- Liberales y románticos, México: Fondo de Cultura Económica, 1972
- MACHADO, Antonio. Obras completas, Madrid: Aguilar, 1977
- MARAÑÓN, Gregorio, Espanoles fuera de España. Buenos Aires: Espasa Calpe, 1947 (Austral).
- MARRA LOPEZ, José R. Narrativa española fuera de España 1939-1961 Madrid: Ed. Guadarrama, 1962.
- MARTINEZ NADAL, Eugenio, Espanoles en la Gran Bretaña: Luis Cernuda,
- NORA, Eugenio de, La novela española contemporánea. Madrid: Ed. Gredos, 1968.

- PAZ, Octavio Cuadrivio. México: Joaquín Mortiz, 1965
- SILVER, Philips, Luis Cernuda. El poeta en su leyenda, Madrid: Alfaguara, 1976
- RIUS, Luis, León Felipe, poeta de barro (biografía). México: Málaga, 1968 (Biblioteca León Felipe).
- ULACIA, Manuel, Luis Cernuda, escritura, cuerpo y deseo. Barcelona, Ed. Laia, 1984.
- VALENDER, James, Luis Cernuda ante la crítica mexicana. Una antología. México: Fondo de Cultura Económica, 1990.
- Cernuda y el poema en prosa. Londres: Tamesis Book Limited, 1978.

3. General

- ALONSO, Ma. de la Soledad et. alt., Palabras del exilio. (Los que volvieron). México: SEP, 1988
- AZAÑA, Manuel, Ensayos. Madrid: Ed. Alianza, 1982
- CASTRO, Américo, La realidad histórica de España, México: Ed. Porrúa, 1982 (Sepan cuantos...)
- De la edad conflictiva, Madrid: Taurus, 1976.
- Sobre el nombre y el quién de los españoles, Madrid: Taurus, 1973.
- FAGEN, Patricia W. Ciudadanos y transterrados, México: Fondo de Cultura Económica, 1975.
- FERRER SOLA, Jesús, Manuel Azaña, una pasión intelectual, Barcelona: Editorial Anthropos, 1991,
- GONZALEZ PEÑA, Carlos, Historia de la literatura. México: Porrúa 1964
- JACKSON, Gabriel, La república española y la guerra civil. 1931-1939. Barcelona: Crítica, 1976
- LEON PORTILLA, Ascensión H., España desde México, México: Fondo de Cultura Económica, 1978.
- LAIN ENTRALGO, Pedro. La generación del noventa y ocho. Madrid: Espasa Calpe, 1982 (Austral).

- MARTINEZ, Carlos Crónica de una emigración, México:
- MARTINEZ, José Luis. Literatura mexicana del siglo XX. México: Robredo, 1950
- MEYER, Lorenzo, "El cardenismo", en Historia general de México, El Colegio de México, 1982
- MONSIVAIS, Carlos, "Notas sobre la cultura mexicana en el siglo XX", en Historia general de México. México: El Colegio de México, 1982.
- MENENDEZ PIDAL, Ramón. Los españoles en la historia, Madrid: Espasa Calpe, 1986 (Austral).
- NOVO, Salvador, La vida en México en el período presidencial de Manuel Avila Camacho. México: Fondo de Cultura Económica, 1974
- ORTEGA Y GASSET, José. España invertebrada, Madrid: Espasa Calpe: 1987 (Austral).
- PAZ, Octavio, Xavier Villaurrutia en persona y obra. México: Fondo de Cultura Económica, 1985
- TAMAMES, Ramón. La República. La era de Franco. Madrid: Alianza Editorial, 1982.
- TUÑÓN DE LARA, Manuel. Historia de España, s. XIX. Barcelona: Ed. Laia, 1976
- Historia de España, s. XX, Barcelona: Ed. Laia, 1976.
- UNAMUNO, Miguel de. En torno al casticismo. Madrid: Espasa Calpe, 1978 (Austral).

HEMEROGRAFIA

- CERNUDA, Luis. "Carta a Octavio G. Barreda", en El hijo pródigo, núm. IV y V (abril 1944 a septiembre 1944). Ed. facsimilar. México: Fondo de Cultura Económica, 1983
- SANCHEZ BARBUDO, Antonio. "España como esperanza", en la revista El hijo pródigo, núm. IV y V (abril-septiembre 1944), Ed. facsimilar. México: Fondo de Cultura Económica, 1983.
- "El sentimiento de derrota", en la revista El hijo pródigo, núm. 1, abril-septiembre 1943. Ed. facsimilar. México: Fondo de Cultura Económica, 1983.
- UNAMUNO, Miguel de, "Los nacionalismos y el idioma español", en el diario de Madrid, El Sol, 12 de abril de 1934
- "Otra idea de lo castizo", en el diario El Sol, de Madrid, del 23 de junio de 1935.
- REJANO, Juan "Fidelidad del sueño" (reseña), en la revista El hijo pródigo, núm. 1, abril - septiembre, 1943. Ed. Facsimilar. México: Fondo de Cultura Económica, 1983

APENDICE

Carta a D. Ricardo Gutierrez Abascal, de Juan José Domenchina,

del 19-2-39

del 13-4-39

del 19-4-39

del 15-5-39

Después de haber estado leyendo y viendo
en la casa de la prima de mi
hermano y los momentos de mi
niñez) me ha permitido hacer
gestiones en mi vida. Pero
¡imagínate cuál es que
no me acordaba cuando por leer
me acordaba de cuando me
fue a ver!

Si no tengo mis aspiraciones
que solamente sea como soy
miro al mundo, y me voy
fuerza a mi propia
buena memoria y a una novela
de la guerra, que creo que
tengo el derecho a escribirlo
con toda veracidad.

No me olvide usted. Pida
a los amigos - si es que
aparte de usted y de cuando,
aparte de cuando escribo, tiene
que ir a ver!

en mi vida. En pocas palabras
imagínate que me acuerdo de
de mi la verdad y el hecho de
haber escrito siempre en serio,
me tienen muy... cuidado.

Quisiera ordenar, se
cuidó mi "cuarentena vital"
y la relación de mi familia.
Fue de ello, a excepción de mi
madre, tiene condiciones para
ser útil.

Algunos están a veces; otros
al respecto que el mayor
efecto. En realidad; mi
familia me aconseja los
más sencillos recuerdos.

En una; muy fuerte de
me amigo,

¡una participación

S/c

8 (60) rue Chateaudun

Paris

TESIS CON
FALLA DE ORIGEN

Paulouza 13-4-77

H. N. Ricardo Gutierrez Abascal.

Mi querido amigo: recibe tu carta fecha 17 de pasado, y repa su consejo. Esto es, envíalo inmediatamente a P. Manuel repudiando su carta y su el asunto. A lo hijo - según me comunicó a como especial - telegrafando a Prieto recomendándonos a mismo lo Privat y a mí (esto lo hijo) por responder que nosotros de amabilidad en la vida y por tomar como gran compañía en el gesto de Prieto. En fin: se pondremos.

Lo puede estar respondiendo cuanto a producir la carta. ahora, cuando hacen crisis tanto conductores y tantos aspectos, el comportamiento más importante es el de los actores de los empresarios. A lo respecto, es por la conclusión... política jamás se aprueba. En estos siendo lo que respaldaba: en fin esta queda la amistad de casi todos los amigos.

Hoy un día, recibí carta de Waisberg, desde Hollywood ofreciéndome un cheque por valor de mil francos sobre el Credit Lyonnais de aquí, una institución, claro está, que es a esta de ustedes. Por cierto que a esto tengo en el ojo mis ojos y su responsabilidad - el Credit Lyonnais y nosotros - que tendríamos que hacer al cobrarse. Por fin tomar, para luego de París al avión, sobre esos papeles, puede ser una o una manera por los compañeros.

Buenos días, mi querido amigo, espero que te encuentres bien y que estés disfrutando de tu vida. Te envío un abrazo y espero que pronto podamos vernos. Un abrazo, Ricardo

Ricardo



Faulstich

19-4-759

Al Hon Ricardo Gutiérrez Obispo

Mi querido amigo: a poco de escribir la apreciación de su precioso envío, recibí su carta. Por días más tarde, me llegaron estas líneas a Agaña, como si yo fuera ya Prieto, también por cable, pero indirectamente, a Barceña, por descomunicación de la dirección de Don Manuel y acenida del asunto, ya tanto me en tusca. ¿ que la respuesta es muy hermosa. Dice Don Manuel: Barceña recibió el telegrama en cable de Prieto, con respecto al mío, en el que adelanté algunas cosas muy buenas: ¿ amado: " ahora solo resta aguardar, con la tranquilidad posible, la resolución definitiva. No es caso por tanto mucho". - Por mi, estoy tranquilo.

Por otra parte hay que notar de las cuestiones de índole cronológica en esta cuestión política; pero mi solución tiene 17 años y es inevitable, por ser esta definitiva, no creo que se pueda postergar la decisión de Mr. Roosevelt.

Se dice también que me preocupé de ir a Cuba, pero me va conjeturado, y Daniel Papir Bolívar me va por sus propios medios, tal medida de prudencia, por lo tanto, también, hubiera ya podido tomarla don R. Rodrigo. Pero entre el día de la realización mediará un mes de vacaciones.

De la situación de los amigos ¿ que no se dice? Hoy he tenido tanta de pensar en la vida que me interesa que por los de este tipo, a fin de amarrarlos con plaza gratuita, para vivir en la montaña, con diez peniques al día, y en una casa bonita.

